

Memoria Democrática. Fosas y exhumaciones

Tierra de poetas y huesos

*Intervenciones arqueológicas en fosas comunes
del franquismo en Andalucía en 2018 y 2019*

JUAN MIGUEL BAQUERO

CON PRÓLOGO DE PILAR DEL RÍO Y JOSÉ SARAMAGO



Memoria Democrática. Fosas y exhumaciones

Tierra de poetas y huesos

*Intervenciones arqueológicas en fosas comunes
del franquismo en Andalucía en 2018 y 2019*

JUAN MIGUEL BAQUERO

CON PRÓLOGO DE PILAR DEL RÍO Y JOSÉ SARAMAGO



Juan Miguel Baquero Zurita

Sevilla, 1973

Periodista. Especializado en Memoria Histórica y Derechos Humanos.

Autor de *El país de la desmemoria* (Roca Editorial) y de los libros de intervenciones en fosas comunes del franquismo en Andalucía: *Que fuera mi tierra* (Premio Chaves Nogales al mejor libro periodístico del año 2016) y *Las huellas en la tierra*. Ha publicado también la novela gráfica *La isla del arroz. La aventura colonizadora de la marisma de Doñana*.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado.
<https://cpage.mpr.gob.es>

Edita:



- © De los textos: Juan Miguel Baquero
- © Del prólogo: Pilar del Río y José Saramago
- © De las fotografías: Juan Miguel Baquero
- © De la fotografía de J. M. Baquero: Patricia J. Garcinuño
- © De la imagen de las páginas 49 y 51: Jesús Román
- © De la imagen de la página 52: José J. Díaz Rodríguez, Universidad de Cádiz
- © De la imagen de la página 95: Juan Manuel Guijo

NIPO (edición impresa): 089-20-019-8

NIPO (edición on-line): 089-20-017-7

Depósito Legal: M-26073-2020

ISBN: 978-84-7471-147-9

Fecha de edición: Diciembre 2020

Diseño y edición digital: Salago Creative

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos de la misma.

Prólogo	7	Higuera de la Sierra	116
Introducción	10	Benacazón	125
Córdoba	11	Salteras	133
Utrera	20	Alcalá del Río	142
Alfarnate	33	Berrocal	154
Setenil de las Bodegas	45	Pinos Genil	160
Cádiz	50	Hinojos	173
Alfacar	60	Valdelamusa	184
Sevilla	71	Informe fosas	189
Castro del Río	88		
Cala	96		
Benamahoma	106		
Nerva	111		

La vida de estas páginas, la vida

Perdón es la primera palabra que debo escribir y escribo. Perdón porque no supe ver y viví ignorando la evidencia. Les cuento.

Eran los años cincuenta cuando, por alguna razón que no recuerdo, acompañé a personas mayores al cementerio. Pese a lo que me marcó aquella visita, no soy capaz de asegurar si tuvo lugar en un pueblo de Granada o de Sevilla, tampoco recuerdo si hacía frío o calor o qué persona me llevaba de la mano, tal vez una tía materna, tal vez la señora que ayudaba en las tareas de casa, el caso es que fuimos al cementerio, que era pequeño, estaba limpio, organizado, tenía cruces, placas con nombres, plantas, nichos, todo humilde, como correspondía a la geografía del lugar. Había, sin embargo, algo que desentonaba, inapropiado para la solemnidad del recinto, una especie de corral adosado en el lateral izquierdo, un trozo de monte trasplantado junto a la tapia, plagado de montículos irregulares y de hierbajos, ignorado, feo. Obviamente pregunté qué era eso y tuve una respuesta contundente: el sitio donde se dejan los muertos que no van al cielo. O sea, un lugar para los malos, los que llamaban rojos, supuse y acepté sin más. Durante años la imagen de aquel corral estuvo presente en mi imaginación junto a un miedo tan fuerte como inconfesable: existen lugares en el mundo donde el castigo eterno de Dios se hace explícito y hay personas con poder que conocen la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo. Y castigan con la expulsión del cementerio.

Pasó el tiempo, no la impresión de aquella visita. Supe por aquel entonces que los suicidas tampoco tenían espacio en los cementerios, de modo que añadí a

la lista de excluidos a las personas que se quitan la vida, horroroso pecado que no parecía despertar compasión en la España rural donde la horca era, tantas veces, la única salida. Rojos, suicidas, pecadores, «moritos», es decir, niños sin bautizar, tal vez también algún pobre sin tierra donde caer muerto, ese era el desorden del cementerio de los desposeídos, el paisaje último de quienes Dios no quería tener cerca. Recuerdo que pregunté si en todas partes había espacios semejantes y supe que era hábito. Necesité acumular quince años de vida para entender las perversidades de ciertos sistemas y la capacidad de injusticia que podemos albergar en nuestros corazones, por eso, por haber aceptado durante tanto tiempo aquellas normas y aquellas explicaciones, pido perdón. La edad de la inocencia indulgente duró demasiado.

Este libro viene a restituir la dignidad. El dolor que permaneció oculto fue la base que impidió el naufragio definitivo de la sociedad, condenada por el nacionalcatolicismo a confundir política con creencias y comportamientos inhumanos con justicia. Dejar fuera del cementerio a las personas que no respondían al canon político vigente era perverso, asegurar que se hacía en cumplimiento de la voluntad de Dios fue hacer de Dios un jefe de bandería que no merecía respeto, o el mismo que la iglesia española cuando sacaba a Franco bajo palio. Apremia que revisemos hasta qué punto fuimos cómplices necesarios de la ignominia.

No podía imaginar entonces, cómo podría, que los muertos del recinto frontero al cementerio eran unos privilegiados porque hubo cuerpos de personas fusila-

das que simplemente se dejaban en barrancos y cunetas o eran soezmente enterrados en fosas comunes que previamente las víctimas tenían que excavar. Este relato de terror no circulaba todavía, tal vez, y con medias palabras, algo se comentaba, nunca la verdadera dimensión de la tragedia: «¿Sabéis? Hay muertos fuera del cementerio», nos contaba el hermano mayor de una amiga de Granada, que añadía, muy serio y quizá con datos, porque era un joven bien informado, «y Federico está entre ellos». Eran los años 60, Lorca seguía condenado a silencio, teníamos miedo de leer los escasos poemas que circulaban, ya sabíamos que era grande, que perteneció a una generación misteriosamente desaparecida, que había muerto en Granada en 1936 y nada más. De los disparos no se hablaba, nadie mató a Federico García Lorca en Granada, nadie lo mandó matar, nadie sintió el escalofrío de la muerte absurda e injusta. ¿Cuándo supimos entonces de la existencia de miles de víctimas sin localizar, dispersas por la geografía del dolor, silenciadas como si fueran un mal recuerdo y no los hombres y las mujeres que representaron la legalidad republicana? Pues tuvo que morir Franco y hacer avanzar la democracia en la sociedad y en las instituciones para que entendiéramos que enterrar a quienes perdieron la vida defendiendo un estado de derecho es una obligación moral y legal. Lo contrario es complicidad con la dictadura. Moral y legal.

Fui cómplice y por eso pido perdón. Los familiares de las víctimas de la dictadura estaban en nuestras ciudades, calles y casas, cargaban pesos que deberían haber sido evidentes, sin embargo una parte importante de la sociedad española no quisimos o supimos verlos. El luto de algunas mujeres no estaba solo en la ropa negra que vestían, por eso no dejo de preguntarme qué veíamos cuando

las mirábamos en aquellos años. ¿Nunca notamos que faltaban fotos en las paredes de ciertas casas que visitamos y en los álbumes que nos mostraban en otras? ¿No echamos en falta a padres y abuelos de gente de nuestro entorno? ¿Qué extraña perversión se apoderó de quienes nacimos en la posguerra para no ser capaces de distinguir las señales, el día de la noche, la inocencia del golpismo?

La vida de estas páginas que coordina Juan Miguel Baquero es también una reparación del honor perdido. Que los familiares de las víctimas hablen y cuenten cada uno su historia, que busquen a los suyos, es decir, a los nuestros, tiene la mágica virtud de poner en el mapa la dignidad que le faltaba a España por la omisión de los que nos consideramos desinformados o por la complicidad de quienes encontraron utilidad en la ceguera. Ni el tiempo ni el país será igual cuando en los cementerios, junto a quienes mueren de su muerte, estén también las personas cercenadas por la violencia y la ignominia franquista, con sus nombres escritos en piedra, para que no se borre nunca, y una flor fresca: la que me gustaría poner ante cada cuerpo identificado, ante los recuerdos que se mantienen junto a los sueños y también, permítaseme, ante los restos de aquel confuso corralón de la niñez donde yacían los desterrados de la gloria eterna, tal vez por haber intentado vivir en libertad aquí en la tierra.

Pilar del Río

Periodista

Al cementerio de Pulianas

Un día, hará unos siete u ocho años, nos buscó, a Pilar y a mí, un leonés llamado Emilio Silva, pidiéndonos apoyo para la empresa en que iba a embarcarse, la de encontrar lo que todavía quedara de su abuelo, asesinado por los franquistas al principio de la guerra civil. Nos pedía apoyo moral, nada más. Su abuela le había expresado el deseo de que los restos del abuelo fueran recuperados y recibieran digna sepultura. Más que como un deseo de una anciana que no se resignaba, Emilio Silva tomó esas palabras como una orden que tenía el deber de cumplir, sucediera lo que sucediera. Este fue el primer paso de un movimiento colectivo que rápidamente se extendió por toda España: recuperar a las decenas de miles de víctimas del odio fascista de las fosas y barrancos donde fueron arrojadas, identificar sus restos y entregárselos a las familias.

Una tarea inmensa que no encontró solo apoyos, baste recordar los continuos esfuerzos de la derecha política y sociológica española para frenar lo que ya era una realidad exaltante e conmovedora, ver levantarse de la tierra escavada y removida los restos de aquellos que habían pagado con la vida la fidelidad a sus ideas y a la legalidad republicana. Permítaseme que deje aquí, como simbólico reconocimiento a cuantos se están dedicando a este trabajo, el nombre de Ángel del Río, un cuñado mío que a esta tarea ofrece lo mejor de su tiempo, incluyendo dos libros de investigación sobre los desaparecidos y los represaliados.

Era inevitable que la recuperación de los restos de Federico García Lorca, enterrado como otras miles de personas en el barranco de Víznar, en la provincia de Granada, se convirtiera rápidamente en auténtico imperativo nacional. Uno

de los mayores poetas de España, el más universalmente conocido, está ahí, en ese páramo, en un lugar donde parece que está la fosa en la que yace el autor del *Romancero gitano* junto con otros tres fusilados, un maestro llamado Dióscoro Galindo y dos banderilleros anarquistas, Joaquín Arcollas Cabezas y Francisco Galadí Melgar.

Sorprendentemente, la familia de García Lorca siempre se ha opuesto a que se realizara la exhumación. Los argumentos alegados se relacionaban, todos ellos, en mayor o menor grado, con cuestiones que podemos clasificar de decoro social, como la curiosidad malsana de los medios de comunicación, el espectáculo en que se convertiría el levantamiento de los huesos, razones sin duda respetables, que, si me permiten que lo diga, han perdido hoy peso ante la simplicidad con que la nieta de Dióscoro Galindo respondió cuando, en una entrevista en una cadena de radio, le preguntaron donde llevaría los restos de su abuelo, si finalmente se encontraran: «Al cementerio de Pulianas». Hay que aclarar que Pulianas, en la provincia de Granada, es la aldea donde Dióscoro Galindo trabajaba y la familia sigue viviendo. Sólo las páginas de los libros tienen vuelta, las de la vida, no.

José Saramago

Escritor y Premio Nobel de Literatura
(20 de septiembre de 2008)

Mujeres asesinadas como «fieras humanas». Las madres que pierden la vida «en sustitución» de sus hijos. El feminismo de la Luna. Los bebés robados y el terrorismo golpista contra la chusma selecta gaditana. La causa de los 4.000 de Córdoba y de los cien de Almonte. Los maquis, la luz para Pico Reja y los crímenes de Casa Buena. O el Cojillo que cae en la Vega de los Valientes.

Este libro, *Tierra de poetas y huesos*, viene a ser testigo de un puñado de historias silenciadas. De aquellos relatos de mesa camilla que custodiaron nuestras abuelas, de la memoria sometida a las cunetas del olvido. Como las tumbas anónimas que todavía salpican el país de la desmemoria. Una tierra con heridas atávicas como el rastro eterno de Lorca, el «desaparecido más llorado del mundo».

Tierra de poetas y huesos continúa las dos primeras obras sobre fosas comunes del franquismo en Andalucía: *Que fuera mi tierra* (año 2015) y *Las huellas en la tierra* (2016-2017). Con esta entrega completo una trilogía que alcanza el bienio 2018-2019 y casi medio centenar de intervenciones arqueológicas.

Una realidad que es posible gracias a todas las víctimas, a las familias que confían y ponen en mis manos sus recuerdos, a las asociaciones memorialistas, los historiadores y los equipos científicos. Y que no sería posible sin que la Secretaría de Estado de Memoria Democrática del Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática del Gobierno de España haya rescatado un proyecto que, hasta ahora, había publicado la Junta de Andalucía.

Una suerte porque dar voz a quienes defendieron la libertad y la democracia y sufrieron a cambio la pedagogía del terror, trasciende todo propósito. Estoy seguro que es la labor más importante de mi vida, porque el periodismo no puede mirar a otro lado ante estas graves violaciones de los Derechos Humanos.

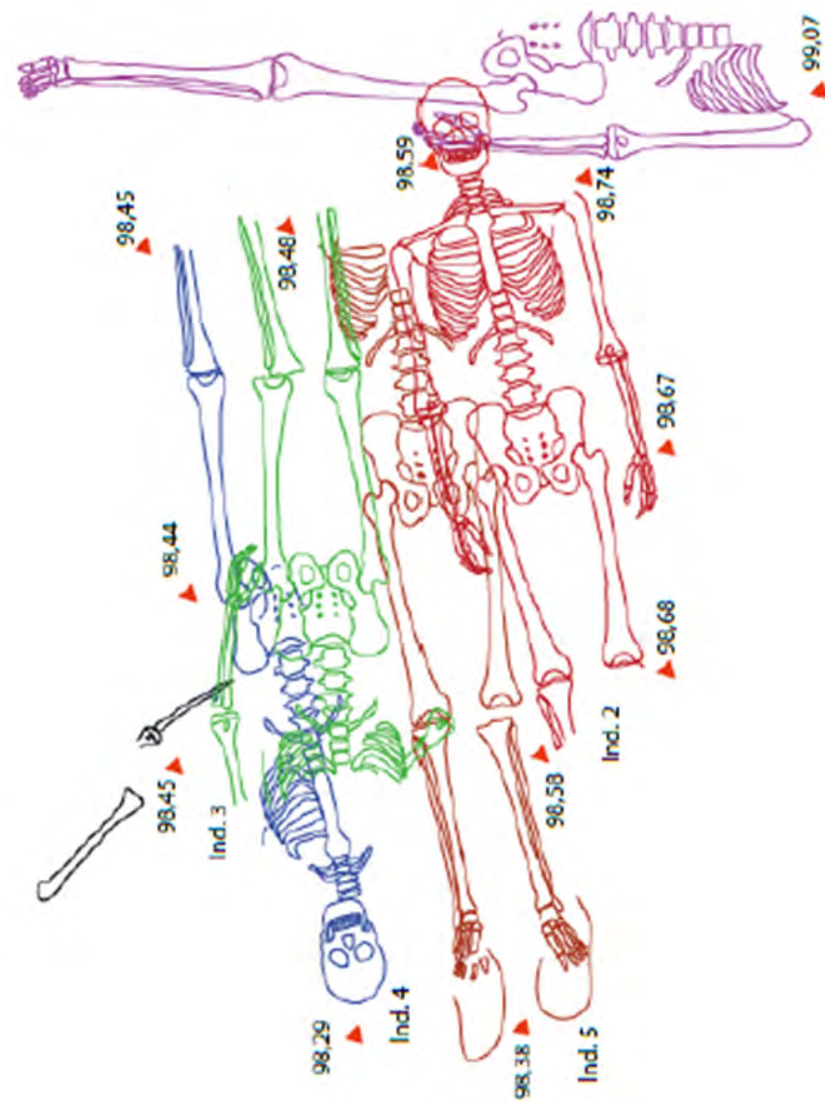
Andalucía es la región del país más castigada por la violencia golpista. La matanza fundacional del franquismo suma al menos 45.566 víctimas y 708 fosas comunes en suelo andaluz. Unas cifras que superan al terrorismo de Estado ejercido por las dictaduras de Argentina y Chile juntas. Crímenes contra la humanidad que precisan ser atendidos desde el deber del Estado como reclaman Naciones Unidas o Amnistía Internacional.

Porque ocultar la realidad nunca es una buena decisión. Y hablar de Memoria Histórica es hacerlo de cultura de paz, de verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. Conocer la historia propia es una deuda con quienes se fueron, un paso trascendental en nuestro presente y una obligación con las generaciones futuras. Por eso seguimos haciendo Memoria contra el olvido y la impunidad.

Juan Miguel Baquero
periodista



Córdoba



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio de La Salud

Número de víctimas: 21

Fecha de los asesinatos: desde julio de 1936

Equipo técnico: Juan Manuel Guijo, Elena Vera, Jesús Román,
Carmen Jiménez, Julio Guijarro



Huesos rotos y una bala de Mauser

Los cuerpos con evidencias de muerte violenta en fosas comunes certifican que los asesinatos sistemáticos han sido crímenes contra la humanidad

Huesos rotos a golpes. Y un proyectil para fusil Mauser. Es el primer esqueleto femenino localizado en la excavación del cementerio de La Salud de Córdoba. Muestra evidencias de muerte violenta. Como el resto de cuerpos.

«¿Eso que son ruinas romanas?», pregunta un visitante deslizado entre las calles del camposanto. El tono escupe cierto deje sarcástico. «Son las ruinas de la democracia de este país», responde una voz cerca de la tierra abierta.

La tarea arqueológica aviva la quietud cotidiana de los cementerios. Remueve conciencias, historias quietas. Memorias silentes. A veces aparecen nuevos descendientes de represaliados. O incluso testimonios que certifican el relato de la matanza franquista.

«Mi padre vio cómo los fusilaban», cuenta Rafael Guerra. Señala la tapia. «Nos lo contaba para que supiéramos lo que había, pero nos avisaba siempre que fuera, en la calle, no dijéramos nada», recuerda sobre su progenitor, Francisco.

Era una suerte de doble protección, entiende. De amparo ante la pedagogía del terror que aplican los

golpistas, con la clase obrera en el centro de la diana. «Mi padre decía que ahí llegaban los camiones y gritaban ‘venga, abajo todo el mundo’. Y al otro día la misma historia».

«Si yo supiera que mi padre está ahí tirado..., por lo menos lucharía para darle un sitio digno», resopla una persona que frena sus pasos a escasos metros de la fosa común. Tendría que buscar en cuadros como el de San Ramón, San Cipriano y San Cayetano. Por depósitos colectivos en cistas, estructuras excavadas en el relleno y sepulturas con una potencia de hasta cuatro metros de profundidad.

La documentación de la cárcel certifica ejecuciones grupales de 34 detenidos, 28, 14, 11... o el caso del 8 de agosto del 36, con decenas de personas muertas a tiros. En los expedientes figuran las fechas de ingreso y salida de los prisioneros. Y las órdenes de las «sacas».

La mayoría de asesinatos en Córdoba están asociados a la vigencia del bando de guerra. Crímenes sistemáticos que alcanzan febrero del 37 para teñirlo de sangre cuando los sublevados contra la Segunda República inician el proceso de «justicia al

revés» para sentenciar a muerte mediante consejos de guerra sumarísimos a civiles y autoridades leales al Gobierno democráticamente elegido.

Así aparece en los fondos procedentes de la Prisión Provincial de Córdoba, depositados en el Archivo Histórico Provincial de Córdoba, según los historiadores del equipo técnico encargado de la excavación. Y en el Archivo Histórico del Tribunal Militar Territorial Segundo de Sevilla, apunta el estudio realizado.

El informe ofrece una cantidad inicial de al menos 1.477 ejecutados hasta el primer tercio de 1937. Solo cinco de cada cien son mujeres. Desarrollan profesiones como jornaleros, cabreros, herreros, ferroviarios, peluqueros, cocineros, albañiles, carteros o electricistas, entre otras.

Todos están enterrados en los cementerios de La Salud y San Rafael. Víctimas que proceden de Córdoba y Aguilar de la Frontera, Baena, Cabra, Castro del Río, Espejo, Fuente Obejuna, Guadalcazar y Hornachuelos, Lucena, Monturque, Puente Genil o Villa del Río. También de Jaén, Sevilla, Madrid, Badajoz o Cádiz. Y de otros países, como Alemania, Brasil, Checoslovaquia, Francia, Italia, Polonia, Rumanía o Yugoslavia.

La matanza fascista en tierra cordobesa explica la intencionalidad política de las ejecuciones. Ahí siguen sepultados representantes políticos y sindicales, periodistas, militares y fuerzas de orden público que no secundaron el golpe de Estado contra la democracia.

Caso del alcalde de Córdoba, Manuel Sánchez (PSOE), o los concejales Baldomero López (IR) y

Julio González (PCE). O el presidente de la Diputación Provincial, José Guerra, y Bautista Garcés (PCE), diputado a Cortes. Y el guardia de asalto Manuel Tarazona, el Guardia Civil Emilio Monteaudo, el maestro y masón Rafael Benavente, el sindicalista José Dios (CNT-FAI) o la periodista francesa Renée Lafont.

Con otros muchos «anónimos». Como Manuela, que trabaja como «sirvienta». O Basilio, topógrafo. Y Rosario, directora de las Cantinas Escolares. Francisco, veterinario. Juan, bombero. José, chófer. Todos funcionarios del Ayuntamiento de Córdoba represaliados por el franquismo: 249 en total, 80 de ellos asesinados.

Sus expedientes han sido 'limpiados' para reparar su memoria en un acto que preside el 28 de marzo de 2019 la entonces ministra de Justicia del Gobierno de España, Dolores Delgado. La entrega de certificados a sus familiares sirve para desagraviar el recuerdo de estos empleados municipales castigados por los golpistas.

«Son personas que perdieron la vida y la libertad por defender unos valores que hoy son nuestros valores constitucionales», en palabras de la actual Fiscal General del Estado. «Esto no es una leyenda del pasado, sino que es el presente y sobre todo el futuro», destaca.

«Se devuelve de alguna manera la dignidad y la memoria a muchas familias cordobesas» y a aquel «compromiso con el régimen democrático» y con «la defensa de la libertad, la democracia y la justi-

cia social», apunta la alcaldesa de Córdoba, Isabel Ambrosio.

La depuración profesional era una pata más de la represión poliédrica del franquismo. Del robo de bienes a los derrotados y la tortura de disidentes políticos a los 13 campos de concentración que convierten entonces a la provincia en «una inmensa cárcel» para 60.000 prisioneros republicanos, como documenta el historiador Francisco Navarro. O las 28 unidades de trabajos forzados para esclavos del franquismo. Y el genocidio fundacional de la dictadura de Francisco Franco, latente, todavía vivo bajo tierra.

La causa de los 4.000 de Córdoba

Córdoba, ciudad sin guerra, suma miles de ejecutados por los golpistas y décadas de olvido: «La dictadura nos castigó sin piedad, nos lo negó todo, incluso el derecho a llorar a nuestros muertos»

María, 17 años, de Almodóvar. José, 15 años, jornalero de Montilla. Antonio, 16 años, mecánico, de Linares. Juan, misma edad, panadero de Córdoba. Todos sacados de la cárcel. Y asesinados por los fascistas. Tirados en las fosas abiertas en los cementerios durante el terror caliente de 1936.

Yaciendo María, José, Antonio, Juan, en un cúmulo de huesos junto a puñados de personas procedentes de la prisión de Córdoba. Hasta 575 solo desde julio a diciembre del 36. Y 46 eran mujeres. Ejecutadas, como animales, ante las tapias del camposanto.

Más de 5.000 víctimas entre la capital y la provincia cordobesa enterradas en al menos 79 tumbas ilegales, según el Mapa de Fosas de Andalucía. In-

humaciones colectivas de las que han dado fe los trabajos arqueológicos realizados en el cuadro de San Ramón del cementerio de Nuestra Señora de La Salud, con 21 víctimas rescatadas.

La intervención en la ciudad califal ha sido la primera con participación del Gobierno de España desde la apertura de fosas durante el mandato como presidente de José Luis Rodríguez Zapatero, al hilo de la Ley de Memoria Histórica aprobada el año 2007. Y ha contado con la colaboración de instituciones como la Junta de Andalucía y el Ayuntamiento de Córdoba.

Pero la exhumación debe continuar. Porque la tierra cordobesa retiene a miles de represaliados por



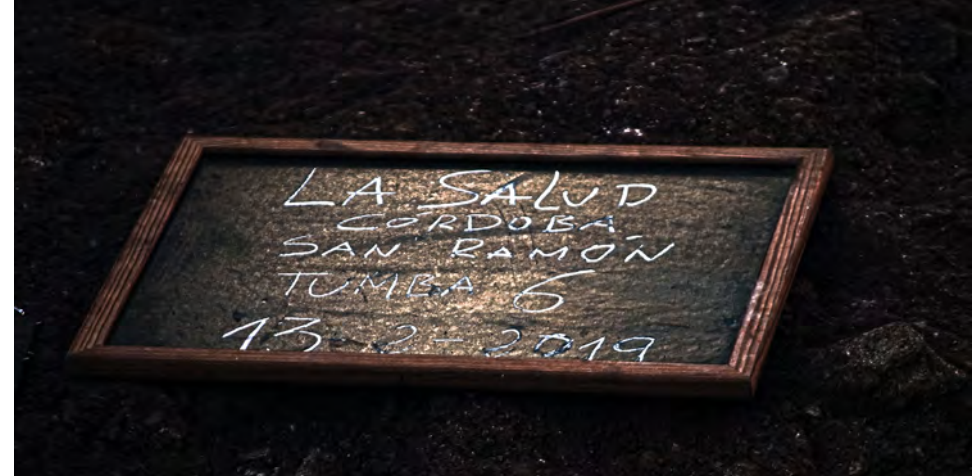


el franquismo. En La Salud hay documentados más de 1.800 asesinados por los golpistas y otros 2.500 en San Rafael.

«Que no se detenga el proceso para exhumar las fosas comunes de Córdoba», pide la asociación Dejadnos Llorar. Que continúe tras aquellas primeras catas positivas que arrancaron el 10 de enero de 2019. «Para nosotros ha significado un enorme progreso en el camino de la reparación a las familias que padecemos la represión, después de haber soportado tantos años de silencio impuesto», subrayan.

«En la ciudad de Córdoba no hubo ni guerra, ni violencia que pudiera justificar esa matanza, el golpe triunfó desde el primer momento», explican. «Las cifras de la represión son aterradoras», denuncian en una nota firmada por Antonio Deza, presidente del colectivo, Carmen Gracia, María Inés Raya, Guillermina Gómez, Francisco Sánchez, la familia Cabello y Remedios Gómez.

La 'Causa de los 4.000 de Córdoba' como paradigma de la barbarie. En las fosas «están nuestros padres, hermanos y abuelos, nuestros familiares». Aquellos que «un día se llevaron y nunca más volvieron». Quienes «permanecen abandonados desde hace décadas, allí donde los arrojaron sus verdugos».



«Hoy es un día grande», expone Sánchez, emocionado, cuando los descendientes de represaliados rompen la tierra de forma simbólica en enero de 2019. «Hemos pasado mucho», explica mirando al suelo bajo el que todavía espera encontrar a varios familiares. Y a su padre, como Deza. «Es el sueño de muchos. Estamos a la espera de coger sus restos, besarlos y darles sepultura digna», apuntan.

«La dictadura nos castigó sin piedad a lo largo de sus 40 años», denuncia la asociación. «Crecimos sin los más elementales derechos, nos lo negaron todo, incluso el derecho a llorar a nuestros muertos». Es el «castigo añadido» que impuso la dictadura.

Buscan «llorarlos, honrarlos y cerrar un duelo que se ha prolongado durante décadas». Eso es, aseguran, «un acto de reparación necesario para nosotros y para todas las familias víctimas del franquismo». En esa lucha continúan. Como sentencia Dejadnos Llorar: «Ha llegado la hora de la verdad, la justicia y la reparación para nosotros y exigimos que no haya vuelta atrás».



Renée Lafont cubre la guerra civil española cuando las tropas de Franco la capturan, ejecutan a tiros y arrojan a una fosa común en Córdoba

La muerte de la reportera francesa en 1936 precede a la de otra corresponsal también sometida al olvido y fallecida en España, la fotoperiodista Gerda Taro

La primera periodista muerta en zona de guerra

Renée Lafont es la primera periodista muerta en zona de conflicto en el mundo. Antes que Gerda Taro. La reportera francesa cubre la guerra civil española cuando las tropas de Franco la capturan. Ejecutada en Córdoba, los golpistas arrojan su cuerpo a una fosa común. A partir de ahí, el olvido sepulta la historia de la corresponsal del periódico socialista *Le Populaire*.

Un coche se interna en zona rebelde, por equivocación, el 29 de agosto de 1936. Se trata de un Studebaker del Ministerio de la Guerra del Gobierno de España tripulado por corresponsales extranjeros. Los tres ocupantes, cuando perciben el error, intentan huir. Saltan del vehículo. Pero es tarde. Ya los han visto.

Las tropas franquistas, alertadas por la intrusión, inician la cacería. Dos plumillas logran escapar. Otro cae en el tiroteo alcanzado por una bala. El «individuo que quedó en tierra, que resultó herido en una rodilla y ser mujer, de más de 50 años, y vestida de hombre», describen los militares golpistas en su posterior informe.

Es Renée Lafont. «Conducida –incomunicada– a Córdoba», relatan los rebeldes. La periodista francesa es condenada a muerte y ejecutada el 1 de septiembre del 36. Queda convertida, por un traspié en líneas enemigas, en la primera reportera muerta en zona de guerra.

Gerda Taro, seudónimo de Gerta Pohorylle, fallece casi un año después, el 26 de julio del 37. La fotoperiodista que, junto a Endre Friedmann, firma con el seudónimo Robert Capa es arrollada por un tanque republicano en un apresurado repliegue durante un ataque fascista de vueltas de la batalla de Brunete (Madrid).

Renée Charlotte Amélie Lafont (Amiens, Francia, 4 de noviembre de 1877-Córdoba, España, 1 de septiembre de 1936) es traductora e hispanista. También escritora, publica dos novelas: *L'appel de la mer* y *Les forçats de la volupté*. Y es periodista.

La posible localización de sus huesos en Andalucía tiene repercusión mediática en Francia. El hilo genético de Lafont enlaza con la presentadora de televisión Maïtena Biraben, que da a conocer el caso en su país. Quedan como testigos reportajes en

Agence France-Presse o en diarios como L'Humanité y Le Parisien.

Y en Saint-Leon, uno de los cinco cementerios de Bayona, está la tumba de Charles Lafont y Marie Ernestine Estelle Leclercq. Son los padres de Renée. El hallazgo del hilo genético corresponde al trabajo de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Aguilar de la Frontera (Aremehisa).

Quizá una pista para poner nombre y apellidos a los restos óseos de la primera mujer recuperada de la tierra del camposanto cordobés. A eso aspiran. El indicio es «un paso muy importante», sostiene el colectivo que forma parte del Proyecto Renée Lafont Quest junto a la francesa Coordinadora Nacional de Organizaciones Memorialistas de Descendientes y Amigos de Exiliados de la España Republicana (Caminar).

Estas entidades llevan «años» intentando «localizar, recuperar y repatriar» a Francia a Lafont, explican. En la exhumación de La Salud aparece una mujer con un impacto de proyectil junto al fémur. Un detalle que casa con la historia de la periodista herida en una emboscada.

Pero cerrar el círculo genético es tarea compleja. Y anunciar la localización de una persona concreta, un atrevimiento, según especialistas. «No podemos hablar de identificaciones cuando no se han hecho», explica el antropólogo forense Juan Manuel Guijo.

Al Banco de ADN de la Universidad de Granada han sido remitidas 159 muestras de familiares de represaliados hasta la fecha. Ninguna, entonces, corresponde a descendientes de Renée Lafont. «Desde el equipo científico lo único que hemos pedido es respeto a los tiempos y a los protocolos», subraya Guijo.

Los arqueólogos y forenses sí recalcan «el reconocimiento al trabajo que ha hecho la asociación, que es impagable». Las «cuestiones científicas», sin embargo, «no se hacen de golpe, hay que esperar unos pasos» que son «garantía» para los familiares, matizan.

Y Renée Lafont es «igual de importante que las otras 4.000 personas» enterradas en fosas comunes en Córdoba, dice. Víctimas del fascismo español «que han muerto por sus ideas y por intentar cambiar un país que era medieval para darnos libertad y democracia y ahí están olvidadas» en cientos de tumbas ilegales en el país de la desmemoria.





Utrera



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio de San Francisco

Número de víctimas: 20

Fecha de los asesinatos: desde el 26 de julio de 1936

Equipo técnico: Inmaculada López, Carmen Romero, Inmaculada Carrasco, María del Carmen Barragán



Las «cuentas pendientes» de la democracia

El pueblo utrerano, tras una leve resistencia, supera las 400 víctimas en una de las represiones más duras de los franquistas en la provincia de Sevilla



Maruchi sostiene entre sus manos un legajo. Llora. Al fondo el rey Felipe VI sonríe con los brazos cruzados, desde la fría distancia de un retrato. En las páginas que la mujer aprieta contra su pecho está la constatación científica de que en su pueblo los golpistas asesinaron y enterraron como a perros a cientos de personas.

Porque los sondeos arqueológicos han localizado fosas comunes en Utrera (Sevilla). Pruebas del genocidio que siega la vida de cientos de civiles en la localidad. Encontrar los huesos en el cementerio de San Francisco no ha sido tarea sencilla. Pero ahí están los vestigios y la memoria de las víctimas.

La plaza utrerano es ocupada con extrema violencia desde el 26 de julio de 1936. Tras una «leve resistencia», la columna de los comandantes Cobián y Haro Lumbreras inician «una de las mayores represalias que se dieron en la provincia», como cuenta el historiador José María García Márquez en *Las víctimas de la represión militar en la provincia de Sevilla (1936-1963)*.

Los golpistas dejan más de un centenar de víctimas desde ese primer día. La represión continúa las se-

manas siguientes hasta alcanzar «266 ‘fusilados’ y 150 desaparecidos», según los datos «oficiales» remitidos a Orden Público. Una cifra «próxima a la realidad», apunta el libro *Utrera 1936: ocupación militar y represión*, de José Díaz Arriaza y Javier Castejón Fernández.

El número total asciende a 424 asesinados. Muchos de los cadáveres son enterrados el 27 de julio. Uno es el abuelo de María Dolores Valle Núñez, conocida como Maruchi, nieta de José Valle González y presidenta del colectivo de familiares organizados en la Asociación Memoria Histórica de Utrera.

«Todos los demócratas tenemos cuentas pendientes con las víctimas del franquismo», dice el que fuera director general de Memoria Democrática de la Junta de Andalucía, Francisco Javier Giráldez, durante la presentación a inicios de marzo de 2018 del informe favorable de la excavación en el camposanto.

«La fosa está desmontada casi en su totalidad», indica la directora arqueológica del proyecto, Inmaculada Carrasco. «Las partes conservadas son mínimas», apunta, aunque aportan «datos concluyentes» de que pertenecen a represaliados. Como «seis cuer-



pos, cinco masculinos y uno femenino», en una primera fase.

«Ahí están todos nuestros muertos», lamenta un familiar en voz baja. A pesar de la afección de la tumba colectiva. Ahí están los paseados, los que perdieron la vida a tiros, los que pasaron por la cárcel habilitada por los fascistas en el pueblo. Y ahí están sus familias para cerrar el duelo, luchando por un entierro digno.

«Silenciarlos», que no se busque la fosa, que no se cuente, «es matarlos dos veces», resume Maruchi. Cuesta retener las lágrimas. «Emoción contenida»,



advierte. «Pero si no aparece el mío no importa, porque son nuestros, y los que salgan serán como si fuera mi abuelo». Todos nuestros muertos.

El resultado es «una demostración de salud democrática» que sirve para «recuperar la verdad» como «un deber de la sociedad», afirma el alcalde de Utrera, José María Villalobos. «Estamos aquí gracias a los familiares», enlaza Giráldez. «Porque han mantenido vivo el recuerdo y son víctimas de todos, porque lo son de esta democracia», mantienen.

Y ahí sigue la memoria familiar, heredada tantas veces por línea materna. De madres y abuelas. Como

muchas de las descendientes de quienes el fascismo quiere borrar de la historia. Como imágenes que nunca más reinen en el retrato de la impunidad y el olvido.

La Luna, ejemplo vivo del feminismo republicano

Carmen Luna, mujer que rompe el discurso patriarcal de la historia, asesinada por quienes entierran a España en décadas de sumisión nacionalcatólica

«Mi madre quería la libertad para la mujer», pedía «escuelas, instrucción y trabajo», cuenta Dalia Romero Luna (101 años) desde el exilio en Francia

«Mi madre era una rebelde, pero no para matarla». Así arranca Dalia. De cuajo. Porque su madre, Carmen Luna, era el vivo ejemplo del naciente feminismo republicano que acaba matando el franquismo. De aquellas mujeres que buscan torcer el curso patriarcal de la historia y acaban encontrando represión y castigo. Y el ‘sumisa y devota’ de Franco. O la muerte.

«Mi madre quería la libertad para la mujer», cuenta Dalia Romero Luna, una viejita que ya ha cumplido un siglo de vida. Atiende la llamada telefónica desde su casa en Mallemort, un pueblo cercano a Marsella (Francia). Allí acaba exiliada.

«A mí no me mataron porque me escapé a zona republicana», recuerda. Dalia tiene 18 años en 1936, cuando los rebeldes ejecutan a su madre, la Luna, que así era conocida. Porque la subordinación femenina no entra en su diccionario.



Y ella huele a libertad, extirpa las penas con rebeldía. Por eso la matan. Para atemorizar y dejar claro el camino del silencio y la obediencia. Como castigo ejemplarizante para el resto de mujeres.

El relato ocurre en Utrera. El mismo pueblo donde Dalia tiene viva todavía, a la altura de esta conversación, a una de sus hermanas: Rosario Peña Luna, hija del segundo matrimonio de Carmen, y que fallece antes de la publicación de este libro.

«Lo recuerdo todo», confiesa Dalia con un asimétrico acento francés y andaluz. Más de la Costa Azul después de tanto tiempo. «Mi madre vendía

en la plaza del pueblo y tenía mucho contacto con la gente, les ayudaba y aconsejaba para que no se callaran, para que protestaran y reclamaran lo que era suyo», sostiene.

«Los fascistas la vigilaban –sobre todo en los meses previos a la sublevación armada– y por estas razones la cogieron y la asesinaron», culmina. «Lo recuerdo todo», repite. «Ella no hizo nada malo a nadie». Y por eso a su madre, la Luna, «la tengo presente, siempre, y todos los días me acuerdo de ella y de lo que le hicieron».

La República busca transformar el país. Cambiar el discurso social. Y muchas mujeres rompen los rancios esquemas que preceden al nuevo modelo. Escriben, empoderadas, su propio presente. Pero el golpe de Estado contra la democracia frena en seco el giro de bisagra.

El patriarcado franquista acaba imponiendo una triple venganza sobre la mujer. El escarmiento adoctrinador para quienes transgreden los límites. El desquite en su piel para las madres, hermanas o esposas de los señalados. Y el castigo por sí, solo por ser mujeres.

Es el diseño de una represión de género que domina a través de ejecuciones, cárcel, torturas, violaciones, rapados de pelo y aceite de ricino. O el destierro interior que condena a las mujeres señaladas como ‘rojas’. A las derrotadas y excluidas.

Carmen Luna persigue «que el pueblo tuviera la cultura y la educación como una herramienta, que supieran defenderse y no agacharan la cabeza para todo». Una «rebeldía», asume Dalia. Con causa: «para denunciar las injusticias y defender los derechos». Que haya «escuelas, instrucción y trabajo» en vez de «tanta miseria terrible».

La memoria histórica de la mujer española del siglo xx oscila de la ruptura con el patriarcado al concepto nacionalcatólico impuesto por el régimen dictatorial. De la libertad a las ataduras. De los cambios sociales, culturales y políticos que el periodo republicano pone encima de la mesa a la consigna machista que resume la España de Franco: ‘el niño mirará al mundo, la niña mirará al hogar’.



«Hacíamos teatro para que la gente aprendiera, para que leyeran y se preocuparan por sus cosas», narra Dalia Romero. Animada por su madre, ella pertenece entonces a una compañía llamada 'Pan de piedra' y está afiliada al sindicato anarquista Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

«Los compañeros iban al campo de noche para dar lecciones y yo misma sabía leer y escribir porque había aprendido sola en mi casa», cerca del influjo feminista de la Luna. «En aquella época había una propaganda enorme y el pueblo estaba muy animado», asegura.

«Pero no para matar, eso lo hicieron ellos, los fascistas, sino para salir adelante». Los rebeldes acusan a la joven Dalia. «Eso de que fui a matar es mentira, las juventudes de Utrera no matamos a nadie», dice. En el pueblo, sin embargo, los sublevados ejecutan a cientos de personas.

«Y a tantísimas mujeres y compañeras que asesinaron, hasta niñas de 15 años», continúa. «No solamente confederadas, republicanas o socialistas, de todas clases, y metieron a muchas en prisión». Todas las que osan enfrentar los ideales tradicionales. Las que buscan la emancipación total de la mujer.

Como Carmen Luna. De ahí el castigo ejemplar. «La mataron en la puerta del cementerio por la mañana y la dejaron allí hasta por la noche». El miedo, la muerte, como ejemplo. Un plan ejercido con especial saña sobre la mujer, los cuerpos tomados como campo de batalla.

«A mi madre la metieron presa, un mes, y la sacaban y le decían 'vamos a darle el paseo', a saber todo lo que le harían allí dentro», rememora Dalia. «La quitaron de en medio bien pronto», lamenta desde el exilio francés. «Estaba todo el mundo aterrado».

No como antes, cuando llegan «todas las libertades». Cuando los hijos de la Luna juegan con la vida. «Un día nos cambiamos los nombres y cuando mi madre volvió del campo se lo dijimos y se echó a reír». Y se quedan con los nuevos. Ella sigue llamándose Dalia. «Y a la más pequeñita le pusimos Libertad».





*Concepción Ordóñez
Camacho, sobrina de José y
Enrique Camacho Garrido*

Mi abuela murió llorando a sus hijos

Me llamo Concha Ordóñez Camacho y estoy aquí por dos familiares, mis dos tíos, hermanos de mi madre. El mayor se llamaba José y el segundo Enrique. Eran hermanos. Sus apellidos, Camacho Garrido. Eran de Utrera. El más chico tenía 28 años y el otro 30 más o menos.

Mi abuela murió con 94 años. Y murió llorando a sus hijos. Se llamaba Concha, como yo, y mi madre Carmen. Ellas han mantenido viva la historia hasta que se murieron. Y yo la he heredado.

Desde que tengo uso de razón siempre he oído hablar de ellos. Me emociono... Por desgracia no llegué a conocerlos. Yo nací seis años después de la guerra, tengo 75. Pero como si los hubiera conocido, porque el dolor está igual.

Mi tío fue que uno le tenía mucho... le quería cambiar la calera, de cal, y él no quería. Es normal, porque la suya no valía de nada. Mis titos tenían la calera frente al cuartel. Y la quería el Volantes, que era el cabecilla de toda la banda, a mí no me da miedo decirlo. Mataban para robar. Y consiguió tenerla, claro, mataron a mis tíos.

Porque ellos le echaban mano, les harían firmar, y cuando firmaban pues los quitarían de en medio. Con mi tío Pepe hicieron lo mismo. Estaba a la ve-

rilla del río, trabajando, y fueron a por él. Como esos tenían chivatos por todos lados...

Lo metieron en la cárcel, en Sevilla, acusándolo de que había hecho y había dicho. Estuvo cuatro años. Ahí coincidió en la misma celda con un primo hermano de mi madre, pero no podían decir que eran familia porque iba a tener la misma suerte.

Y este último me dijo, años después: «Lo sacaron a media noche y a la mañana siguiente nos daban la libertad a todos... tu tío salió llorando». No se me olvidará nunca. Salió llorando. Porque sabía a lo que iba. Fíjate, el pobre.

Mi abuela estuvo toda la vida con esa pena, de que le mataron dos hijos. La conocí llorando y murió llorando. Toda la vida sufriendo a sus hijos. Sus hijos, que es lo más grande que hay.

Ella y mi madre murieron y nunca supieron nada más. Por eso si aparecieran quiero meterlos con mi abuela. Ay... Eso es lo que yo quiero. Que estén con su madre, los tres juntitos.

Mamá Ana, ¿dónde está el abuelo?

*María Dolores Valle Núñez,
nieta de José Valle González*

Me llamo María Dolores Valle Núñez. Soy nieta de José Valle González. Lo asesinaron el 29 de octubre del 36, aquí en Utrera. Era jornalero. Estaba en la CNT. Tenía 41 o 42 años. Yo heredo la historia de mi abuela, Ana María Soriano Vargas. Ella no tuvo nunca miedo de contar las cosas. Pero jamás nos inculcó odio o rencor, ni nos señaló a nadie, aunque sabía quiénes eran los verdugos del pueblo.

Mi abuela vivió siempre con nosotros, toda la vida. La recuerdo sentada en esa ropa camilla en el invierno, manteniendo la historia. «¿Qué le pasó al abuelo?», preguntábamos. Y en el cementerio. «Mamá Ana, ¿dónde está el abuelo?», le decía yo. «Por ahí tiene que estar, hija», respondía señalando a un trozo de terreno.

«El abuelo no ha hecho nada, no era un asesino, no tenía las manos manchadas de sangre», repetía. «Lo que hacía era luchar por un bien». Y recordaba lo



mal que lo pasó para sacar esos dos hijos adelante, señalada... un homenaje hace falta a esas mujeres.

Mi abuelo ayudó a un sobrino de mi abuela al que buscaban, Antonio Vargas Soriano, el Chache le decían. Lo llevó hasta Ronda. Cuando iban en camino llegaron a buscarlo a casa. Que fuera al cuartel, que querían hacerle unas preguntas. Estaba muy tranquilo en conciencia, no tenía ningún delito. Y fue por su propio pie, andandito, y dijo: «Mira, aquí estoy, que vinieron ustedes a buscarme».

Ahí lo dejaron detenido. Mi abuela pasó la noche esperando y al día siguiente, viendo que su marido no llegaba y todo eran preguntas, fue a la cárcel a interesarse por él. No solo no le dieron respuesta, sino que también la detuvieron. Mi abuela entró embarazada, bastante avanzada, y salió sin estarlo. Se supone que perdió a la criatura.

El matrimonio tenía dos hijos, mi tío, Bartolomé, y mi padre, Juan. Quedaron con la familia el tiempo que estuvieron presos. A mi abuela la soltaron en diciembre, mi abuelo no volvió nunca más.

En la cárcel de Utrera las mujeres estaban abajo y los hombres, arriba. Y había una tubería y por ahí se comunicaban. Un «aquí estoy», unos golpecitos... Mis abuelos sabían leer y escribir y ella contaba que se enviaron algunas notitas a través de un carcelero que era, entre comillas, buena persona. Les hizo de correo.

Mi abuela hizo luego de enlace con los que andaban escondidos. Eso sale en su declaración. A mi abuelo lo acusan de sabotaje. Ella contaba: «Fíjate el día que iba yo por la calle, me paran y me dicen '¿Usted dónde va?', y digo pues a mi casa. Yo usaba una toca negra, si la llegan a abrir y ven lo que llevaba debajo». Nunca contó qué escondía.

Ella fue una mujer muy valiente. Cuando hicieron unas ayudas a las viudas de guerra y fue para tener una pensión, al leer el papel que decía 'su marido ha muerto', se negó a firmar. Que no firmaba un papel que dijera una mentira tan grande, que a su marido lo habían matado. Se quedó sin pensión y le dio igual. Y era pobre como el que más.

En mi casa la historia la seguimos todos los hermanos: el mayor José Valle Núñez, Juan Luis, después viene Ana María, Alfredo y yo, Maruchi, la más pequeña. Soy presidenta de la Asociación de Memoria Histórica de Utrera, que formamos un puñado de familias de 424 que mataron, aunque aquí hay fusilados de Los Palacios, Alcalá de Guadaíra, Montellano y otros pueblos de los alrededores.

El miedo les ha tapado la boca a muchos. El estar señalados... y hay que entenderlo. Porque no solo era quedarte viuda, es el después. Lo que han pa-

sado, no hay nombre. Aquí hay un testimonio terrible, de cómo le sacan el niño después de matar a la madre, embarazada de nueve meses. Aquello dicen que daba botes. Y lo sacan. Y esa mujer vive, nació después de matar a su madre.

Buscando la fosa hemos echado muchas lágrimas. Y yo quiero encontrar a mi abuelo pero ahora siento que todos lo son. Estamos orgullosos de lo que hemos hecho. Lo teníamos que hacer. Callar, silenciar, negar, es matarlos dos veces. Por eso hace falta la memoria.

El silencio vivido, la ausencia infinita

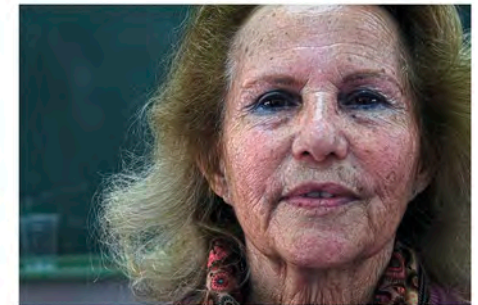
La búsqueda de los desaparecidos en la localidad sevillana parte de la constancia «verbal» de que en el cementerio hay hasta tres fosas comunes

Los testimonios orales custodian la historia y, tras «perder el miedo», la respuesta al llamamiento para la «recogida de ADN» desborda las previsiones

«Yo vengo de Madrid para la muestra de ADN», avisa Consolación Barroso. Llega cargada con un libro sobre la historia familiar y otro de poemas que dedica a la memoria de su tío, José Barroso Rodríguez, muerto a tiros en el pueblo sevillano. «Mi padre, Manuel, vio cómo lo fusilaban». Decide seguir a la comitiva asesina «hasta que vio cómo mataban a su hermano», sostiene.

Luego, entre lágrimas y tras leer un poema, recuerda las palabras de su progenitor cuando pregunta por la tragedia: «No hables de ese tema, no preguntes que perdemos todos». Y una anécdota definitoria: «Yo seguía insistiendo y un día me dieron una caja que estaba escondida casi 70 años, y cuando la abrí aparecieron estas tres fotos de mi tío, que es lo único que tenemos de él».

Porque a todos se los llevan un día «y ya no lo vimos más», arranca Manuela Díaz. A ella los fascistas le matan a su abuelo, Antonio Morón Carrión (59 años).



«Los que fueron a por él eran conocidos de la familia», denuncia. «No os preocupéis que vamos a hacerle unas preguntas y ya está». Y no fue así.

«Lo peor es el silencio vivido», afirma, categórica. La espera que nunca rompe, el dolor callado, la ausencia infinita. El olvido, tan solo quebrado en ocasiones por conversaciones de mesa camilla, en voz baja. «Se lo llevaron y ya no apareció más». La expresión define el drama de las víctimas del franquismo, la imposibilidad de cerrar el duelo, aparcando el dolor y abrazar el recuerdo.

La victoria de una masacre que los golpistas trazan a balazos y acaba extendida en el tiempo. Porque abrir una fosa no es tarea sencilla. A veces faltan referencias de la localización o la tumba ha sido expoliada. Por eso es una suerte cuando hay testimonios orales fiables que aportan datos sobre los desaparecidos.



Algo así ocurre en Utrera, donde la memoria íntima custodia los enterramientos colectivos. La búsqueda parte de la constancia «verbal» de que existen hasta tres tumbas ilegales en el camposanto. Y las pistas, tras varias catas arqueológicas infructuosas, definen la aparición de huesos con evidencias de muerte violenta.

Con la exhumación llega el llamamiento para la «recogida de ADN». Y el pueblo vive una jornada «histórica» que supera las previsiones. Más de 30 familias de desaparecidos acuden el primer día para aportar muestras genéticas e incluso fotografías, documentos y nueva información.

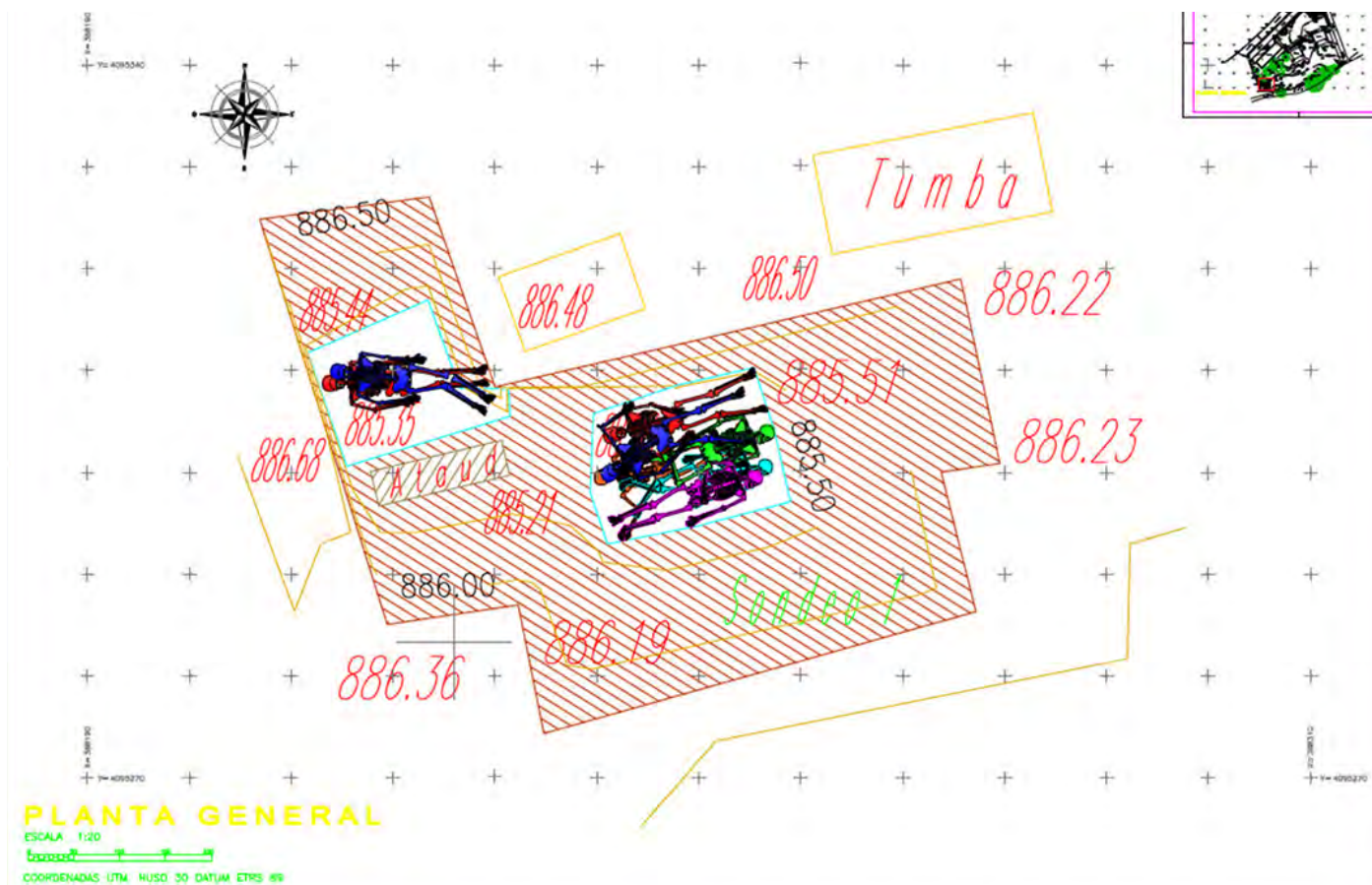
Todo para sembrar la compleja tarea de poner nombre y apellidos a los restos óseos. «Estamos desbordadas, nadie esperaba una respuesta así, es algo inédito que pase de este modo, no han parado de venir familiares y los que siguen avisando», indica el equipo arqueológico, compuesto íntegramente por mujeres.

«Hemos pegado el zapatazo en el suelo y ya no hay miedo en Utrera», afirma la ARMH utrera. El colectivo arranca con «cuatro o cinco familias» y ya superan algunas decenas. Como María Camúñez, Carmen Navarro, Manuela Díaz Morón... todas víctimas de la violencia rebelde.

En el proceso hay hasta quien encuentra afinidades genéticas. Como Enrique García y Francisco Nieto, que buscan a dos hermanos, porque son nieto y bisnieto respectivamente de Enrique y Antonio García Lozano. No se ponen cara hasta entonces. La memoria, mutilada por décadas de miedo y represión, rasga ese «silencio vivido». La lucha, y la verdad, arrastran a la ausencia infinita.



Alfarnate



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal

Número de víctimas: 8

Fecha de los asesinatos: 3 de marzo de 1937 y posguerra

Equipo técnico: Cristóbal Alcántara, Maribel Brenes, Andrés Fernández,
 María de la Rubia, Elena Loriguillo



Los maquis malagueños despachados a bombazos

Los golpistas asesinan en el pueblo a 22 personas y «más población que está en el cementerio de San Rafael», en la mayor fosa exhumada en España

Antes de la Desbandá de febrero del 37 y la ocupación rebelde, la resistencia revolucionaria ejecuta a entre «12 y 15 derechistas»

Dos guerrilleros antifranquistas de la partida del Patalete quedan emboscados en una cueva. Han matado a un cabo de la Guardia Civil. Tras la persecución, y bajo un duro tiroteo, están atrapados. Las fuerzas franquistas lanzan una granada de mano dentro de la caverna para finiquitar el asunto.

Los cuerpos destrozados acaban en una tumba de la sierra malagueña. La historia ocurre en 1945. Terminada la guerra de España, zanjar la subsistencia de la guerrilla es una consigna impuesta por el régimen de Franco. Y algunos maquis son despachados a bombazos.

Como en Alfarate (Málaga). El pueblo registra 22 víctimas a manos golpistas tras la «toma» de la población en el contexto de la Desbandá a partir del 7 de febrero de 1937. Y más población asesinada y que yace en el cementerio de San Rafael de la capital, en la fosa más grande exhumada en el país.

Antes, la resistencia revolucionaria ejecuta a entre «12 y 15 derechistas» locales. «Hubo represión por los dos lados», precisa la historiadora Maribel Brenes, miembro del equipo arqueológico que ha inter-

venido en la tierra alfarateña. La violencia rebelde, de su parte, registra dos fases. Cinco sacas en el año 37 con sendos grupos de ocho personas, otro de cinco y una víctima más en marzo. La caza al guerrillero arranca en 1945 y los últimos maquis caen en el 51.

«Tenemos la suerte que hay gente muy mayor, de 90 y tantos años, con una memoria excelente, algunos incluso familiares directos, hermanos», cuenta. Los testimonios orales siguen vivos. La tragedia también. «Tienen miedo, te dicen: ‘no, que no me quiero meter en problemas’, y ¿qué problemas?, ‘no quiero que se hable en el pueblo de mí’, porque todo el mundo sabe su historia, quienes fueron los asesinos, lo que pasó».

El miedo y el silencio perviven como una herida abierta en un pueblo donde la represión maneja relatos de una fiereza guardada con celo. Caso de un líder guerrillero, apodado Candiles, que muere junto a otros dos resistentes. «Los trajeron al pueblo y los dejaron frente al ayuntamiento, sentados

en un banco durante tres o cuatro días para que todo el mundo los viera», dice Brenes.

El edificio consistorial muta en morgue donde «los asomaban por una ventana, atados, y con un candil encendido para que la gente pudiera seguir viéndolos de noche». Acciones macabras alargadas hasta una década después de terminada la guerra como «aviso a los que seguían ayudando a la guerrilla».

Los maquis muertos por la granada de mano no quedan expuestos. «Estaban tan sumamente destrozados que los pasaron directamente a la sala de autopsias», precisa la historiadora. «Pero sí hacen que sus familiares suban a verlos, como un escarmiento».

«Los niños de la época», hoy ancianos, «lo recuerdan perfectamente». Y que la cercanía al frente granadino convierte la plaza en un punto caliente. Alfarnate sufre «bombardeos» de las fuerzas fascistas. Y un éxodo que merma la población desde los 3.000 habitantes a los menos de mil de hoy. «Muchas familias nunca volvieron».

Alfarnate está «ocupado por las milicias desde el 18 de julio, gente incluso que vino de Málaga, como anarquistas, y en ese periodo se cometieron muertes de gente de índole conservadora», cuenta. Aunque los sublevados «entran en el pueblo sin tener que dar ningún tiro».

«Combate como tal en la población no hay», asegura Maribel Brenes. «Pero en los alrededores sí

porque tenemos la zona de Zafarraya, en la frontera con Granada, y aquello ya estaba ocupado por los sublevados», precisa. Corre la sangre en el entorno, como en Villanueva del Caucho o Alfarnatejo. El registro mortal del fanatismo está en las fosas localizadas: una con seis personas, asesinadas en 1937, otra con dos cuerpos, en plena posguerra.





La lucha extendida del ejército guerrillero de Andalucía

Los maquis sufren la persecución del régimen franquista, que tacha a los miembros de las milicias antifascistas como «bandoleros»

Las partidas de Patalete o la de Candiles suman un buen número de integrantes e incluso llegan a formar parte de la denominada agrupación Roberto del ejército guerrillero de Andalucía. Es una lucha continuada, con pocas garantías de éxito, de una resistencia extendida en el desamparo de intermitentes batallas heroicas contra la dictadura.

Muchos maquis, conocedores de la sierra, integran su fuerza en agrupaciones ya existentes. Otros quedan divididos en grupos pequeños por pura supervivencia. Van cayendo perseguidos, emboscados, acorralados... aquellos a quienes el régimen franquista llama «bandoleros» para identificarlos con delincuentes comunes y torcer el apoyo popular.

Un puñado acaba recibiendo tierra en Alfarnate. Una de las peticiones de búsqueda de los cuerpos, décadas después, parte del hijo de uno de los guerrilleros antifranquistas asesinados a bombazos en una cueva de la serranía malagueña. Y de la hermana de otro ejecutado, a la que añaden interés otras dos familias de víctimas del franquismo.

Diversos testimonios orales señalan varias zonas del cementerio. Como el patio civil, a la entrada a la derecha. Los sondeos dan «positivo». En dos puntos, desde mayo de 2018, aparecen los huesos de varias personas. Ocho hombres en dos tumbas colectivas abiertas en el municipio de la Alta Axarquía.

Tienen edades comprendidas entre los 21 y los 60 años en el momento de sus muertes. En una sepultura hay «seis cuerpos arrojados, uno encima de otro, con los brazos mezclados... una imagen muy reveladora de lo que pudo pasar», describe el arqueólogo Cristóbal Alcántara.

Emergen «fracturas *perimorten* que determinan esa violencia con la que actuaron esa noche». Pertenecen a una de las sacas del año 37. Y una diligencia de enterramiento, del año 50, «cuadra con el sitio» donde aparece un cadáver afectado por la dinámica de uso del cementerio. Al lado hay huesos que presumen al segundo partisano.

La investigación continúa «en otras zonas donde tienen que estar las otras dos sacas de ocho», señala Alcántara. Porque las fosas de Alfarnate guardan

una parte de la historia de la guerrilla. Un relato escrito con trazos singulares.

Como la revista de la Guardia Civil que narra en aquella época cómo «fuerzas de la 137 comandancia exterminan una partida de bandoleros». O la represión especial contra la mujer: ninguna asesinada, «pero se hace una depuración humillante porque se rapó a muchísimas y se las paseaba por el pueblo con un policía delante tocando el tambor».

La exhumación permite vivir en junio de 2019 el sepelio de los represaliados. Un coche fúnebre trasladada las ocho cajas en una comitiva que parte del Ayuntamiento de Alfarnate. Regresan al campo-santo para completar «un entierro digno».

El alcalde, Salvador Urdiales, entonces regidor en funciones, no quiere dejar el bastón de mando sin resolver el asunto pendiente. Y el trabajo arqueológico «da respuesta a los familiares de las víctimas», sigue creando memoria.

En el esperado relámpago de justicia participan familias llegadas desde Ciudad Real, Málaga... y vecinos del pueblo que tributan una despedida justa. Las víctimas yacen ahora en osarios individuales. Un número marca cada lápida. Las pruebas genéticas tienen la oportunidad de poner nombre y apellidos a las cifras.





Angelina Ortiz Barroso, hija de Antonio Ortiz García y hermana de Antonio

'Ay, qué leche más amarga te bebiste'

Hoy es el día de ellos, de mi padre y de mi hermano. Porque los dos se llamaban Antonio. Y a los dos los mataron. El día de San Antonio es fiesta en el pueblo y por eso hay flores de papel de colores en las calles. ¿Escuchas la banda? ¿Qué tocan? Sí, 'Amigos para siempre', esa canción.

Soy Angelina Ortiz Barroso, tengo 86 años. Mi padre era Antonio Ortiz García, tenía unos 35 cuando lo fusilaron. Mi hermano Antonio tenía 16 añitos cuando lo mataron. Y mi madre era Felicidad Ortiz Barroso.

Éramos más hermanos. Amelia, que iba a la cárcel a verlos, Emilio, Juan, Pepito y Miguel, el más pequeño, que nació estando mi papá preso. Se lo llevaron a la cárcel para que lo viera por una ventanita. Mi madre pasó una enfermedad. Cada vez que entraba mi Miguel decía «ay, qué leche más amarga te bebiste».

A los dos los mataron en el 37. Yo tenía cuatro añitos. Nací el día 5 de abril del 33. Mi hermana era la que llevaba más el tema porque era más grandecilla, iba a la cárcel, les llevaba la comida... y ya el último día le dijeron que se fuera.

A mi padre lo cogieron tres veces. Primero lo echaron porque no había hecho nada. Luego otra vez porque rifaron una libertad. Hicieron como una lotería, un número, y dijeron al que le toque se va a la calle. Y le tocó a mi papá.

Mi madre le decía «Antonio, pillá un coche y te vas». Y él «yo me quedo en mi casa, ¿yo he hecho nada? ¿Por qué os voy a abandonar? ¿Por qué voy a correr de mi casa?», pero se lo llevaron a Málaga. El último día estuve sentada en las rodillas de mi padre, me estuvo tocando así los pelillos... ya no lo he visto más.

Lo bajaron en el Ayuntamiento que había un calabozo lleno de gente. Yo siempre estaba *asomalla* a la puerta. Con ellos había una mujer presa, que dormía en un rinconcillo y estaba para tener una niña. Cuando nació le puso Milagros.

Ella me contó: «Mira, el único que habló fue tu hermano». Les dijo: «¿A las cuatro de la mañana dónde nos lleváis?», y le contestaron que «a abrir una fosa para unos que han traído». Pero no, les obligaron a hacer el agujero y luego los mataron.

Mi madre escuchó a alguno de los verdugos decir: «Ha sido una lástima lo que le hemos hecho a Antonio, pero con tal de que el padre sufra, está bien hecho». Mi papá estaba aquí en el pueblo cuando matan a su hijo. Si escuchó los tiros... lo que nos ha pasado no tiene arreglo.

¿Que si eran buenos? Pregunta en el pueblo. Mi padre estaba afiliado a Izquierda Republicana. Tenía un bar. Era maestro músico, muy señorito.

Mira, este cuadro me encanta, es de cuando vino de Buenos Aires, que se fue a trabajar. No estaría mucho tiempo en Argentina. Yo no salgo porque no había nacido todavía. Me encargaron cuando mi papá vino. Mi hermano el que murió es el más grande, aquí está mi hermana Amelia, y mi Juan, y el que está en brazos es Pepito.

Cuando la Desbandá mi madre cogió camino con los seis. Uno recién nacido. Mi padre ya estaba en la

cárcel. Y hasta que dijo: «Mira, nos vamos para la casa, dónde voy a ir yo con todos, y que sea lo que sea». Me acuerdo del montón de gente para un lado y otro, sin saber qué hacer. Entraron tirando cañonazos, tirando hasta para la sierra, donde estaba la gente. Mataron a un montón de criaturas.

Con las mujeres no se metieron mucho, nada más que pelarlas. Aquí pelaron de mujeres... todos los días las paseaban y todos los muchachos detrás gritando: «¡Las *pelás*, las *pelás*!», porque como no se sabía, aquello parecía que era una fiesta.

También recuerdo a los que cogían en la sierra y los traían en una bestia, en un mulo. Los que venían con Candiles eran forasteros. A los de fuera los dejaban en la plaza. Yo los vi, muertos. A todos. Los ponían como si estuvieran sentados, en la esquina. Por la noche encendían una luz. Uno gordo decía: «Para que veáis el ejemplo que da esto».

Ahora en el pueblo algunos no lo entienden. Ya ves. Pues yo estoy buscando a mi hermano y a mi padre. Si me los dieran los metía con mi mamá. Yo he visto la fosa y aquello parece un pozo, de tan grande. Están metidos allí engurruñados... Muerta estoy desde entonces. Se ven las alpargatas. Pero es que no hicieron nada. Por eso cuando me preguntan de qué partido soy digo: «Yo de los rojos». Mientras que yo esté en el mundo, el voto se lo doy a mi padre.



En el colegio nunca han contado nada de esto

Salvador Sánchez Pozo, nieto de Juan Pozo Rojas y sobrino de Juan Pozo Codines

Soy Salvador Sánchez Pozo. Mi abuelo era Juan Pozo Rojas. También mataron a su hijo, Juan Pozo Codines, que era mi tío. Su hija, mi madre, era María Pozo Codines. Y estoy aquí con mis hijas, Auxi y Lola.

La historia es que vivían en Riogordo cuando empezó la revolución y entraron las tropas. Cogieron a mi tío, un chava que tendría 18 años, por pertenecer o porque se juntaba con gente comunista. Y lo mataron. A la semana siguiente a mi abuelo, que tenía 52 años.

Dijeron: «Si el hijo es comunista, el padre también». Estuvo una semana preso en Colmenar. Mi madre le llevaba comida todos los días. Hasta que le dijeron que ya no estaba, que lo habían traído a Alfarnate. Aquí lo fusilaron. Y ahí ya se acabó la historia. Eso fue en el 37.

A mi madre la cogieron y la pelaron, le dieron aceite de ricino, la pasearon por el pueblo... no a mi madre sola, a una piara de muchachas. Si hubiera vivido estaría aquí. Le daba mucha pena porque se iba sin saber dónde está su padre tirado.



Aquí llegaban a un pueblo y decían: «A ver, ¿aquí quiénes son los rojos?», y pum pum. Y luego otro pueblo. Y mi abuelo era un trabajador, no tenía un campito ni nada, era un muerto de hambre. Su mujer se puso a vender por el campo, huevos, lo que fuera, para sacar un poquillo y salir adelante.

Ahora ver la fosa da pena, y emoción, te entran ganas de llorar... Esto no es cosa del pasado. ¿Y el sufrimiento que se llevó mi madre? ¿Y las humillaciones? Esto lo he heredado yo, esa es la palabra. Hasta pesadillas tengo. Esto es una herida que no se ha curado bien.

Lo que buscamos la familia es cerrar el duelo y darles un entierro digno. Pero esto no se sabe, porque en el colegio nunca han contado nada de esto. En pocos libros hay puesto lo que pasó aquí. Todavía está el susto. ¡Y todavía mandan!

'Que tu abuela se fue con una pena'

Auxiliadora Sánchez Amores, bisnieta de Juan Pozo Rojas

Yo me entero ya casi con 30 años. Al poco de morir mi abuela, mi padre me dice: «Tengo que contarte una cosa». ¿El qué, papá? «Que tu abuela se fue con una pena, que a su padre lo mataron y nunca supo dónde está. Siempre con esa pena... Hace tres meses que murió la abuela y no paro de tener pesadillas. Hay que buscar al abuelo».

Algo había que hacer, está claro. Esto le quitó a ella el descanso y ahora se lo estaba quitando a mi padre. Nunca, jamás le había pasado eso. Y fue a raíz de su fallecimiento. Después de enterarme lo tuve que asimilar. Era algo nuevo que no conocía. Al cabo de un tiempo leí en el periódico que habían exhumado la fosa de Alfarnatejo. Empezamos a tirar del hilo.

En Colmenar encontramos el certificado de defunción. Ahí vimos la edad, era como palparlo, tenerlo

de algún modo. Ponía la hora, cómo lo mataron. «Fue encontrado cadáver el día 3 de marzo del 37 en el término de Alfarnate, por arma de fuego. Recibe sepultura en el cementerio de Alfarnate. Firma el comandante militar». Me impactó bastante. Leer esto fue casi como... Te tengo aquí a mi lado.

Ahora llevamos años peleando. Es curioso porque no ha sido un trauma familiar que siempre ha estado ahí. Mi abuela tuvo la pena oculta y surgió casi al final de su vida. Y tengo claro que hay que hacer algo, aunque no lo hayamos conocido es un familiar mío, es sangre mía que no está donde tiene que estar.

Me alegro de que esto salga. De no haberme ido con esta ignorancia. Y ya no es la tercera generación sino la cuarta, porque mi hija sabe, me pregunta... es que se mataron entre vecinos. Unos a

otros. Mi hija se llama Alba Gallego Sánchez. Yo he aprendido mucho de este proceso. Ahora veo a mujeres mayores y digo, madre mía lo que habéis vivido. Cuánto tendrían que pasar quienes quedaron viudas, señaladas, humilladas... Me pongo en su piel.

Todavía se coge el pellizco

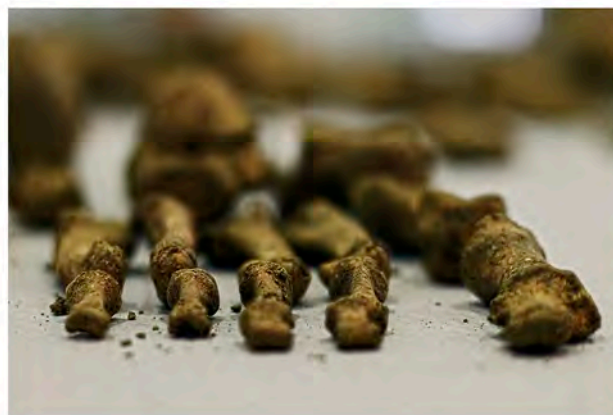
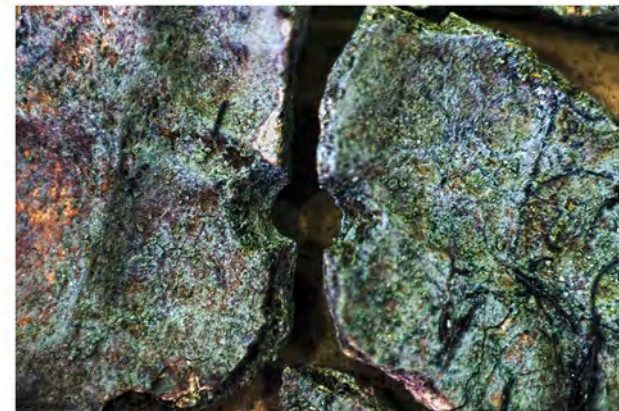
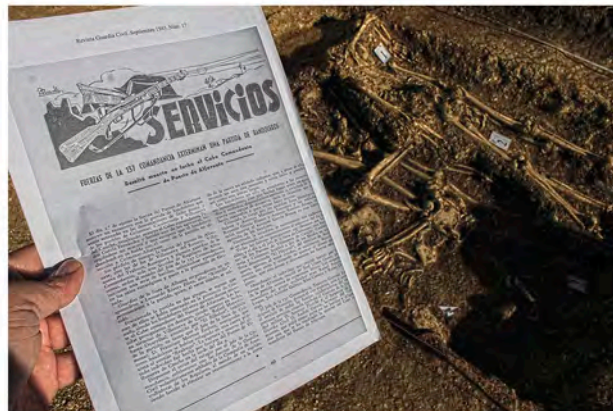
Dolores Sánchez Amores, bisnieta de Juan Pozo Rojas

Mi bisabuelo es el único familiar que no está con los suyos. Sus restos, sus huesos, deben estar donde corresponde. Descansando como nos han inculcado. Hay que curar esa herida. Varias generaciones después y todavía estamos en aquel día. Todavía se coge el pellizco.

Y estamos en un país que no lo ha puesto fácil. No hace tanto que ocurrió todo. Hay gente viva todavía que lo cuenta de primera mano. Es triste. Claro que se palpa el miedo. Hay gente que dice: «Por qué no dejáis de mover esto, es basura del pasado». Y yo, sin conocer a mi bisabuela, lo siento como una ofensa. Esto es curar una herida que se abrió en mi familia.

Nosotras al principio no teníamos demasiadas esperanzas. Algunos nos decían que cuando los traían en camiones los habían tirado al río o por el camino. Pero cuando empezaron a abrir la tierra y fueron apareciendo cuerpos... al final llegamos a buen sitio.

Cuando abrimos la fosa y lo vimos, impresiona la imagen. Casi puedes ver la escena del crimen, por la postura que tienen, los brazos entre ellos, las suelas de un zapato... eso es duro. Un ser humano debe tener un mínimo de respeto y que tu paso por el mundo acabe así es indigno.





Setenil de las Bodegas



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal

Número de víctimas: 6

Fecha de los asesinatos: 30 de junio de 1937

Equipo técnico: Jesús Román, Juan Manuel Guijo,
Antonio Domínguez



Cuando ingresen en Capilla

«Quedando muertos a la primera descarga», reza la diligencia de ejecución de seis personas condenadas en Consejo de Guerra por rebelión militar

José el de la Rosa, condenado por rebelión militar. Como el Cojo León. Y José, alias Saliré, o Juan Venta. Ya están reclusos en la cárcel de Setenil de las Bodegas (Cádiz). La pena de muerte está «ratificada» por telegrama del Cuartel General del Generalísimo, como rubrica el Consejo de Guerra al que someten a los reos en el cercano pueblo de Algodonales.

A las puertas del final de sus vidas, «cuando estos ingresen en Capilla», saben su suerte definitiva: los matan en Las Arenas una semana después, dice el documento fechado a 23 de junio del 37. Las autoridades golpistas deben «levantar acta de la ejecución» y reseñan «el lugar del enterramiento».

La cuerda de presos está formada por Juan Marín Rocha, de apodo Juan Venta y Antonio León Muñoz, el Cojo León. También José Domínguez Rosa, el de Rosa, Juan Corbacho Bastida y José Bastida Bastida, conocido como Saliré. Cae además Juan Manuel Vilches Bastida. El más joven tiene 27 años, el mayor 51.

«En Setenil siendo las seis horas del día 30 de junio de 1937, cumpliendo lo ordenado», arranca la diligencia de ejecución. «Quedando los mismos muertos a la primera descarga que se les hizo», describe. «Habiendo sido reconciliados hasta el último momento con el sacerdote que les acompañaba».

«Han sido ejecutados», culmina el texto con rigor burocrático. Los cuerpos calientes yacen al poco tirados en el cementerio municipal. Junto a la tierra herida, rota. En una fosa común excavada «a la entrada» del camposanto. «Dios guarde a V. muchos años», concluye la sentencia.

Y en aquel terruño mancillado de la Sierra de Cádiz aparecen los huesos de seis hombres. La excavación lee «una fosa de trinchera» con una anchura de apenas medio metro y unos nueve de longitud, explica el arqueólogo Jesús Román. Los restos óseos presentan «signos de muerte violenta, como acreditan los cráneos con orificios de bala y algún casquillo de proyectil».

Los trabajos, financiados por el servicio de Memoria Histórica y Democrática de la Diputación de

Cádiz, han servido para localizar, delimitar y exhumar el enterramiento colectivo. El origen del proceso data del año 2016 cuando David Marín reclama ayuda a la institución provincial para buscar los restos de su bisabuelo, José María Marín Camacho, concejal socialista de Setenil asesinado el 19 de septiembre de 1936.

Dos investigaciones históricas, antes de la solicitud, indagan en la represión ejercida en esta localidad, como recuerda el organismo provincial. Los historiadores Fernando Romero y Gonzalo Acosta hallan un expediente en el Archivo Histórico de la Provincia de Cádiz que refiere el traslado de víctimas del franquismo al denominado Valle de los Caídos, en Madrid.

El legajo apunta la existencia de fosas fruto de la represión fascista en seis poblaciones gaditanas: Alcalá del Valle, Villaluenga del Rosario, Bornos, Rota, Torre Alháquime y la propia Setenil.

Los estudios posteriores de José Luis Gutiérrez Molina sobre los consejos de guerra abiertos contra vecinos del pueblo «terminan por delimitar la magnitud de la violencia», explica Diputación en una nota. El historiador aporta documentación y diligencias localizadas en el Archivo del Tribunal Militar Territorial II de Sevilla.

Los testimonios orales recopilados señalan también el lugar donde está la tumba ilegal con las seis personas ejecutadas en Las Arenas. El empleo de un georradar de la Universidad de Cádiz, bajo la coordinación del profesor Lázaro Lagóstena, acota la búsqueda. La exploración proyecta indicios contundentes junto al lugar donde yace otro de los setenileños asesinados por los golpistas, Vilches Bastida. Y ahí están.





Cádiz





FICHA TÉCNICA

Localización: antiguo cementerio de San José

Número de víctimas: 37

Fecha de los asesinatos: desde julio de 1936

Equipo técnico: José María Gener, Fátima Barreiro, María José Gámez,
Francisco Moncayo, Juan Manuel Guijo



Terrorismo golpista contra la chusma selecta gaditana

La Tacita de Plata es de las primeras plazas tomadas por los golpistas y un bastión en la victoria rebelde que deja en la ciudad al menos 600 asesinados

Un total de 56 víctimas del franquismo han sido exhumadas en varias campañas arqueológicas en el antiguo cementerio de San José en Cádiz

‘Cai’ buscando a sus muertos. La Tacita de Plata ensangrentada por el terrorismo golpista. Otra ciudad sin guerra. «Y creo en la vida eterna de los carnavales». Centenares de almas en las cunetas de su íntima desmemoria. Como que la chusma selecta, permitan el símil, sea antaño republicana y cantada a destiempo.

«Que padeció el poder bajo tantos tiranos / hasta ser crucificado, muerto y sepultado», escribe Juan Carlos Aragón en el credo de Los Peregrinos. Como que Cádiz sea la comparsa de su propio destino. Como un pueblo «creador del cielo inmenso de los pobres / y creador de la tierra como calle».

Porque los señalados, esa tropa, «usa como criterio de igualdad el color de la diferencia». La libertad. «Sus huerfanitos lloran de pena, / sus adversarios, su chusma selecta, / le brindan el último credo en la plaza de su corazón», homenajea Antonio Martínez Ares.

«Y aunque con razón o sin ella defienda sus pasiones, tiene a éstas mejor educadas que a sus propios hijos», define el Capitán Veneno, el poeta, en su libro *El Carnaval sin nombre*. «Por el castillo del Falla

corre un rumor, / un triste duelo se escucha desde el salón, / vienen a miles los peregrinos», hilvana Ares.

Que aquella Tacita de Plata de la chusma republicana recoge ahora sus huesos como páginas que cuentan aquel tiempo de paseos nocturnos al foso de Puerta de Tierra. De garbeos de gatilleros a la plaza de toros o el castillo de San Sebastián. De cadáveres que amanecen cosidos a tiros. De sangre en las calles. Y muerte en las playas de la Victoria y la Caleta.

Porque Cádiz es de las primeras plazas en caer en manos golpistas. Y un crucial bastión para la victoria rebelde. Las tropas coloniales, encarnizadas en la guerra del Rif (Marruecos), llegan vía marítima por la capital y Algeciras. La embestida siega la resistencia en apenas un día y el 19 de julio las barricadas del pueblo caen para que los sublevados castiguen los barrios gaditanos durante semanas.

La ciudad vive el primer impacto del «terror caliente» que suma «más de 600 personas asesinadas», atestigua el historiador José Luis Gutiérrez Molina. Los cadáveres de «al menos 207» quedan arrojados a la fosa común del viejo camposanto. Todos hom-



bres y una «única mujer» de la que hay referencia: María García Pardo.

«Hablar de ‘guerra civil’ en la ciudad de Cádiz no deja de ser una interesada hipérbole que pretende ocultar la realidad: que lo que hubo fue un golpe de Estado que, eso sí, triunfó», cita Gutiérrez Molina en el informe de la excavación arqueológica.

La conspiración golpista «se convirtió en matanza cuando sus protagonistas vieron que fracasaba a escala nacional». La provincia gaditana acumula más de 3.000 ejecutados. El propio autor lo narra en su libro *La justicia del terror. Los consejos de guerra sumarísimos de urgencia de 1937 en Cádiz*.

La tarea arqueológica rescata más de un millar de individuos de la tierra abandonada del cementerio de San José. Un total de 56 son víctimas del fran-



quismo. La campaña de 2019 en la fosa común norte del patio 1 devuelve 37 cuerpos con evidencias de muerte violenta. El complejo proceso desvela que gran parte del enterramiento colectivo ha sido destruido.

La devastación no puede, sin embargo, con las pruebas del genocidio contra la chusma selecta republicana. Escupe la balística, empapada en arena, sus llantos de culpa. Y los restos óseos. Los cadáveres. Los esqueletos. Huesos tocados por una luz que baña al tiempo el terror latente y la playa que bulle al otro lado de la carretera.

O los objetos personales como testigos de vida. Peines, cepillos de dientes, una cartera, unos gemelos. Y hasta una caja de pastillas marca Juanola. Fracturas en cráneos, roturas en extremidades o impactos



en columna vertebral y cadera, como advierte el estudio científico.

La gran obra de basamento subterráneo realizada sobre la fosa en el año 79 «desafortunadamente» provoca un «porcentaje de destrucción altísimo», en palabras del arqueólogo municipal, José María Gener. «Un 75-80% de la fosa fue alterada con esa cimentación que llega hasta el fondo, hasta la roca», explica.

«El objetivo inicial era complicado, ya que nos habíamos propuesto recuperar 141 cuerpos de víctimas de la represión de entre otros 36.000 sepultados en este mismo lugar, procedentes de otras localizaciones de la ciudad», explica el concejal de Memoria Democrática del Ayuntamiento de Cádiz, Martín Vila.

Pero hay «satisfacción» con unos resultados «bastante más favorables de lo que teníamos previsto», según Gener, por «la envergadura y la complejidad» de intervenir una tumba «con mucho movimiento durante muchos años». El asunto continúa. Quizá en los patios 3 y 6 del camposanto, puede que agotando las fosas norte y sur.

Y el camino abierto mueve a muchos a reclamar a sus víctimas. Descendientes que acuden a las tomas de muestras genéticas para facilitar futuras identificaciones. Familias que arrastran «más de una década luchando» en «un esfuerzo gigantesco por parte de la sociedad civil», señala el entonces director general de Memoria Democrática de la Junta de Andalucía, Javier Giráldez.

Todo sea por esos «niños rojos del barrio de La Viña» que describe algún consejo sumarísimo. Los «huerfanitos» que «lloran de pena». Por el peregrino que late «hasta ser crucificado, muerto y sepultado». Y el pueblo «creador del cielo inmenso de los pobres». Sea por los que sufren la mala saña del terrorismo golpista, por la chusma selecta republicana.



Los niños perdidos de Cádiz

Cádiz es pionera en la investigación arqueológica de los ‘bebés robados’, el drama sin resolver de las desapariciones forzadas infantiles en el franquismo

Cádiz desentierra las historias de sus niños perdidos. En mitad del desmadre, del olvido impuesto, la ciudad se erige en una suerte de paradigma de la reparación al ‘limpiar’ el antiguo camposanto de San José: 44 tumbas abiertas en el cementerio viejo y más de 200 restos óseos recuperados.

El ADN de 30 familias sirve para desentrañar un capítulo de la epidemia sin resolver de las desapariciones forzadas infantiles en el franquismo. Porque el drama sigue vivo. Y Cádiz abre la tierra para leer su propia historia, uno de los capítulos más tétricos de la represión poliédrica de los golpistas.

Los afectados por la desventura de los ‘bebés robados’ cifran al menos 100.000 secuestros de menores de edad desde la dictadura de Francisco Franco. Otros cálculos llegan a 300.000 adopciones ilegales. El juez Baltasar Garzón citó en un auto, desde la Audiencia Nacional, hasta 30.000 casos solo hasta el año 1952.

La inmensa mayoría de estas personas sigue sin conocer su verdadera identidad. Las madres siguen buscando a sus hijos. Algunos descendientes persiguen

hilos donde desmadejar a sus progenitores. La tragedia inconclusa azota también a decenas de gaditanas que son apenas unas páginas en un grueso libro macabro.

Una muestra más de las graves violaciones de los Derechos Humanos todavía no resueltas por España. De crímenes contra la humanidad que no prescriben, según la legislación internacional. La propia Ley de Memoria Histórica y Democrática de Andalucía recoge en su artículo 5.2 Título 1 como víctimas a ‘los niños y niñas recién nacidos sustraídos y los adoptados sin autorización de los progenitores’.

El proceso de búsqueda arranca en el camposanto gaditano en 2017. Unas sepulturas vacías confirman, un año después, las «peores sospechas» de las víctimas. «Este descubrimiento ha servido para demostrar lo que venimos diciendo desde hace años: que se han robado niños en Cádiz», explica en aquel momento a los medios de comunicación la presidenta de la asociación SOS Bebés Robados, Rosario Herrera.



«Los casos de hurto de recién nacidos se remontan a los años 40 coincidiendo con los orígenes del régimen franquista», cita el equipo científico encargado de los trabajos en el camposanto en un artículo publicado (diciembre de 2018) en la revista ROMVLA del Seminario de Arqueología de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

«Se retiraban menores a las presas políticas republicanas y a familias sospechosas de ser contrarias al régimen. Esos recién nacidos eran dados en adopción a familias adeptas al movimiento», escriben. La impunidad de los crímenes, nunca juzgados, significa la «continuidad de los hechos delictivos».

«A los familiares se les informaba del fallecimiento del bebé, y en la mayoría de los casos el centro médico se hacía cargo del entierro, dándose la situación de que en muchos casos no se enseñaban los restos ni se informaba del lugar de reposo». Ahí arranca el proceso de las «adopciones fuera de los cauces legales».



La arquitectura criminal arranca en 1936 con tintes eugenésicos. Como fórmula para extirpar el «gen rojo» que fomenta la «degeneración de la raza española», según las teorías del psiquiatra franquista Antonio Vallejo-Nájera. Es el castigo a los derrotados en la guerra que ciñe la represión especial contra las mujeres.

Desde ahí crea el franquismo un entramado con diseño y dedicación exclusiva a la desaparición forzada infantil. Una empresa donde comprar bebés, con el latrocinio de almas sometido a las leyes del comercio. Como un sindiós donde cotiza al alza el secuestro y los traficantes de recién nacidos llaman a la puerta de las casas cuna para hacer negocio. Como un país donde un puñado de billetes cambia de manos la vida.



Los hijos de Alfonso López Quera, muerto a tiros en Cádiz en agosto de 1936 por «izquierdista», recuperan y entierran sus restos óseos

Buscando la 'victoria del pueblo'

Buscando a Alfonso López Quera. 40 años de edad. Casado con Concepción Lluch, tienen dos hijos: Miguel y Concepción. De profesión practicante. Trabaja para la beneficencia gaditana. Masón y republicano. Ha sido capturado por los golpistas. Y sigue desaparecido. Desde 1936.

Así puede ser el llamamiento. La alerta. Se busca a un asesinado por los golpistas. Y ocurre la conquista. La victoria. Alfonso López Quera es el primer vecino de Cádiz localizado, exhumado e identificado genéticamente. Y sus huesos entregados a su familia, que ofrecen un entierro digno.

Los restos óseos aparecen en el viejo camposanto. En la sepultura 28, fila 2 de la línea de San Mateo del patio 3. El cadáver está enterrado ahí desde el 31 de agosto del 36. En lo más profundo de la tumba, como atestigua la documentación.

Justo en ese lugar el equipo arqueológico localiza un esqueleto con signos de violencia. Las pruebas de ADN coinciden tras el estudio del centro especializado de la Universidad de Granada que certifica las evidencias e informaciones aportadas por historiadores como Santiago Moreno y José Luis Gutiérrez Molina.

Alfonso López Quera nace en Salamanca en 1896. Su biografía desvela que estudia en la Universidad de Sevilla, donde obtiene su titulación en 1917. Que trabaja en la compañía inglesa de las minas de Río Tinto, en Huelva. Y que a Cádiz llega en 1925. En la ciudad forma parte del Colegio Oficial de Practicantes.

En la urbe que otea el océano Atlántico trabaja en la Beneficencia Municipal desde el año 36. Durante la Segunda República pertenece a la logia Luis Marroldo. Como Fermín Salvochea. Y López Quera llega a ser orador y maestro de una agrupación integrada en la Gran Logia Española.

En esta junta masónica adopta el nombre simbólico de Nicola. El término, de raíz griega, significa 'victoria del pueblo'. A López Quera, es probable, le recuerda también al anarquista italo-norteamericano Nicola Sacco, asesinado el año 27 entre grandes protestas internacionales.

Con el golpe de Estado el practicante queda suspendido de empleo y sueldo. El inicio de la depuración al que los golpistas someten a Alfonso arranca el 29 de julio y ya el 5 de agosto le comunican que es cesado de su puesto.

Solo 23 días más tarde queda detenido. Las autoridades militares sublevadas lo tachan de «izquierdista». No pasan 24 horas para que ingrese en la cárcel provincial. El 30 de agosto del 36 recibe la muerte a tiros y acaba cubierto de tierra.

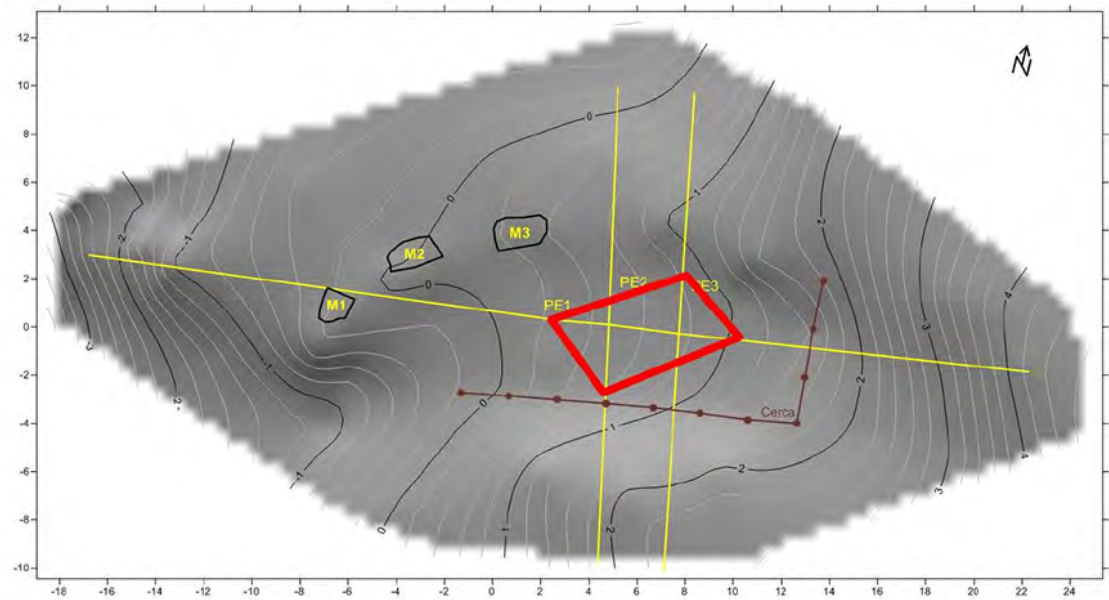
El proceso de recuperación de Alfonso López Quera cuenta con el impulso de la Plataforma Memoria Histórica de Cádiz. Una labor que sirve a la postre para que los hijos cierren el duelo de una vida. Como ocurre meses antes con el marinero vasco Dionisio Arechavala: los arqueólogos entran a por sus huesos, identificados y entregados a su familia.

Como falta lograr, todavía, con tantos. «Vamos a seguir trabajando, vamos a seguir exhumando, como siempre, porque las víctimas no vamos a parar», resume el portavoz del colectivo memorialista, Antonio Chico.

Y se buscan a todos los nombres. Caso de Rafael Aleo, Juan Luis Arteaga, Francisco Bouza, José Cebada, Augusto Curti, José Díaz, Diego Fernández, Bartolomé García o Manuel Gautier. Como Pedro Guzmán, Cesáreo López, Juan Maestre, Adolfo Trinidad, José Yuste y José Tejudo. Y tantos represaliados que ahí están, esperando la ‘victoria del pueblo’.

A LA MEMORIA DE
FEDERICO GARCIA LORCA
Y DE TODAS LAS VICTIMAS
DE LA GUERRA CIVIL
1936 - 1939

Alfacar



FICHA TÉCNICA

Localización: : barranco de Víznar, parque Federico García Lorca

Número de víctimas: 0 (sin localizar)

Fecha de los asesinatos: 18 de agosto de 1936

Equipo técnico: José Antonio Peña, Francisco Carrión, Teresa Teixidó, Iván Sánchez Marcos, Humberto Edward, René Palacios



Sin pistas, sin fosas, sin poetas

El Instituto Andaluz de Geofísica realiza una búsqueda con radar de subsuelo en el parque Federico García Lorca de Alfacar

Descartado. El entorno de la fuente de la placeta principal del parque Federico García Lorca en Alfacar no tiene tumbas. Es la conclusión principal del informe realizado por expertos del Área de Geofísica Aplicada del Instituto Andaluz de Geofísica de la Universidad de Granada.

La investigación aleja la posibilidad de que existan restos humanos enterrados en esta zona. Los trabajos, realizados con un radar de subsuelo en diciembre de 2018, atienden la solicitud de la Dirección General para la Memoria Histórica del Ministerio de Justicia en coordinación con su homónima –y extinta– en la Junta de Andalucía.

La tarea responde de este modo a las informaciones que señalan la posible ubicación de los restos óseos de Federico García Lorca. Una teoría que apunta «la existencia de restos humanos allí enterrados, que habrían sido detectados durante las obras de construcción del recinto ajardinado».

Pero el estudio de los expertos descarta que ahí esté ahora la tumba ilegal, según informa el propio departamento ministerial en una nota de prensa difundida en enero de 2019. «No hay anomalías que permitan sospechar la presencia de restos humanos en el subsuelo», sostiene.

¿Quizá la fosa existió y ya no está? Para el barrido de la superficie, el Instituto Andaluz de Geofísica usa un georradar monocanal modelo SIR 3000 con una antena de 400 megahercios. El dispositivo devuelve «información solvente» de las capas y posibles alteraciones.

El suelo queda explorado hasta una profundidad de 2,5 metros. Y los radargramas o imágenes del subsuelo logradas por emisión de pulsos de energía electromagnética en la banda de radio-frecuencia no detectan «anomalías» compatibles con la tumba buscada.

La tierra presenta una primera capa superficial que corresponde al empedrado granadino, de entre 10 y 15 centímetros de profundidad. Luego, un segundo manto de cimiento con forjado de hierro con un espesor similar. Bajo estas líneas aparece otra de regularización de grosor irregular bajo la que está el terreno natural.

Y sin indicios. Sin fosas donde excavar. Sin pistas para romper el piso «bajo el cri cri de las margaritas». Sin testimonio del crimen que desgarró «tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro». Y sin rastro del poeta.

Un maestro republicano y dos banderilleros anarquistas

Dióscoro Galindo, Francisco Galadí y Joaquín Arcollas pierden la vida junto a Lorca y yacen en un punto todavía indeterminado entre el Barranco de Víznar y la Fuente Grande

No sólo Federico García Lorca. Cuentan las crónicas que el poeta comparte tierra con un maestro republicano y dos banderilleros anarquistas: Dióscoro Galindo, Francisco Galadí y Joaquín Arcollas. Víctimas del fascismo español, los cuatro.

Galindo, Galadí, Arcollas y Lorca. Ejecutados en grupo por los golpistas. Todos muertos a tiros. Quizá viendo llegar a la parca sobre las 4:45 horas de la madrugada sangrienta del 18 de agosto de 1936 en un rincón del camino de Víznar a Alfacar.

Dióscoro Galindo González es uno de los miles de maestros «depurados» por las autoridades franquistas. La principal acusación: «negar la existencia de dios». La pena impuesta es la muerte.

Galindo nace en Valladolid. Quiere ser veterinario y marcha a Madrid a estudiar. Pero un accidente con el tranvía le cuesta la amputación de una pierna. Por eso dicen que unas muletas, que precisa para andar, deben señalar sus huesos en la tumba.

Con el tiempo regresa a su ciudad natal y cursa Magisterio. Ahí encuentra su vocación, la docencia. Imparte clases en Llano (Cantabria), Aya (Guipúzcoa), Algete (Madrid), Caravaca (Murcia) o Tejina, en San Cristóbal de La Laguna (isla de Tenerife). Su último destino es Pulianas, en la Vega de Granada.

Dióscoro es ateo y de izquierdas, formado en las ideas de la Institución Libre de Enseñanza. Por las noches enseña a leer a hijos de jornaleros que, a esas tempranas edades, ya trabajan desde el alba. Hasta que un grupo de falangistas secuestra al maestro, a un mes del estallido de la conspiración armada contra la II República. Nadie, hasta ahora, ha dado con su paradero.

«Llevo desde el año 95 intentando encontrar a mi abuelo», declara la nieta de Galindo, Nieves García Catalán. Que esté enterrado junto a Lorca es positivo porque la figura del poeta «ha dado nombre a la fosa», asegura. Aunque trae «complicaciones» añadidas: que «los Lorca no respetan a nadie», se queja.

Todas las víctimas son «igual de importantes», subraya. «Pero si no hubiera estado Lorca probablemente mi abuelo no hubiera tenido nombre y apellidos como los tiene ahora», confiesa la nieta del maestro republicano, consciente de la repercusión en la prensa internacional de la búsqueda.

A los cuatro los suben en un camión en La Colonia, cortijo usado como antesala de los asesinatos. De ahí parten a un punto todavía indeterminado entre el Barranco de Víznar y la Fuente Grande. En el 'paseo' están Lorca, Galindo y otros compañeros de ejecución y entierro clandestino: dos banderilleros muy conocidos en la Granada de la época, Francisco Galadí Melgar y Joaquín Arcollas Cabezas.

Los toreros son «hombres de acción» de la CNT-FAI, la sección más combativa del sindicato anarquista. Defienden «los derechos de los trabajadores frente a una patronal despótica y prepotente, acostumbrada a incumplir la legislación laboral y que no duda en financiar la sublevación militar contra la República», cuenta el investigador Francisco Viguera.

Francisco Galadí está casado con Paca Calleja Usero. Trabaja de hojalatero o plomero. Es un «torero de plata de profesión y anarquista de corazón», resume su nieto, Francisco Galadí Córdoba.

Juan Arcollas, alias Magarza, albañil de oficio y jornalero, pertenece al sindicato de la construcción de CNT. Vive en la calle Horno de Vidrio número 3, a la entrada del Albaicín, el único barrio granadino que opone resistencia al golpe de Estado fascista.

Ian Gibson aporta «los primeros datos sobre estos personajes», refiere Viguera. Y pone «por primera vez nombres y apellidos al maestro y a los dos anarquistas-banderilleros». Los últimos conocidos «por su fervor político y por su pasión en el ruedo, y hubieran sido toreros famosos de no haber elegido el bando de los vencidos», escribe el descendiente de Galadí.

Y así quedan condenados al olvido, incluso en el mundo taurino. Pese a que son estos «otros», sostiene, quienes organizan la resistencia popular contra los militares golpistas en el Albaicín. Un aguante que dura un par de días, a lo sumo. Pero ellos quieren seguir combatiendo por la democracia republicana.

Galadí burla el cerco de los sublevados en el barrio nazarí, junto a su compañero Arcollas. Acude a un encuentro secreto para despedirse de su hijo. La cita resulta una trampa y un chivatizo propicia la

detención y posterior asesinato de ambos. Antes, como escarmiento público, sufren torturas en el centro de la ciudad.

«Es una fosa en la que encontramos un simbolismo absoluto, en el conjunto: dos anarcosindicalistas que participaron en la resistencia antifranquista; un maestro, al que mataron porque no querían esa nueva forma de educación, y Lorca, asesinado por poeta y homosexual», precisa la secretaria federal de Cultura de CNT, Sonia Turán. El sindicato pide la búsqueda y exhumación como «familia política».

Porque no los mataron por banderilleros, sino por anarquistas. Cuentan que el enterrador Manuel Castilla, Manolillo el Comunista, reconoce sus cadáveres cuando les da tierra en la fosa de Alfacar. Por ahí siguen, en teoría, en una tumba anónima, sin localizar. Un maestro republicano y dos banderilleros anarquistas, los compañeros de fosa y verdugo de Lorca.



Las brigadas (de la prensa) internacionales

La atención mediática sobre Lorca es perpetua, cíclica, y titulares de medio mundo describen los intentos por encontrar los huesos del poeta

Lorca. Muerto a balazos. Arrojado a una fosa común. Tres ráfagas que resuenan a golpe de tecla en las crónicas periodísticas. Y sigue así. Antaño y ahora. O mañana. Porque la figura universal del poeta español más leído de todos los tiempos concita la atención mediática de medio mundo. Un interés cíclico, perpetuo, y multiplicado en cada intento por encontrar sus huesos. Como en un rediseño de las brigadas (de la prensa) internacionales.

«Mataron a Federico / cuando la luz asomaba. / El pelotón de verdugos / no osó mirarle a la cara», escribe Antonio Machado, versos de *El crimen fue en Granada*. Que hasta la muerte de Federico García Lorca (Fuente Vaqueros, 5 de junio de 1898 – Víznar, 18 de agosto de 1936) está envuelta en lírica.

«Destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro. / Ya no me encontraron», deja el trazo premonitorio del poeta enterrado junto a Dióscoro Galindo, Francisco Galadí y Joaquín Arcollas. «Bajo el cri cri de las margaritas, / comprendí que me habían asesinado».

Año 2009: primera vez que un equipo arqueológico abre la tierra para buscar la tumba compartida por un maestro republicano, dos banderilleros anarquistas y un poeta. La explosión mediática lleva el caso a acumular un reguero de portadas.

De las rotativas americanas que tienen vivo el trasiego neoyorquino de Lorca al argentino Clarín. Cabeceras de México, Irlanda, Perú, Portugal, Italia o Fran-

cia siguen la estela de aquella infructuosa tarea. Y en diarios británicos, el suizo Le Temps, RT (Russia Today) o Cuba Debate, entre muchos otros.

Una segunda excavación, cinco años más tarde, pretende dar con los restos óseos. Y regresa el amplio listado de titulares sobre el autor de *Poeta en Nueva York*, del *Romancero Gitano* o de *La casa de Bernarda Alba*. Del eterno miembro de la Generación del 27.

Y así sumando algunas localizaciones negativas en los últimos años. Cada vez con resonancia en medio mundo. Titula The New York Times en 1998: ‘Soccer’s din threatens poet’s rest in Spain’. Alude el periódico al conflicto surgido por la construcción de un campo de fútbol en los terrenos donde algunos sitúan la fosa común.

Replica La Mula, de Perú, años más tarde: ‘Habrían ubicado la fosa donde se encuentran los restos de García Lorca’. Y The Guardian: ‘Archaeologists hope to uncover playwright García Lorca’s resting place’. Página12 destaca desde Argentina. En el irlandés The Irish Times optan por ‘Lorca’s grave may be uncovered 78 years after execution’. Lanzan reportajes en Independent, La Jornada, The Telegraph, Daily Mail... o en Le Temps: ‘Federico García Lorca, la loi de l’oubli’.

Porque el poeta y dramaturgo, ejecutado en pleno terror caliente y fundacional del franquismo, yace enterrado «a flor de tierra», según documentos que emite

la policía franquista en 1965. Detalles de un «asesinato político» nunca ajenos al mundo lorquiano.

Que a Lorca lo matan por «maricón», adepto a la masonería y socialista, según los golpistas. Tráida mortal e imperdonable para las fuerzas rebeldes que provocan la guerra civil española. El relato de la muerte a tiros de una figura universal de la literatura como paradigma de la barbarie.

Desde ahí, elucubraciones, testimonios de toda índole, tragedias cotidianas, casi leyendas que llueven sobre la historia como en un quejido inagotable. Y con reflejo en las crónicas escritas.

«Los rojos han agitado este nombre como un señuelo de propaganda», escupe Francisco Franco en el libro *Palabras de Caudillo*. Como cebo, dice el genocida, como una suerte de trampa ideológica. Lorca como engaño, asegura el militar golpista que ya no reina en el Valle de los Caídos.

En la carretera de Víznar a Alfacar le dan «dos tiros en la cabeza al cabezón». Así propagan el crimen los pistoleros. Caso de Antonio Benavides, «medio primo» de Lorca. El poeta recibe «dos tiros en el culo por maricón», añade entre vinos otro verdugo.

El alzamiento militar contra el Gobierno de España, y la resistencia, representa una lucha premonitoria: la del pueblo contra el fascismo. Un combate desigual que deviene en anticipo y ensayo

de la II Guerra Mundial. Una lucha que concita la adhesión de la militancia antifascista.

Con un ejemplo vivo en las Brigadas Internacionales, unidades militares compuestas por voluntarios de más de 50 países. Una extensión literaria, valga el símil, arrastra al país a escritores, periodistas, fotógrafos y corresponsales de guerra. Desde Ernest Hemingway a Pablo Neruda, pasando por George Orwell, André Malraux y Robert Capa, entre muchos.

Y un apego cultural interminable que arrastra a Granada ese por quién doblan las guitarras de figuras como Leonard Cohen o Joe Strummer, líder de la mítica banda británica The Clash.





Entrevista a Ian Gibson, historiador especializado en Lorca, que no pierde las «esperanzas» de encontrar algún día al poeta español más universal

«Lorca es el desaparecido más llorado del mundo»

¿Los restos de Federico en un saco enterrado bajo una fuente? Es una pista para el quinto intento de localizar al poeta español más universal. Pero no puede ser. Por ahí sigue «el desaparecido más llorado del mundo», como lo define el hispanista Ian Gibson en esta entrevista realizada días antes de aquella nueva búsqueda.

Porque la ubicación de la fosa común donde yace Lorca junto al maestro Galindo y los banderilleros anarquistas Arcollas y Galadí deviene a menudo en motivo de controversia. Como la propia Memoria, para algunos. Y «eso de ‘abrir heridas’ es una infamia, una calumnia repelente», lamenta el historiador. Por eso Gibson expresa un deseo: «ojalá» encontrarle sea «el símbolo de la reconciliación» en España.

¿Qué siente ante la última búsqueda de Lorca?

Siento una emoción fuerte. Pero claro, no puede ser como la primera vez. Tenía todas mis esperanzas puestas en la primera búsqueda y no hicieron bien el informe previo y tampoco buscaron entre el olivo y la cancela. Y eso es lo que vamos a ver ahora. Sufrí mucho, por eso hice un diario para poder contener mi tensión, apunté todo. Fue una frustración terrible cuando no se encontró nada. Ahora

van a empezar otra vez... tengo mis esperanzas. Creo que hay algo ahí, estoy convencido.

Que los restos estuvieran en un saco bajo el cemento, ¿lo entiende como desidia con los derrotados?

¿Desidia? Es que es inconcebible. Antonio Ernesto Molina Linares está allí, era vicepresidente segundo de la Diputación y lo dijo 22 años después, cuando había prescrito porque eso fue ilegal. Son tremendas esas declaraciones. Lo dice en Ideal, el periódico más leído de Granada, que lee todo dios.

La pista no es nueva, sobrevuela la fosa de Lorca desde hace mucho. ¿Por qué queda relegada frente a otras teorías?

No entiendo nada, cómo se hace eso. Se publicó en prensa, yo lo publiqué en mi libro, pero nadie ha hecho una investigación. ¿Cómo se explica? Había mucho interés tal vez en no investigar porque lo que se cometió era absolutamente ilegal. Y si salieron unos restos de muleta, difícil pero es lo que se dice, enseguida piensas en Dióscoro Galindo, ¿no?

¿Cómo le llega esta historia?

Yo soy tal vez la única persona que fue a Alfacar con Manuel Castilla Blanco (uno de los enterradores de Lorca) y no me consta que nadie más, que esté vivo, fuera con él. Me dijo el lugar. No me mentía. Soy a lo mejor el único superviviente. Y estoy hablando contigo. Tenía menos años cuando empecé con todo esto (resopla)... esto fue en el año 66, pero menos mal que lo hice porque si no, no tendríamos el testimonio grabado.

¿Aquel enterrador podía ser un último testigo?

Sí, claro, porque todos los demás habían muerto. Era el último superviviente porque tenía 17 años cuando ocurrieron los hechos. Fíjate, eso con esa edad se te queda grabado, ¿no? Él estaba convencido. Yo estuve allí con él. Con el miedo de la Guardia Civil que podía aparecer en cualquier momento. Es el año 66, que a Franco le quedan diez años todavía. La gente tenía mucho miedo, no tenía por qué llevar al guiri allí, ¿sabes? Pero lo hizo. Y ahora parece ser que allí exactamente donde él me dijo hay indicios.

¿Qué le parece que la familia de Lorca esté al margen?

¿Por qué no han liderado este movimiento a favor de los fusilados del franquismo? ¿Por qué no han hecho alguna contribución a esta la lucha? No han querido saber nada, no han estado jamás en ninguna manifestación a favor de Garzón... nada. Ninguna persona de la familia. ¿Por qué? Es la gran

pregunta. No tienen en cuenta a los que amamos la obra de Lorca alrededor del mundo tenemos derecho a saber por lo menos dónde está.

¿Da alguna credibilidad a quienes apuntan que la familia sacó sus restos y los enterró en otro lugar?

No. Creo que forma parte de la leyenda. Y si lo hubieran hecho habrían mentido. Fíjate lo que sería para mí si de repente se revelara algo así. He dedicado décadas de mi vida a buscar la verdad sobre el caso. No creo que sacasen los restos. Habría sido muy difícil sin que la gente se enterara.

¿El padre tiene dinero, se entera que han matado a su hijo y va y ofrece millones y sacan el cadáver? Es un pequeño pueblo, alguien habría cantado. Y está con más personas. ¿Cuándo lo hacen? Si es al día siguiente no es tan difícil localizar los restos pero sin han pasado años... Además, nadie ha dicho esto, pero me consta que los padres creían que estaba vivo y le iban a hacer una especie de canje. Mantuvieron la esperanza a lo largo de meses pensando que Federico estaba en algún sitio para cambiarlo por... quién sabe.

¿El mandato del genocida Queipo para asesinar a Lorca era tan claro?

Estoy convencido de la intervención de Queipo. Las líneas telefónicas se han restablecido, es decir que ya por la noche José Valdés (gobernador civil) pudo hablar con Queipo. Y si no la Guardia Civil tenía emisoras para poder estar en contacto con

Queipo. Estoy convencido. Y eso que dijo: «dadle café, mucho café», tampoco exonera a Valdés y todos los otros.

¿Qué diría a los escépticos del 'abrir heridas'?

No sé si hay gente así... Estamos hablando del poeta nacional de este país, el poeta español más amado y leído alrededor del mundo. No hay nadie comparable, es enorme, internacional. Y simboliza a todos los desaparecidos de la guerra española y todos los desaparecidos del mundo. Yo diría que es el desaparecido más amado del mundo, el más llorado del mundo. Y como representa a más de 100.000 fusilados por el franquismo pues queremos saber dónde está. Es imprescindible. Eso de 'abrir heridas' es una infamia, es vil, es una calumnia repelente.

¿Qué falta para que España viva una reconciliación completa?

La gente quiere buscar al abuelo. Cualquier ser humano normal quiere buscar los restos de su abuelo y darle un entierro. Lo hicieron los franquistas con los suyos y nosotros tenemos que hacerlo. Este país no será nada, a mi juicio, si no resuelve este problema.

¿Ojalá Lorca como ese símbolo?

Lorca, habiendo simbolizado la tragedia de lo que pasó aquí, pasaría a simbolizar este rumbo. Porque su obra tiene que ver con el amor al prójimo, Lorca tiene una raíz profundamente cristiana, él está siempre con los que sufren. Lo dijo: «Yo creo que ser de

Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos». Y da la lista: el negro, el gitano, el judío, el morisco que todos llevamos dentro... los perseguidos. Es el gran símbolo. Ojalá sea el símbolo de la reconciliación.

Las víctimas que tienen familiares en fosas comunes repiten que no piden venganza, solo algo tan legítimo y atávico como darles un entierro digno.

Exactamente, atávico. Enterrar al abuelo. Eso lo sabemos desde los griegos (rescata el mito de Antígona y la muerte de Polinices), que no hay que de-

jar a la gente tirada como perros para que se los coman los buitres. Esto es un asco y una vergüenza en un país que se dice católico.

¿Lorca es una metáfora de España?

Sí, es una metáfora. Parece mentira. A veces te preguntas si España no es un país sin vergüenza, porque tener 100.000 o más víctimas en fosas... esto parece imposible.

¿Y la recurrente comparación con otros países?

España no puede ser un país decente dejando a los fusilados en cunetas. Parece monstruoso estar en Europa y tener a Franco enterrado tantos años en el Valle de los Caídos debajo de una cruz cristiana, al mayor asesino español de todos los tiempos. O los símbolos y muchas calles con rótulos fascistas. Es inconcebible estar en Europa y que esto siga así. Es como poner en Alemania una calle con el nombre de Himmler o 'Hitler Straße'. Es impensable.

Hay que resolver este problema, reconocer lo ocurrido y seguir hacia la reconciliación. España es un gran país en potencia, no me canso de decirlo, pero esta asignatura pendiente está imposibilitando, moralmente, el progreso del país.





Sevilla

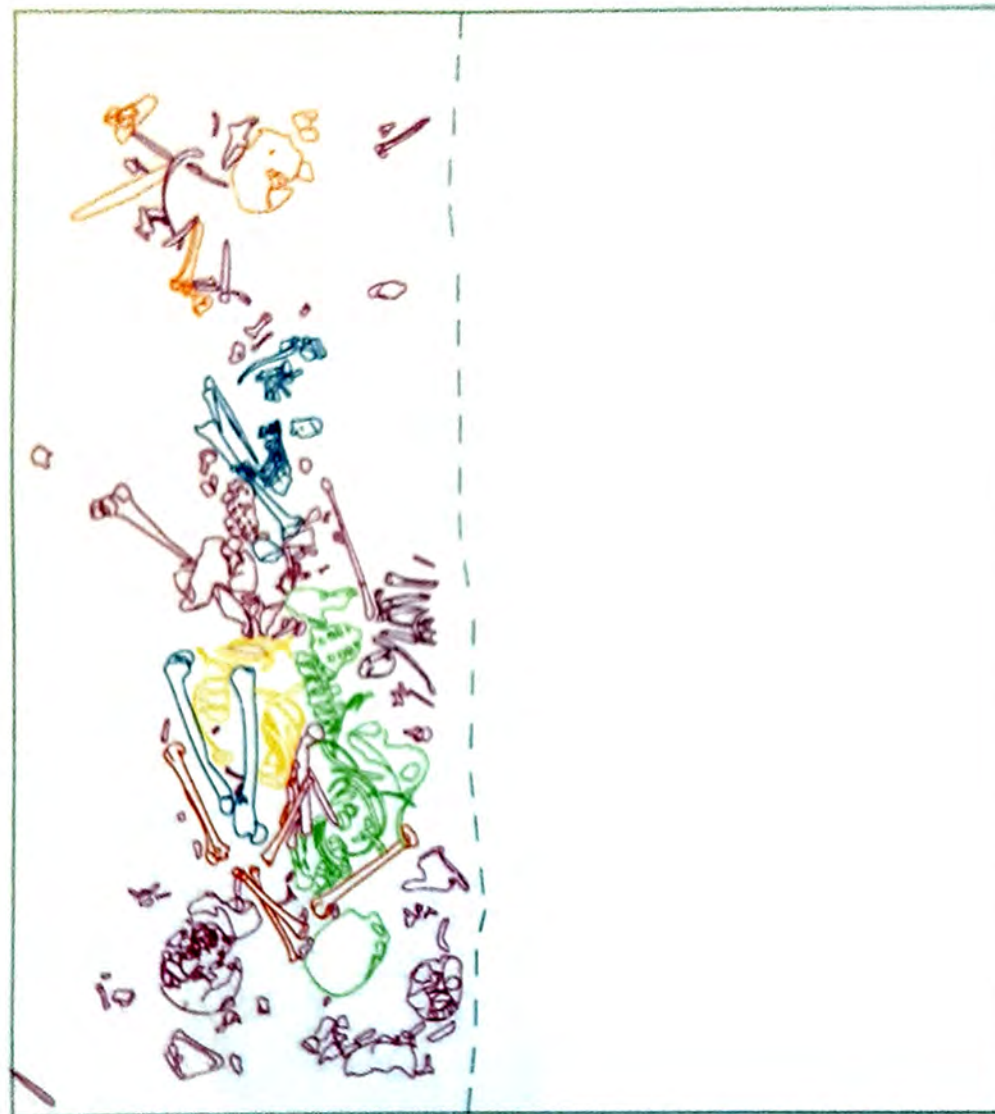
FICHA TÉCNICA

Localización: Pico Reja, cementerio de San Fernando

Número de víctimas: fase de localización

Fecha de los asesinatos: desde julio de 1936

Equipo técnico: Inmaculada López, Carmen Romero,
Inmaculada Carrasco, María del Carmen Barragán





Hay luz en Pico Reja

En el cementerio de Sevilla los golpistas registran ocho fosas colectivas con unos 4.500 asesinados como Blas Infante, Padre de la Patria Andaluza, y más de mil personas enterradas en Pico Reja

Sevilla. Verano del 36. Las tropas golpistas toman la ciudad. Al trote, sin muchas dificultades. El sur de la península va a ser una de las puntas de lanza de la victoria fascista en la guerra de España. Y Queipo mandata una carnicería que deja miles de muertos en la provincia.

El fracaso del golpe de Estado provoca la ofensiva. El gobernador civil, José María Varela Rendueles, la Guardia de Asalto y la base aérea de Tablada permanecen leales al Gobierno de España. Y milicianos de izquierda levantan barricadas en barrios populares como Triana o la Macarena.

Hay resistencia, durante unos días. Las armas ligeras sucumben al combate contra la artillería. Y la columna minera que viene desde Río Tinto cargada de dinamita y ganas de torcer la historia cae el día 19 en una emboscada en La Pañoleta, a las mismas puertas de la capital andaluza.

Los sublevados arrestan al general José Fernández de Villa-Abrille, al que reemplazan por el militar golpista Gonzalo Queipo de Llano, al mando así del Ejército franquista del Sur. Reciben refuerzos de

la Legión y de las tropas mercenarias marroquíes, los Regulares. Las plazas caen, paulatinamente, como San Bernardo el día 22.

La violencia izquierdista acumula poco más de una decena de muertes en aquellas primeras fechas de reacción al estallido de la conspiración para derribar la democracia republicana. Caso de tres falangistas o un número similar de sacerdotes, cuentan las crónicas de la época. Arden algunos templos, como San Marcos, San Gil o San Román.

El fascismo español, de su parte, ejecuta por miles. Más de 13.000 personas según la investigación minuciosa que José María García Márquez publica en el libro *Las víctimas de la represión militar en la provincia de Sevilla (1936-1963)*. Las murallas de la Macarena, las tapias del camposanto o la carretera de Carmona dan fe de la acción genocida.

Queipo de Llano usa los micrófonos de Unión Radio Sevilla para alentar a la violencia extrema contra el adversario social y político. «Estamos decididos a aplicar la ley con firmeza inexorable: ¡Morón, Utrera, Puente Genil, Castro del Río, id prepa-

rando sepulturas! Yo os autorizo a matar como a un perro a cualquiera que se atreva a ejercer coacción ante vosotros; que si lo hicierais así, quedaréis exentos de toda responsabilidad», escupe.

«Vayan las mujeres de los ‘rojos’ preparando sus mantones de luto». La saña machista en la diana del criminal de guerra. «Nuestros valientes legionarios y regulares han demostrado a los rojos cobardes lo que significa ser hombres de verdad. Y, a la vez, a sus mujeres. Esto es totalmente justificado porque estas comunistas y anarquistas predicán el amor libre. Ahora por lo menos sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricones. No se van a librar por mucho que berreen y pataleen», sentencia.



De aquella semilla de barbarie quedan las raíces en la tierra. Blas Infante, Padre de la Patria Andaluza, sigue en una fosa. Todavía. Y mil personas más que yacen en Pico Reja, una de las sepulturas colectivas con víctimas del franquismo del cementerio de San Fernando en Sevilla.

Pico Reja es la primera fosa común abierta en la ciudad. Y será la de mayor envergadura que se afronta en todo el país. Los cálculos iniciales estiman al menos 671,34 metros de longitud y una profundidad de cuatro metros. En 2.685,36 metros cúbicos yacen 1.103 asesinados, según los cálculos previos.

Los asesinados están distribuidos por las diferentes fosas de la necrópolis hispalense según la fecha de los crímenes. «Y en el año 36 la de Pico Reja es la que está abierta», explica el historiador José Díaz Arriaza. Un agujero que se llena «rápidamente» porque es «la fecha de los grandes fusilamientos», de los que caen «a primera hora» en aplicación del bando de guerra, cita el autor de *Un rojo amanecer*, obra que marca las fosas en el camposanto sevillano.

Los cuerpos colmatan la tumba ilegal ya en fechas finales de agosto del 36. El día seis de ese mes, el administrador del espacio cementerial comunica al alcalde golpista, Ramón de Carranza, que urge ampliar los espacios fúnebres porque la enorme sepultura está próxima a quedar repleta.

San Fernando prepara así otros agujeros para enterrar los cadáveres de represaliados. Como Monumento, Antigua o la Rotonda de los Fusilados. To-

das sirven para dar tierra a miles de personas en una ciudad sin guerra. La primera petición para exhumar restos óseos data de 1938 y llega por los familiares de José Hernández Marín. No logran su propósito. Tampoco otros dos intentos en 1940 y así discurre el caso hasta bien entrado el siglo XXI.

Escribe entonces el poeta sevillano y falangista Joaquín Romero Murube: «No te olvides, hermano, que ha existido un agosto / en que hasta las adelfas se han tornado de sangre... / No te olvides, hermano, que bajo las estrellas / los fusiles han dicho sus postreras palabras». El historiador Díaz Arriaza prefiere citar a los ejecutados: «ni localizados ni olvidados», les llama.

«Para las víctimas, la exhumación de Pico Reja es un tema prioritario, porque hay gente de Sevilla y de todos los pueblos de la provincia», resume la presidenta de la Asociación Nuestra Memoria, Paqui Maqueda. «El movimiento memorialista debe ir al corazón de la Memoria Histórica, que es abrir las fosas comunes», extiende.

La situación de espera ha sido «muy frustrante», según María Luisa Hernández Portales, de la Comisión por el derecho a las exhumaciones. Están, dice, «desesperadas, porque hay hijas e hijos, con más de 80 años de edad», y los que quedaron en el camino y nunca vieron «la fosa abierta», apunta.

Los trabajos de localización y delimitación, llevados a cabo por el grupo de trabajo dirigido por la arqueóloga Inmaculada Carrasco, hallan restos óseos



con evidencias de muerte violenta. Y pistas sobre las dimensiones de la tumba ilegal que apuntan las investigaciones históricas realizadas hasta la fecha.

La exhumación arranca con un acuerdo entre Ayuntamiento hispalense, Diputación de Sevilla y Junta de Andalucía. El convenio presupuesta 1,21 millones de euros -con 680.000 aportados por el Consistorio sevillano y 265.000 las instituciones provincial y regional- y suma, poco después, la participación del Gobierno de España.

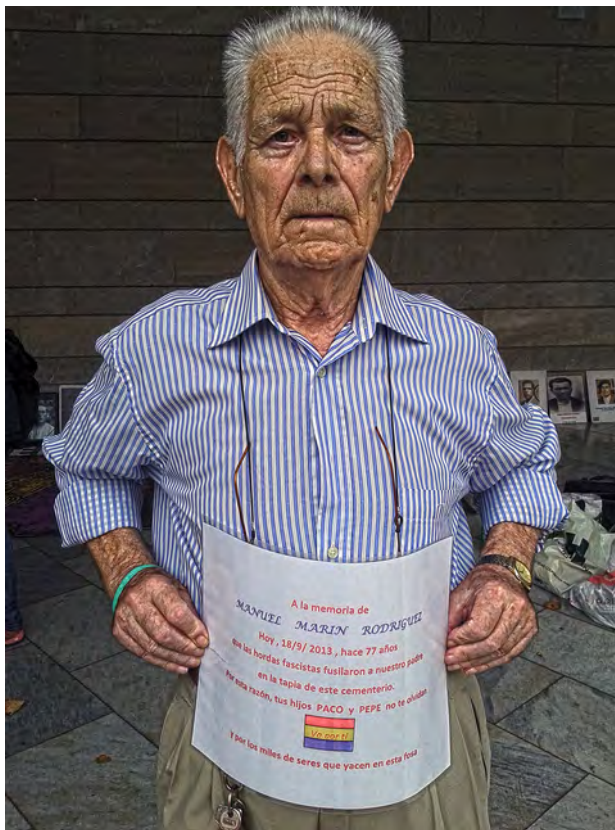
Tras meses de atasco en procesos burocráticos -los primeros pasos institucionales datan de finales de 2017-, un lluvioso 18 de enero de 2020 los familiares rompen la tierra. El acto simbólico da paso a la excavación, planificada en cuatro años de trabajo hasta llegar al proceso de identificación individualizada de los cuerpos y el cotejo con el ADN de los descendientes.

La recogida de muestras genéticas arranca en mayo de 2018. Y suma a decenas de familias de represaliados de la guerra civil y años siguientes de la dictadura franquista, con peticiones de Sevilla capital y provincia, diversas zonas de Andalucía y el resto del país, así como de Francia o Argentina.

El proyecto arqueológico corre de la mano de la Sociedad de Ciencias Aranzadi. Una empresa vasca con dilatada experiencia en fosas comunes del franquismo que afronta el reto con un equipo netamente andaluz y encabezado por el antropólogo forense Juan Manuel Guijo y los arqueólogos Elena Vera y Jesús Román.

El servicio técnico contratado mediante licitación pública incluye la participación de historiadores y profesionales de antropología forense y física, de arqueología y varios auxiliares de apoyo. La campaña tiene una máxima, el rigor científico. Y un objetivo que enlaza con los derechos humanos: dar un entierro digno a las víctimas del terror franquista enterradas en el cementerio de San Fernando.





*Francisco Marín, hijo
de Manuel Marín
Rodríguez*

Sueño con mi padre, cada día

Me llamo Francisco Marín. Tenía 13 años cuando mataron a mi padre, Manuel Marín Rodríguez. Él tenía 38. Yo era el mayor de seis hermanos y mi madre, Amalia Cabello Pérez, estaba embarazada del séptimo hijo del matrimonio.

Mi padre se escondió en una casa de la familia, pero pocos días después tuvo que abandonarla. Los falangistas tardaron dos o tres noches en encontrarlo, el 16 de septiembre de 1936.

Aquella noche mi madre se levantó y nos llamó. Nos gritaba: «¡Levantarse que se llevan a papá!», y nos agarramos a él llorando. Los canallas nos decían que no llorásemos, que iban a hacerle unas preguntas. Eso... perdona, es que me emociono. Eso ustedes no lo habéis vivido, sólo de oídas.

Es lo que vivo, ¿sabes? Sueño con mi padre. Todavía. Cada día. Hay dos cosas que no quiero que se me olviden decirte. Con 13 años, en el mes de noviembre, el día de los difuntos, me fui a la fosa del cementerio, le eché

coraje y tiré un ramo de flores a la fosa donde estaba. Esa es una.

Y que un amigo de mi padre al que le habían requisado el camión y que lo obligaban a llevar a los presos me dijo: «Paquito, tú ya eres grandecito, dile a tu madre que a tu padre lo han fusilado. Pero tienes que estar muy orgulloso de él, murió como mueren los valientes. Alumbré con los faros del camión, tiraron una ráfaga y tu padre levantó los brazos y gritó ¡Viva la República!», así me lo contó.

—

Este relato del recordado Paco Marín procede de una entrevista que le hice el 19 de mayo del año 2014. La titular del Juzgado Federal Número 1 de Buenos Aires, María Servini de Cubría, está ese día en España para tomar testimonio dentro de la única causa en el mundo que investiga los crímenes cometidos por el franquismo

en la guerra civil y la dictadura, la conocida como Querebella Argentina.

Paco muere un par de años después de aquella conversación. El niño que tira flores a la fosa nos deja superando los 90 años de vida y sin ver un trozo de tierra removido en el camposanto sevillano. Así es Paco Marín. Y así cuenta una historia que, como tantas, el tiempo va guardando en las cápsulas del olvido.

Paco, el niño al que dicen dónde estaba su padre recién asesinado, se va de esta vida sin despedirse de su padre. Como ha ocurrido en España, por desgracia, con tantas víctimas del fascismo. Sirvan estas palabras como emocionado recuerdo a todas estas mujeres y hombres. Son el soporte digno de un país desmemoriado.

Quizá Manuel Marín no esté enterrado en Pico Reja. O sí. Y ojalá el trabajo arqueológico sirva de reparación a contratiempo de una tragedia vital. Qué pena, Paco, de quienes no entienden tu lucha. Qué lástima. Y gracias, siempre, eternas, por mirarme a los ojos, por contarme tu historia, por hacerme partícipe de tu memoria íntima, de tu vida. Salud, compañero. Hasta siempre.

La plaza de la Memoria

La sevillana plaza de la Gavidia está en el epicentro de la reclamación de las víctimas del franquismo: la búsqueda de los desaparecidos

Desde 2008, cada sábado final de mes, descendientes de represaliados por Franco se reúnen al calor de una reclamación: abrir las fosas y cunetas

Como una gota que horada la piedra. Así, cada mes, desde hace más de una década, las víctimas del franquismo se reúnen en la plaza de la Gavidia de Sevilla para pedir la exhumación de las fosas comunes andaluzas. Para exigir que se abra la tierra. Que se rescaten los huesos. Que el laborioso empeño del agua acabe abriendo el surco de la verdad, la justicia y la reparación en la terca roca de la desmemoria.

Por eso la Gavidia es la plaza de la Memoria. Una suerte de réplica a la andaluza de la lucha argentina de las Madres de la Plaza de Mayo donde el relato lo marcan las fotografías en blanco y negro de los desaparecidos forzados y las palabras, las lágrimas y los abrazos compartidos.

Un grito continuado, persistente, tenaz, que atraviesa el olvido desde la dignidad. Y que arranca en 2008 y solo ha podido paralizar unos meses la pandemia del coronavirus. Todo un pulso frente al lugar desde donde el golpista Queipo lanza desde el año 36 sus proclamas genocidas.

25 de octubre de 2008, Aguilar de la Frontera (Córdoba). Queda constituida la Coordinadora de Asociaciones de la Memoria Histórica de Andalucía tras una



reunión de varias entidades memorialistas: Dime (Marchena), familiares de La Puebla de Cazalla, AREMEHISA (Aguilar), la extinta Asociación Memoria Histórica y Justicia de Andalucía (AMHyJA) o el grupo de trabajo Recuperando la Memoria de la Historia Social de Andalucía (RMHSA) de CGT.

Aquel día del otoño cordobés señala el hito. Y el lugar elegido, la Gavidia, queda convertida en «el punto de referencia de algunos colectivos memorialistas y familiares de represaliados, pero también de los medios de comunicación, estudiosos e investigadores y, en algún momento, de organizaciones políticas», resume RMHSA.

La plaza amplifica el grito, el reclamo. Y la respuesta. «Llevar a la calle» las fosas como una la reivindicación clave: queremos rescatar los huesos de nuestros muertos. Como un acuerdo base, como un recipiente acaso donde recoger las gotas de la lucha para romper la piedra del olvido.

Desde entonces hay una cita mensual por donde trasiegan las historias de las decenas de miles de víctimas del franquismo. De quienes penan en el barco de la muerte, el Cabo Carvoeiro. De los mineros onubenses que van a derrotar a

Franco y pueden cambiar el curso de la guerra. Y la vida de Otto Engelhardt, el cónsul alemán asesinado por los golpistas.

Las historias, todas, de la represión franquista. Así está tatuado el curso vivo de aquellas mujeres y hombres que siguen tirados en cementerios, campos y cunetas. Sin una sepultura digna. Sin un espacio, en tantos casos, donde sus familiares puedan depositar unas flores para honrar su recuerdo.

Por la plaza de la Memoria también pasa la cruda narración de Antonio Narváez: «Yo tenía tres años, sacaron a mi madre de casa y la fusilaron». Y la de Antonio Martínez, con su padre ejecutado por los rebeldes tras el golpe de Estado: «Ese día llevaban un camión lleno para el cementerio».

Y el valor, y la dignidad, de víctimas como Miguel Landero. «Con seis años vi cómo mataban a mi padre de un tiro en la cabeza». Mayo de 2014, acaban de aparecer los restos óseos de Juan Landero, en una exhumación realizada desde



el empuje de su familia y de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Coria del Río (ASREMEHCO), y gracias al trabajo arqueológico de Elena Vera y Juan Manuel Guijo.

«Nunca le había hecho daño a nadie», esgrime Landero, testigo del crimen. «Todos los días lo recuerdo tirado en el suelo, boca abajo, con esta parte de atrás de la cabeza levantada», desgarró el testimonio de Miguel.

O la narración del teniente de la Guardia de Asalto Ignacio Alonso, que junto a un grupo de soldados enfrenta a los golpistas para defender en Sevilla el Gobierno Civil y el edificio de la compañía Telefónica. Y como Joaquín García Alba, un barbero al que los fascistas detienen y ejecutan cuando está a punto de partir en barco a Argentina.

Como el caso de Ramón Sánchez, que tiene 19 años cuando un grupo de falangistas lo tirotea en el Parque de María Luisa. Lo dejan tirado para sembrar el terror. Está enterrado de mala manera en Pico Reja. Y Antonio Sánchez, practicante asesinado a balazos en las tapias del cementerio de San Fernando.

O los funcionarios municipales depurados, encarcelados en la prisión de Raniella, torturados... ejecutados muchos en las murallas de la Macarena, apenas a unos metros de donde sigue sepultado con honores en una iglesia el mayor asesino que haya conocido Andalucía. Todas vidas recordadas. Todas, vivas, inundan la plaza de la Memoria. Porque el agua sigue golpeando a la piedra. Y la dignidad acaba horadando al olvido.



Fernando Patiño Fernández, hijo de Manuel Patiño Porto

Mi padre formó parte de la resistencia

Me llamo Fernando Patiño Fernández, tengo 87 años. Mi padre se llamaba Manuel Patiño Porto, tenía unos 45 años. Era capitán de la Guardia de Asalto. Vengo desde Buenos Aires, Argentina, a buscarlo a él. Sigue siendo un desaparecido.

Él formó parte de la resistencia al golpe de Estado. Era republicano y, como tal, defendió a la República. Estas personas que defendieron las libertades y la democracia que hoy tenemos deberían tener algún tipo de reconocimiento. Sería lo justo. Lucharon por el bien de aquella época y por el bien de hoy de España.

Mi padre nace en A Coruña el 16 de julio de 1893. Yo también nací ahí, en Galicia. De ahí nuestra madre nos llevó en el año 1948 para la Argentina. Ahí llevo viviendo todos estos años. Mamá se llamaba María Emilia Fernández Suevos, viuda del capitán Patiño.

Y éramos siete hermanos, los nombres son María Emilia, María de las Mercedes, Manuel, María Josefa, José Luis Felipe, Francisco Javier Fernando y

yo, Fernando Jaime Gonzalo. Soy el más pequeño. Tenía tres años y poco cuando mataron a mi padre.

Me acuerdo que estábamos veraneando en un pueblo de A Coruña, en Carballo, y de repente dejé de jugar con unos niños porque me había hecho encima. Entré a casa y vi que todos lloraban. Me puse a llorar también. ¿Qué había pasado? Que había llegado mamá y estaba contando lo que había vivido, cuando matan a mi padre... Ese fue un recuerdo que no me lo olvido nunca.

Mi madre siempre lo tenía presente. Aunque no se podía hablar en aquella época. Porque había temor, mucho. Pero imagínate una mujer con siete hijos, en plena guerra... había que comer, pensar en cada día, en mañana. Todo eso le afectó en su tristeza, en su vida, pero había la prole de siete atrás que a veces no le deja.

Ahora he vuelto a Sevilla. Lo que siempre he deseado desde muy joven. Quería conocer la tumba de mi padre, que ha sido fusilado justamente en esta ciudad en el año 36, al principio del golpe del



‘caudillo’. Estar junto a la fosa donde estaría mi padre me ha producido un dolor bastante fuerte.

Me conmueve mucho, me entristece. He visitado el cementerio donde se piensa que está él y sus compañeros. Y al mismo tiempo me da también mucha alegría, porque hoy sé, y aunque no lo toco, lo abrazo espiritualmente. Una satisfacción muy grande.

Este día he ido a presenciar una fosa, en Salteras. Yo eso nunca lo había visto. Tenía una imagen de lo que podía ser, una idea, pero me ha conmovido. Es terrorífico, es siniestro. Una persona que se le tenga que exhumar de esa manera... Volveré a Sevilla cuando la fosa de Pico Reja esté abierta. A

partir de hoy, moneda a moneda, así voy a hacer para venir. Nos merecemos que salga bien.

Y felizmente aquí estoy reunido con mi hija, Majo, que fue la precursora desde hace años en querer venir a saber dónde está la tumba de su abuelo. Uno ya tiene muchos años y hay cosas en la vida que tiene que saber comprenderlas, pero no aceptarlas así no más. Esto no debe existir, ni para los que lo pasaron ni para el futuro.

Videla lo dijo: 'son desaparecidos, no están'

María José Patiño, nieta de Manuel Patiño

Soy María José Patiño, nieta del capitán Patiño. A mí también me han dicho «bueno, y vos por qué te metes en eso, si ya ha pasado». Esto no pasó. A mí me está pasando por el cuerpo y me conmueve. Era mi abuelo, qué sé yo.

Yo busco a mi abuelo desde que tenía 12 años. Ahí me enteré de lo que había pasado. Era el año 76, y mi abuela me cuenta cómo había sido fusilado, que ella le había llevado la comida, que se la habían devuelto... «Y si vos no viste el cuerpo, ¿cómo sabes que lo mataron?», le pregunté.

Esa pregunta se la hice a ella pero me la hice yo. Dio la casualidad que históricamente los primeros desaparecidos en Argentina empezaron por aquellos años. Lo tuve que aprender en mi propio país, que no entregaban los cuerpos. Se repetía la historia. Videla lo dijo: «son desaparecidos, no están».

A mi abuela incluso le dijeron que durmiera de día y se mantuviera despierta de noche porque corría peligro su vida. No sabemos qué pasó que no la mataron. Los mecanismos represivos son muy hábiles y muy perversos, muy sicópatas. Más de ocho décadas después hay que seguir buscándolo.



Mi abuelo no era un anti nada, era un pro libertad, como tantos de los que murieron. Estaba a favor de lo que un pueblo había pedido. Era un republicano que creía en la libertad. Fueron contra él. Los anti son los otros. Encontró que la mejor manera de hacer la democracia era a través de la República, lo hizo y murió bajo sus principios.

Mi padre me contó una vez que estaba haciendo una siesta y... vio la sombra de su papá, que se acercó a mirarlo. Vio la silueta de su padre. Ahora estoy acá, más de 40 años después, logrando encontrar parte de la memoria de mi abuelo y muy contenta de poder acompañar a mi papá.

Siento que me tocó esa parte. De hacer justicia. De entregar su cuerpo. De darle la oportunidad a él y a todos los que enterraron como si fueran, no sé, cascos, escombros.

Siempre tengo en mi memoria qué habrá sentido él en el momento en que lo fusilaban, qué habrá querido decir. Ojalá que haya pensado algo bonito y no en cómo lo traicionaron. Ojalá que haya pensado en los ojos de su mujer, de sus hijos... y por ahí quizá pensó «alguien va a seguir con esto».

Nuestros muertos nos han estado llamando siempre

Rogelia Beltrán Pérez, nieta de Rogelio Pérez Rodríguez

Me llamo Rogelia Beltrán Pérez. Mi abuelo era Rogelio Pérez Rodríguez. Tenía 39 años cuando lo asesinaron los rebeldes. Mi madre, Dolorcita, falleció el 7 de noviembre de 2017 sin conocer el paradero de su padre. No es justo.

Mi madre tenía dos años cuando matan a su padre. Y luego acabó teniendo que irse a limpiar a casa de un falangista y oyendo por las calles del pueblo frases como «tenemos que acabar hasta con la semillita».

Ella no contó esta historia hasta el año 2010. Al calor de una mesa camilla y hablando muy bajito me dijo: «Cierra la puerta de la calle y ven». Así me contó todo: «Tu abuelo no murió, lo mataron». Y ahí empieza mi búsqueda. Seguiré, al menos hasta reparar el dolor, el que mi madre tenía dentro, de no saber dónde estaba su padre. Ni el por qué. Y si yo no puedo seguirán mi hija y mi nieta.

Mi madre al final por lo menos se despidió de su padre en la fosa. Fuimos allí el día que cumplía

años que le mataron. Y tiene un momento de recogimiento con él, le habla... Me emociono. Le pusimos flores. Se las ponemos a todos. Porque todos son nuestros muertos.

Los familiares pretendemos que no ocurra lo que está pasando. Que se nos van los testigos directos. Que mueren los que van quedando. Y queremos recuperar a los nuestros. Es que están a diez centímetros ahí en Pico Reja. Nos han estado llamando siempre. Y todas las familias merecen reparación. Recuperar la verdad como un objetivo común. Que los muertos hablen, que tienen mucho que decir a esta sociedad que les ha olvidado.

Mi abuelo Rogelio se dedicaba a coger obras y contrataba a trabajadores, compraba fincas, era tratante de ganado... se hizo a sí mismo. Luego todo el mundo coincidía en lo mismo, que no tuvo que ocurrirle lo que ocurrió. Cuando llegó la columna fascista a Gines el 24 de julio del 36 eliminan la Corporación Municipal y el que preside la Gestora,



el comandante de la Guardia Civil y el cura, deciden en una partida de cartas cuándo lo detienen.

Las fuerzas vivas del pueblo lo quitan de en medio. Mi abuelo estaba con su mujer, Teresa Mora Díaz, y sus tres hijos de corta edad, Alberto, Teresa y Dolores. Se lo llevaron detenido a la cárcel del pueblo, donde coincide con varios vecinos más, que tampoco saben el motivo por el que están allí. El cura le dijo cínicamente a mi abuela: «A Rogelio no le va a pasar nada malo».

Lo trasladaron al teatro Variedades, habilitado como prisión porque la Provincial está a tope de presos. Y en una saca lo llevan a las tapias del cementerio, lo ejecutan y lo tiran a la fosa del Monumento, creemos por la fecha. Y a mi familia le incautan todos sus bienes.

No es el único familiar que buscamos. También a mi bisabuelo por parte de padre, Antonio Pavón Delgado. Era de Valencina del Alcor entonces, ahora Valencina de la Concepción. Era jornalero, del campo, casado con seis hijos y dos nietos pequeños, uno era mi padre.

Con el golpe, en su pueblo hacen guardia para intentar que los sublevados lleguen al propósito que tenían. Y el día 24 de julio las tropas de Castejón subieron. Él huyó con otros vecinos. Pero a unas 30 personas las detienen y llevan atadas con cuerdas a Sevilla.

Él escapó por Guillena y Santa Olalla y llegó a Badajoz. Pero allí le dicen que han matado a su hijo mayor, Francisco. Cuando conoce la noticia, regresa. En busca, como así fue, de su propia muerte. Lo detienen y llevan a la cárcel. Le aplican el bando de guerra el 22 de octubre del 36 en la tapia derecha del cementerio. Está en la misma fosa que mi abuelo.

Aquí se fusilaba todos los días

*José Díaz Arriaza, autor de los libros *Un rojo amanecer* y *Ni localizados ni olvidados sobre las fosas comunes en el cementerio de Sevilla**

Aquí en Sevilla se fusilaba todos los días. Cada día que pasaba sin que apareciera un cuerpo era un nuevo fusilamiento, una nueva ocultación. Acabaron creando una dictadura de terror y de olvido. Por eso hay que empezar a desenterrar y dar respuestas. Es realmente triste que en 80 años estas personas, las familias, no hayan sabido ni siquiera dónde están los suyos.

Cuando comencé a investigar sobre las fosas en el cementerio de Sevilla lo hice por una parte para reflejar un fragmento de la historia de esta ciudad y por otra precisamente para dar alguna luz a los familiares. Existe una documentación que certifica que están ahí y ahora el trabajo arqueológico lo está confirmando.

Aunque todavía hay revisionistas que dudan de la represión que hubo en la capital de Andalucía. Ya no es que yo lo diga, es palpable. Además sabemos las razones de ese elevado número de fallecimientos. En Sevilla había ocho fosas diferentes con unos 4.500 cuerpos. Entre ellos la corporación municipal, sindicalistas, los fusilados en las tapias, muertos en pri-



sión, condenados por consejos de guerra... pero también golpistas, legionarios y tropas nativas.

La primera fosa que utilizaron los golpistas es la conocida como Pico Reja. La segunda Monumento y después la Antigua. Mientras al principio la mayoría son represaliados, y van a aparecer las evidencias de la violencia, en las otras hay más entierros normalizados.

La dificultad, conforme va pasando el tiempo, es mayor. En Antigua por ejemplo, del 40 a 42, los

años del hambre, los bandos de guerra ya casi han desaparecido, solo quedan consejos de guerra y aumentan los muertos en la cárcel y por otras causas. Aunque en Pico Reja la relación de víctimas sepultadas es casi 1 a 1, con 1.103 personas.

Después de tantos años trabajando, de tanto trabajo silencioso, es una gran satisfacción ver cómo llegan víctimas, se acercan y dicen: «Pepe, ¿mi abuelo dónde está?», es muy gratificante. Por la historia local y por dar respuesta. Porque la tradición judeo

cristiana nuestra son los cementerios, llevar flores, rezar... ya por lo menos se sabe dónde están. Los familiares lo agradecen y es muy emotivo.

Ahora tengo que seguir investigando. Ya le he echado muchas horas y he publicado esta monografía, pero quedan muchas lagunas. Hay que seguir buscando. Mi trabajo continúa, con más dificultad, pero eso es un acicate.

Cuando empecé con todo esto tenía este objetivo pero era consciente de que una cosa era eso y otra meter mano en el cementerio. En estos años lo que se ha conseguido es mucho. Arranqué en el año 2009 y en 2016 salió el segundo libro. Que un año después estuviéramos a pie de fosa... eso era impensable.





Castro del Río



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal de Castro del Río

Número de víctimas: 0 (sin localizar)

Fecha de los asesinatos: desde el 20 de julio de 1936

Equipo técnico: Francisco Carrión, Iván Sánchez Marcos,
Daniel García Quiroga, Erik Borja, Laura Gutiérrez



Los «fusilados» de la campaña cordobesa

Un puñado de cajas con restos humanos es el resultado de una intervención en 2010 en Castro del Río: 66 individuos presentan evidencias de muerte violenta

«Fusilados». Una palabra que marca la mayoría de las 86 cajas con restos óseos exhumados de las fosas del cementerio de Castro del Río (Córdoba). El resultado nace de la intervención realizada entre los años 2010 y 2011 desde el Foro Ciudadano para la Recuperación de la Memoria Histórica en Andalucía.

El informe antropológico forense cataloga, siete años después, hasta 66 individuos como posibles represaliados. Casi todos son hombres de entre 20 y 30 años de edad. El material conservado presenta rotura de huesos y una cuarta parte traumatismos en el cráneo causados por armas de fuego. Junto a los cuerpos hay doce proyectiles y un casquillo. Y numerosos objetos personales.

La nueva excavación arqueológica no ofrece más resultados positivos pero acaba por subrayar el contexto historiográfico de un capítulo por resolver en el libro que los fascistas dictaron en suelo andaluz. Porque los rebeldes proclaman los bandos de guerra para avivar la matanza, clausuran las Casas del Pueblo, toman los ayuntamientos... Así arranca la masacre fundacional del franquismo.

Córdoba capital cae al inicio de la rebelión militar, como la mayoría de pueblos de la provincia: 48 de 75. En Castro del Río la resistencia de un Comité Provisional de miembros de la CNT, que se forma en la misma tarde del 18 de julio del 36, frustra la primera intentona de los golpistas.

Elementos sublevados de la Guardia Civil y derechistas locales levantados en armas acaban atrincherados. El día 20 reciben apoyo de artillería y de un pelotón de falangistas. La expedición también fracasa. Pero el asedio continúa. La columna franquista llega a Santa Cruz, a la altura del arroyo Hondo, entra en Espejo, mantiene tiroteos, libera a detenidos, practica registros, arresta y mata.

Los «fusileros de Córdoba» serán recibidos a balazos al atravesar el puente sobre el río Guadajoz. Un camión con mineros de Linares y La Carolina llega para socorrer al pueblo. Van provistos de dinamita y arrojan los cartuchos explosivos desde los tejados próximos al cuartel de la Benemérita. Los disparos de respuesta causan la muerte a dos obreros.

Otra descarga acaba con la vida de Dolores Doncel, esposa del golpista Mateo Navajas. Ninguna vía tapa ya el derramamiento de sangre. «Los terratenientes estaban muy temerosos por los duros conflictos que aquella primavera habían mantenido con los campesinos castreños», señala el informe del equipo arqueológico.

«Las posiciones republicanas en Espejo y Castro del Río eran de vital importancia estratégica, pues constituían una cuña cerca de Córdoba que representaba tanto una amenaza para la capital, en manos de los golpistas, como para otras poblaciones, como Baena, Fernán Núñez, Montemayor o Montilla, por lo que fueron objeto de constantes ataques», escribe el historiador Patricio Hidalgo Duque.

La victoria rebelde no resulta sencilla. Las numerosas embestidas ordenadas por el genocida Queipo de Llano y el coronel Ciriaco Cascajo encuentran el muro de la resistencia democrática en la campaña cordobesa. Cada vez que cae una plaza, una avalancha de refugiados huye hasta la población vecina.

Un ataque coordinado por el general José Enrique Varela el 6 de agosto acaba por penetrar desde la carretera de Nueva Carteya. «El grueso de la columna estaba formado por moros marroquíes. Su acción estuvo apoyada por Artillería y aviación de castigo», reseña el pliego histórico.

Los mercenarios africanos «sembraron el terror entre los campesinos de las huertas de Castro del Río, rapiñando, violando y asesinando a familias enteras», según relata Arcángel Bedmar. Entre los muertos están los trece detenidos en Santa Cruz. Como Juan José Gómez y su hijo Antonio, que tiene 17 años. Son el padre y el hermano de Remedios Gómez Márquez.



Remedios Gómez Márquez, hija de Juan José Gómez, al que los golpistas ejecutan al inicio de la guerra junto a su hijo Antonio, que tiene 17 años

Los análisis genéticos a las víctimas del franquismo exhumadas en Castro del Río (Córdoba) permiten identificar y dar sepultura digna al padre de Remedios

«Ha sido muy especial encontrar a mi padre en una fosa»

Remedios ha encontrado a su padre. Lleva 83 años buscándolo. Una muestra genética identifica a Juan José Gómez Gálvez (46 años), asesinado por los golpistas de Franco con su hijo Antonio (17 años) el 20 de julio del 36. «Ha sido muy especial encontrar a mi padre en una fosa común, no lo esperaba en la vida», confiesa Remedios Gómez Márquez.

Los restos óseos, arados y removidos durante décadas en el paraje de Santa Rita... ahí están, como demostró el trabajo arqueológico. Y Remedios ha podido enterrar a su padre junto a su madre. Se acuerda de ella, Dolores Márquez de la Fuente. Una mujer que «murió de negro» a los 86 años. Una mujer que, desde aquella tragedia, nunca celebró «nada» en casa.

Remedios vive «feliz» la noticia. Y lo primero que hace es preguntar por su hermano. La ciencia no puede demostrar por ahora que esté entre los huesos rescatados en Castro del Río (Córdoba) en 2017. De ahí las «contradicciones» y el jarro de agua fría en el día más esperado de su vida, cuenta en esta entrevista realizada a inicios de agosto de 2019, horas después de conocer el informe.

Remedios, ha encontrado a su padre. ¿Qué siente?

Ha sido muy especial encontrar a mi padre en una fosa común, no lo esperaba en la vida. Lo que siento es una emoción muy grande. Incluso hoy ando regular de salud. Y ayer me dio un ataque de nervios, lo mismo lloraba que reía. Algo extraño en mí, que siempre acepto las cosas muy tranquila, pero ayer me pilló de sorpresa después de tanto tiempo esperando.

¿Cómo ha sido recibir la llamada anunciando el resultado positivo, tras más de 80 años de búsqueda?

Me preguntaron cómo me llamaba y dije que para qué. Ya me dijeron que era para eso, que tenían la prueba de ADN y había dado positivo. Le pregunté de quién y me dicen: «de su padre». Me dio mucha alegría. No sabía qué contestarle, me puse nerviosa.

Lo primero que hice fue preguntarle por mi hermano, tenía un interés especial en que apareciera, era un niño de 17 años. Pero me dijeron que solo mi padre. Pensé que serían los dos... ahora me queda eso, por qué mi hermano no, después de

tanto tiempo. Estoy muy alegre por un lado, y por otro con muchas contradicciones.

¿De quién se acuerda en esos momentos?

De mi madre. Ella los vio atados a los dos cuando los cogieron en la Santa Crucita, en una aldea. Murió de negro y nunca la vi reír ni celebrar nada en mi casa, ni un cumpleaños. Nada, ni Nochebuena. Yo sigo igual, no celebro ni mi cumpleaños.

¿Qué le cuenta ella?

No contaba nada, no podíamos hablar. Había mucho miedo. En mi casa una conversación normal de lo que pasó... eso nunca. No se podía. Si contaba algo decía «que no se entere nadie, que si preguntan no vayas a decir que a tu padre lo han matado, di que se ha muerto».

¿Cómo es su padre, qué recuerda?

Era guitarrista de carrera, estuvo estudiando en el conservatorio en Córdoba. A él le conocían como el Bandurria, y así nos conocen a todos en el pueblo. Era una persona especial. Siempre tenía tiempo para tocar en todas las bodas y bautizos.

Y su hermano...

Era un niño, con 17 años lo mataron. Y había otro más chico del pueblo, con 16. Se lo llevaron porque estaba con mi padre. Una mujer vio cómo los ataban y se los llevaban. Y ya está. Ninguno había hecho nada.

¿Cómo los detienen los golpistas?

Había un cortijo cerca del pueblo donde repartieron tierras para que algunas familias las pudieran labrar. Ellos dormían en una era que teníamos allí. Por la mañana llegaron unos camiones y como mi padre no tenía nada se levantó, y mi hermano, que estaba con él. Pero tenían una lista. Sabían a quién se iban a llevar. A los que no tenían a mano, como mi padre, los buscaron.

Cuando mi madre se entera fue a buscar a otras mujeres de los que se habían llevado y fueron a Montilla, donde le dijeron que los habían trasladado. Mi madre estaba embarazada de siete meses, cogió un mulo, y al llegar le dicen que no, que están en Espejo. Allí los vio atados de las manos, a pleno sol. Es lo último que sabemos de ellos. A las mujeres cuando volvieron al pueblo las pusieron a barrer la plaza y a alguna la pelaron y le dieron aceite de ricino. Yo lo vi. Y a una mujer que murió a los pocos días, también la vi muerta.

¿Hablan sus padres en aquel momento?

Mi padre le dijo «coge a los niños», que éramos cinco, «y vete cuanto antes del pueblo». Y eso hizo. Llegó a Santa Cruz y nos cogió, con una cabra para por lo menos darnos de comer por ahí, y llegamos así hasta Jaén andando, en pleno julio. Mi madre se puso tan malita que abortó. La ingresaron en el hospital de Jaén y nos quedamos un mes solitos, en una finca.



Nos ayudaron un poco por lo menos para comer. Dormíamos a veces en el pajar con los animales, solo con una mantita. Los años de la guerra pasamos mucha hambre y necesidades. Lo mejor para comer eran aceitunas secas, y lo poco que daba el campo. Para dos de mis hermanos y yo incluso tenían los papeles para enviarnos a Rusia, pero un tío mío se hizo cargo y nos quedamos. No sé lo que sería mejor.

Luego, cuando volvimos al pueblo, un falangista se había metido en nuestra casa, una casa que hicieron mis padres... Le daría un poquito de remordimiento y nos dejó que nos metiéramos, pero en una habitación abajo, porque él se quedó en la casa, ya la consideraba suya. Muchos años después fui al pueblo, porque vivo en Córdoba, y quienes compraron la casa me dejaron entrar a verla.

Y del secuestro a una cuerda de presos y la ejecución.

Estaban atados con sogas. Los mataron en un olivar, pidiendo agua con voz lastimera, según contó Francisco Merino en un libro. Ese testimonio dice que al momento escuchó una ráfaga y vio como les daban el tiro de gracia. Que los dejaron allí tirados, no hicieron fosa. Otro decía que vio cómo se los comían los perros, pero no quiero ni pensarlo. Lo que pasa es que eso es lo que se ha contado. Es la historia nuestra, sé que hay muchas, pero es triste, de esto no te repones nunca. Y fue uno del pueblo el que tuvo la culpa.

¿Qué quiere transmitir precisamente a las víctimas que siguen buscando a sus familiares en fosas y cunetas?

Que tengan ánimo y hagan como yo, que sigan y sigan, que llevo muchos años con esto. Que mantengan la esperanza.

Y a quienes hablan de abrir heridas...

Hay quienes hablan de venganza, sí. Les diría que no entienden. Esa es la excusa que tienen, que hace mucho tiempo. Pues yo tengo 87 años y me sigo acordando, no me han anulado aunque quieran. O eso que dicen que todos hicieron igual, que todos mataron... Pues no. Mentira. El golpe de Estado lo dieron ellos y no pararon de matar nunca. Otros se defendieron y es normal, si te van a matar, te defiendes. Es la realidad de lo que pasó.

¿Qué opina entonces de todo el camino que queda por recorrer en España?

Todo esto se podía haber hecho hace mucho tiempo. Y lo que se ha hecho es con la fuerza de los familiares. Y, dicen, una fosa común es un libro abierto, que explica la historia. Usted estuvo en la excavación. Yo he estado allí muchos días. Los huesos eran tan pocos, tan arados... Ha sido como encontrar una aguja en un pajar. En el sitio que estaba era muy difícil, pero tuvimos suerte.

Al final no han podido confirmar nada más que a mi padre, eso no lo esperaba yo. Pero el trabajo de

los arqueólogos ha sido... tengo un gran agradecimiento que no les voy a pagar nunca. A Jesús (Román) y Juanma (Guijo) les tengo un cariño especial. No solo es el trabajo, sino en lo personal, cómo se comportan con las personas. Son únicos. De estas personas hay muy pocas.



Cala



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal

Número de víctimas: 0 (sin localizar)

Fecha de los asesinatos: 13 de septiembre de 1936

Equipo técnico: Elena Vera, Elisabeth Conlín



A quienes no «se les fue respetada la vida»

*Arroyomolinos de León (Huelva):
38 muertos y 18 enterrados en una fosa
en Cala aunque antes, con el pueblo
bajo control de la CNT, 30 derechistas
detenidos no sufren daño alguno*

Dicen las crónicas que en Arroyomolinos de León (Huelva) detienen a unos 30 derechistas tras el golpe de Estado y «se les fue respetada la vida». Al frente de la resistencia está un grupo de anarquistas de la CNT. Sí acaban destruidas la iglesia y la ermita, cuentan. Los fascistas, a cambio, asesinan más tarde a 38 personas del pueblo.

Hasta 18 de estas víctimas están en el cementerio de la próxima población de Cala, según los testimonios conservados. La búsqueda, pegada a los muros del recinto, resulta infructuosa. Las familias siguen esperando localizar los huesos y dar un entierro digno a sus seres queridos.

La represión golpista se ceba de manera especial con Huelva. El Mapa de Fosas de Andalucía cuenta 10.199 víctimas estimadas en 126 sepulturas en la provincia onubense. Solo en tres pueblos los rebeldes no matan a nadie: Hinojos, Berrocal e Hinojales. Antes, los denominados ‘días rojos’ afectan solo a tres localidades para sumar un total de 42 muertos.

«En Huelva no hubo guerra, solo represión. La ocupación por los golpistas fue un paseo militar», contesta el historiador Francisco Espinosa Maestre en una en-

trevista con el periodista Rafael Moreno en Diario de Huelva. Y el rincón occidental andaluz es clave para el triunfo en la guerra del fascismo español.

La importancia de la plaza alcanza la cota de «máxima» por la cuenca minera y los recursos para la industria bélica, como el cobre o la pirita. Y porque afianza la ruta extremeña que ‘la columna de la muerte’ emprende con los ojos puestos en Madrid.

O como acceso a Portugal por Ayamonte. El control de la zona asegura a los rebeldes el contacto con un gobierno colaboracionista como el del dictador Antonio de Oliveira Salazar. Por ahí fluyen armamento, suministros y combatientes voluntarios lusos, los conocidos como Viriatos.

Y también caen en la frontera buenos puñados de refugiados republicanos, repatriados luego a la España dominada por los franquistas. El caso más conocido el del poeta del pueblo, Miguel Hernández. «El terror llevó a muchos a huir de sus pueblos», refiere Espinosa.

Huelva plantea «la única amenaza seria a Queipo de Llano y su cuadrilla a menos de 24 horas del ini-

cio de la sublevación»: los mineros que van a cambiar el curso de la guerra y son asaltados en una emboscada en La Pañoleta, a las puertas de Sevilla, tras la traición del destacamento de la Guardia Civil al mando del comandante Gregorio Haro Lumbreras.

«La violencia alcanzó límites extremos», asiente el historiador. El «ciclo de muerte» queda ampliado en la provincia onubense hasta entrados los años 50. «Si bien ha terminado la guerra, la campaña no», sentencia un alto militar, en palabras que recuerda Espinosa.

Miles de asesinados, tantos en tumbas ilegales, medio perdidas. Yaciendo todavía como huesos anónimos. Como las víctimas de Arroyomolinos de León arrojadas a la tierra del camposanto de Cala. Porque a ellos, a la contra de lo que en el pueblo ocurre con los derechistas, no «se les fue respetada la vida».





Concepción García Liánez, nieta de José María Domínguez Rodríguez

Mi padre nunca nos inculcó odio

Me llamo Conchi García Liánez. Mi abuelo se llamaba José María Domínguez Rodríguez, apodado el Tolón. Tenía 46 años. Era un trabajador y estaba bien situado, con su campo, caballos... Tenía 3 hijos. Mi padre, Julio, era el mayor con 19 años.

Mi abuelo era de Arroyomolinos. Dicen que fueron 18 los que se llevaron del pueblo. Él huyó. Estuvo en Fuente y en El Castillo de las Guardas y mandaron a mi padre a buscarlo. «Esto ya ha pasado, no le va a pasar nada», le dijeron.

El pobre fue. Y le dijo: «Papá, vente». Creo que estaría una noche en su casa. Se lo llevaron a la ermita y allí estuvieron unos días encerrados. Después lo traían a Santa Olaya en un camión, a declarar les decían. No llegaron nunca. Por lo visto fue una madrugada. Cuando fueron los familiares que iban a llevarles la comida por la mañana, se encontraron que ya no estaban. Fue el día 13 de septiembre del 36.

Mi abuelo era de izquierdas. Reunía a la gente, daba sus mítines... se destacaba un poquito. Me imagino que estaría afiliado. ¿Violencia contra los de derechas? A lo mejor lo de la iglesia, quemaron los santos... Pero ya.

Los mataron porque eran luchadores y personas buenas. Por eso estar en el cementerio es muy emocionante. Siento alegría y a la vez tristeza por pensar que un día vivieron aquí sus últimos momentos. Si nos vieran cómo estamos ahora, luchando... Daría mi vida por ellos.

Mi padre no quería hablar. Y nunca nos inculcó nada. De hecho no tengo rencor, ni voy a sentir odio. Al contrario. A mi padre le hubiese gustado saber dónde está su padre y yo, en su memoria, me gustaría saber dónde está mi abuelo.

Porque yo soy creyente y quiero saber que está en un sitio digno como merece. Las personas que no entienden que los busquemos, que se pongan en el lugar de cada uno. Que no piensen que es política, ni que es un dinero que se debería gastar en otras cosas. Es algo muy digno.

Le costó la vida, por sus ideas

*Guillermo Molla Domínguez,
nieto de Guillermo Molla Molina*

Soy Guillermo Molla Domínguez, nieto de Guillermo Molla Molina. Tenía 51 años. Era el mayor de todos los que venían, de los 18 de Arroyo, y yo creo que se sentía como el líder del grupo. Tenía un bar, se reunían allí y leían folletos, cartas, y motivo a eso ya estaba señalado. Y le costó la vida, por sus ideas.

Así sucedió. Iban a la casa, los pillaban, los llevaban a la ermita y las madres y la familia le llevaban de comer. Hasta que un día les decían: «No vengáis más que se los han llevado». De madrugada los subieron a un camión. A los 18 y dos más tuvieron indulto, un padre y un hijo al que les salió padrino y los bajaron.

A mi abuelo le traían esposado porque dicen que era el más rebelde. Tenía un carácter fuerte. Por eso creo que si está ahí vamos a identificarlo rápido. Si lo mataron y lo tiraron a la fosa atado... queda la esperanza.

Queremos buscarlos porque tengo la necesidad. Primero por saber si está, porque tengo la duda. Al



tener tanto carácter, ¿y si se desató? Comentan que dos se escaparon, pues digo, igual huyó. O si no los mataron bien, se hicieron los muertos y se fueron al rato, eso no lo sé. Necesito saber si está ahí o no. Y si está por supuesto darle una sepultura digna, ponerle unas flores de vez en cuando como se le pone a los demás.

Y hacerlo por mi padre también, se llamaba Manuel Molla Garrido. Mi padre era muy *humildón*, no se parecía nada a mi abuelo. Y tan solo me dijo:

«Este amigo tuyo, necesito que sepas que el padre iba de voluntario a los fusilamientos. Pero tú puedes seguir siendo su amigo toda la vida». De hecho seguimos siendo amigos.

Porque salían de voluntarios, un grupito, y los fusilaban. Mi padre, dicho sea de paso, también querían ir a por él. Tenía 18 años. Pero alguien dijo: «No, el hijo de Guillermo no está relacionado, no tiene nada que ver». Le salió padrino, como a los dos que bajaron en el camino.

El cinturón de mi abuelo lo lució uno de los que lo mataron

Luisa Bravo García, nieta y sobrina nieta de Aurelio y Manuel García Muñoz

Me llamo Luisa Bravo García. Estoy aquí por mi abuelo, Aurelio García Muñoz, y su hermano Manuel, que tenía 18 años. Están aquí en la fosa, se los trajeron juntos. Les hicieron eso por tener sus ideas, porque sé que malo no hicieron nada. Y yo he heredado esas ideas, soy socialista desde que tengo los dientes.

Abuelo tenía 33 años y una hija. No le dio tiempo a tener más. Mi madre tenía dos añitos y medio. Se llama María García Guzmán, vive, tiene 87 años. Mi abuela se llamaba Luisa Guzmán Fernández.

Fueron a por ellos una noche. Ya estaban acostados. Llamaron a la puerta y dijeron: «Aurelio, te tienes que venir». A mi tío igual, a casa de sus padres. Un día le llevaba mi abuela de comer y otro su madre, que tenía dos hijos allí. La mañana que se los habían traído de madrugada le tocó a mi abuela y la volvieron para atrás diciéndole, «Luisa no te acerques». De todas maneras mi abuela se acercó.

Y le dijeron: «Se han llevado a 18 y entre ellos iba tu marido y tu cuñado».

Tiempo después mi abuela vio en el pueblo a uno de los hombres que vino a traerlo con el cinturón de mi abuelo. Lo lució uno de los que lo mataron. Así quedó la pobre, siempre vestida de negro, encogida. «Tu abuelo no hizo nada malo, hija, ese orgullo sí lo tenemos», me decía.

Eso me lo contaba mi abuela. Le costaba. Lloraba mucho. Desde chiquitita le escuché decir todo lo que habían pasado. Se quedaron solas en aquellos años. Mis abuelos estaban bien, tenían su cercadito, su casa, una huerta... pero al quedarse viuda y con la niña chica, pues normal, se ganaba la vida trabajando en casa, iba al campo al verde, cogía las acelgas silvestres, los berros, lo que podía recoger, y lo vendía.

Mi abuela se murió con mucha pena de no saber si mi abuelo estaba aquí. Porque decían que algunos



habían huido. Ahora lo que no me gustaría es que mi madre se muriera sin saberlo. De hecho mi madre está súper orgullosa. Le dije, «mamá, mañana a las 8 me voy al cementerio de Cala que van a empezar a abrir a ver si tenemos suerte». «Ay qué pena de que yo no pueda ir», me dijo.

Ella está muy contenta. Tiene escrito cómo va a enterrar a su padre. Por si le pasa algo, que nosotras hagamos lo que ella quiere. A su madre la incineró y la tiene en casa, siempre esperando una luz para volverlos a unir. Me dice: «Si yo vivo, lo haré yo, si no vivo, tienes el cargo tú».

Esto no es un acto de venganza, es un acto de amor. Tengo unas ganas locas de que se dé con ellos y tengan un sitio digno, como cualquier persona. Es muy triste tenerlos en unas cunetas, que no sepas dónde tienes a tu familia. No es abrir heridas, es cerrarlas. Una herida que está ahí encallá, comiéndote.

Mi abuela nunca pudo olvidar el asesinato de su hijo

María Ramos Garrido, sobrina de Miguel Ramos Rodríguez y su hija Blanca

María Ramos Garrido, por mi tío Miguel Ramos Rodríguez, hermano de mi padre, Antonio, que tenía 15 años. Los dos estuvieron encerrados en la ermita, y también mi abuelo, su padre, Justo Ramos Garaya. Y estoy aquí por un afán de justicia. Mi padre murió con esa gran pena.

No pensaban nunca que iban a llegar a esos límites. De hecho la gente de derechas estuvo encerrada en la iglesia del pueblo pero allí no corrió ni una gota de sangre. Creían que con ellos iban a actuar igual. Pero una noche pasaron lista y dijeron: «Estos 18 que se metan en un camión que los vamos a llevar a Santa Olalla a declarar». Y ya no volvieron más.

Mi abuela, María Rodríguez Domínguez, era una mujer luchadora, y estuvo toda su vida vestida de negro, jamás se quitó el luto, con una vida muy difícil. Luego se le murieron dos hijas, pero la muerte de mi tío, el asesinato de mi tío, eso nunca lo pudo olvidar. Era una mujer joven pero siempre la co-



nocí vieja. De tanto llorar había perdido hasta las pestañas de los ojos. Pero jamás la veía débil. Siempre fuerte, valiente, luchadora... Creo que hemos salido con ese ramalazo.

Mi padre siempre nos dijo: «En la escuela os dicen que los buenos eran Franco y su gente, eso es mentira. Nosotros somos rojos, y muy dignos. Nunca os avergoncéis, porque no hemos hecho nada malo». Nos decía, «esto no se puede contar, no se lo digáis a la gente, pero no lo olvidéis nunca».

Mi madre, Remedios Garrido Guzmán, tenía miedo. Normal. Quién en esa época no lo tenía. «No les cuentes esas cosas a las niñas», decía, pero él respondía: «Las niñas tienen que saber la verdad». Mi padre hasta el último momento de su vida estuvo pensando en su hermano.

Menos mal que hemos conservado esa memoria. Tenemos la suerte de que mi padre se dedicó los úl-



timos años de su vida a escribirlo todo en un cuaderno. Aparte lo fue contando a todos los de casa para que esto no quedara en el olvido.

Por eso esto no es abrir heridas. Aquí no hay afán de revancha ni de odio. Hay afán de que los tuyos no estén como perros en una cuneta. Este círculo no se cierra hasta que estas personas injustamente asesinadas no tengan una sepultura digna. Mi abuelo quiso enterrarse en la tierra. No quería estar en un hueco cuando no sabía dónde estaba su hijo.

Y hemos heredado de ellos la dignidad y las ideas. Quiero que no se olvide. Soy maestra, y siempre les explico a mis alumnos qué ocurrió en su país. Sabes que este es el último tema, que se da de pasada... Conmigo no. Lo que quiero es que mis nietos el día de mañana se enteren no porque tengan la suerte de que un maestro esté concienciado y se lo cuente, sino porque forme parte de los libros.



Mercedes Fernández Cuevas, nieta de Luciano Cuevas Rodríguez, y su hija Isabel

En el pueblo no cayó ninguno del otro bando

Mi nombre es Mercedes Fernández Cuevas. Y mi abuelo Luciano Cuevas Rodríguez. Y su sobrino, que se llamaba Marcial Rojas Cuevas. Mi abuelo era republicano y alcalde de Caleras de León. Se supone que los trajeron aquí, al cementerio de Cala.

Porque mi abuelo, y cuando estaba ya la cosa revolucionada, mandó en un papelito a pedir refuerzos para defender al pueblo. Pero estos llegaron antes. Ya él estaba perdido. Se refugiaron en el monte, en una casita. Mi abuelo, su sobrino y un señor que trabajaba en el Ayuntamiento. Los cogieron por algún chivatazo.

En el pueblo no cayó ninguno del otro bando, no hubo violencia. Luego los otros trajeron aquí a cuatro, pero mataron a muchos. Mira que quemaron la iglesia, estando él de alcalde, y mi abuelo incluso decía: «Hay que encontrar al que ha sido». Y al cura le puso como un guardaespaldas. Diría, si han quemado la iglesia, a este lo liquidan. Pero nada.

Mi madre se llamaba María Cuevas Real. Murió cuando yo tenía 10 años. Y la historia de mi abuelo la

han ido ocultando. Es el miedo a dejar que te cogieran a ti por delante, que te hicieran daño... el miedo.

Pero se dedicaban al estraperlo y me decía: «Mercedita que tenemos que ir a Cala con la carga», y me montaba encima de la bestia. Cuando pasábamos por el cementerio lloraba mucho. Y yo le preguntaba, «¿mamá por qué lloras?», y ella solo decía: «Ay pobrecito, ay pobrecito».





Benamahoma



FICHA TÉCNICA

Localización: antiguo cementerio

Número de víctimas: 67

Fecha de los asesinatos: desde agosto de 1936

Equipo técnico: Jesús Román, Juan Manuel Guijo,
Antonio Domínguez, Antonio Ortega



La retahíla del «trágico final de sus familiares»

El trabajo arqueológico en Benamahoma (Grazalema, Cádiz) culmina con 67 personas halladas en 19 fosas comunes, con tres mujeres y un adolescente

Los huesos de un niño de 16 años afloran cubiertos por los terruños del antiguo cementerio de Benamahoma (Grazalema, Cádiz). El trabajo arqueológico deja al descubierto varios sujetos preadultos más. Y tres mujeres. Las diversas campañas suman en total 67 personas halladas en 19 fosas comunes.

El equipo científico finaliza así la excavación con cifras que sitúan el enclave gaditano como la intervención con más restos óseos recuperados en zona rural. La tarea final ha sido financiada por la Diputación de Cádiz ante la parálisis en materia de Memoria Histórica del nuevo Gobierno de la Junta de Andalucía.

El volumen y el detalle de la represión fascista confirma las tesis que apuntan testimonios orales e investigaciones históricas: la pequeña aldea, tras el golpe de Estado que provoca la guerra civil española, es un lugar de ejecución donde pierden la vida lugareños y vecinos de poblaciones cercanas como Villamartín, El Bosque o Prado del Rey.

Benamahoma queda como uno de los epicentros de la pedagogía del terror aplicada por los fascistas en la sierra gaditana. Una masacre desvelada en tres exhumaciones. La primera fase se desarrolla de octubre de 2017 a febrero de 2018. La segunda, de junio a octubre de ese año. Ahí ya suman 57 víctimas recuperadas de 16 fosas.

La última campaña cierra 2019 con otros diez represaliados en tres nuevos enterramientos ilegales. El «objetivo» de la tarea: «lograr la justicia que reclaman las familias de las víctimas y las entidades memorialistas», en palabras a pie de fosa de la responsable de la delegación de Desarrollo Democrático de la Diputación de Cádiz, Lucía Trujillo.

Tanto el Ayuntamiento como el ente provincial tienden la mano «a todo aquel que busque a sus parientes y quiera cotejar su ADN con el de las víctimas», apela desde el antiguo cementerio reconvertido en Parque de la Memoria el alcalde de Grazalema, Carlos García Ramírez.



Los huesos recuperados corresponden a unos 60 hombres, entre los que predomina la franja de edad de 30 a 45 años. En los cadáveres hay tres mujeres, un adolescente de unos 16 años y otros cinco individuos que apenas superan la veintena.

Gran parte de los esqueletos presentan pruebas de muerte violenta. Fracturas en los huesos, orificios de bala. Son, todos, víctimas de la crónica genocida escrita a sangre y fuego entre agosto y septiembre de 1936 por el grupo de falangistas conocidos como Leones de Rota, liderados por Fernando Zamacola Abrisqueta.

Porque en Benamahoma tampoco hubo guerra. Pero sí una matanza que certifica la propia dictadura de Franco al juzgar al máximo responsable de la carnicería, el cabo de la Guardia Civil Juan Vadillo, en el Procedimiento Sumarísimo N^o 1098 de



1940, como cuenta Francisco Espinosa Maestre en uno de los capítulos del libro *La Justicia de Queipo*.

Es la retahíla que traza las secuelas de la estrategia de aniquilación del adversario social y político. De la barbarie silenciada durante décadas, latente, como «las vivencias de los vecinos que rememoraban el trágico final de sus familiares», recuerda el primer edil junto a la tierra todavía abierta.



Nerwa



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal

Número de víctimas: 43

Fecha de los asesinatos: desde el 26 de agosto de 1936

Equipo técnico: Andrés Fernández, Cristóbal Alcántara, Maribel Brenes, María de la Rubia, Miguel Vila



Esqueletos enredados en tierra rojiza y metálica

La fosa común de Nerva (Huelva) es la mayor exhumada en Andalucía en 2019 con 43 víctimas del franquismo recuperadas tras dos excavaciones

La tierra, en unos metros, entrega los cuerpos de 43 personas. Y las fosas comunes del cementerio de Nerva (Huelva) cierran 2019 como la excavación con más víctimas del franquismo recuperadas ese año en suelo andaluz. Con una secuencia que puede situar al lugar como la tumba ilegal más grande abierta en suelo rural, según los expertos.

Las campañas han sido financiadas por el Ministerio de Justicia del Gobierno de España y la Diputación de Huelva con apoyo del Ayuntamiento nerverense. Los arqueólogos han desenterrado por ahora a 23 víctimas en la fosa norte, a la izquierda de la entrada, y otras 20 en la sepultura sur, a la derecha de la puerta de acceso al camposanto. Y sin participación de la Junta de Andalucía, que no ha movido pieza en la zona.

La tierra rojiza y metálica de la comarca minera onubense muestra evidencias de esqueletos enredados. De que hay más víctimas allí enterradas. Porque el camposanto suma varias decenas de esqueletos de represaliados con apenas una quinta parte del terreno excavado.





La «cifra tan alta» sumada en dos intervenciones de campo, y la tierra que queda por abrir, hacen pensar que la tarea futura «confirmaría lo que se estima de la mayor fosa común en zona rural, corroborando el trabajo de investigación y arqueológico», estima Cristóbal Alcántara.

«De los 43 cuerpos exhumados, unos diez son mujeres», explica el arqueólogo. «Un número de víctimas elevadísimo», refiere, «y si sigue esa proporción apareciendo en estos sectores del cementerio podríamos alcanzar las 200 víctimas de largo», agrega.

El trabajo científico «demuestra que esto fue un horror, un holocausto de personas inocentes», subraya el alcalde de Nerva, José Antonio Ayala. Que la matanza fundacional del franquismo se ceba con esta zona donde los conatos de resistencia alimentan la terrorífica tarea golpista.



La especial saña rebelde contra Andalucía está escrita «por ejemplo en la disposición de los cuerpos, que ya es una muestra de muerte violenta», narra Alcántara. Pero también en las «fracturas en huesos largos e impactos de proyectil» que aparecen como testigo.

O en «muchos objetos personales». Como «peinetas que pertenecían a mujeres». Y mecheros, monedas, «incluso una de Portugal», anillos, cruces, gemelos... «Una cultura material que se asocia a estas personas» y es «bastante significativa» para la lectura del contexto de genocidio vivido en la Cuenca Minera de Huelva.





Higuera de la Sierra



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal

Número de víctimas: 18

Fecha de los asesinatos: 4 de noviembre de 1937

Equipo técnico: Elena Vera, Juan Manuel Guijo, Jesús Román, Elisabet Conlin, Concha González, Lucía Sócam, José Antonio Martínez, José Antonio Delgado, Antonio Ortega



Mujeres y «fieras humanas»

A un grupo de mujeres de Zufre (Huelva) las matan en la vecina Higuera de la Sierra, donde yacen en una fosa común en el cementerio

Un fascista jala el percutor del arma. Clac. Apunta. Una mujer menos. Aprieta el gatillo. Otra. Dispara. Una más. Teodora, un tiro en la sien. Modesta, asesinada. Mariana, un par de balazos. Elena, ejecución. Amadora... hasta 16 mujeres. De una tacada. Matadas por ser «fieras humanas».

Antes han sido secuestradas, encarceladas, paseadas por el pueblo y humilladas. Unas torturadas. Otras, también, violadas. Así truena la madrugada del 4 de noviembre de 1937. Cuando el franquismo acaba con la vida de un grupo de mujeres de Zufre (Huelva), enterradas en una fosa común en la vecina Higuera de la Sierra.

Algunos hijos ven a sus madres subidas en un camión, camino de la muerte. La trágica instantánea rota en mil pedazos por alaridos de raíz animal como última imagen. Y en las tapias del cementerio sobreviven cicatrices que recuerdan el crimen colectivo, sin juicio ni sentencia, en un pueblo donde nunca hubo guerra. Ahí sigue la tumba ilegal.

La «brutalidad represiva» desatada por el fascismo español tras el fallido golpe de Estado «revistió un

auténtico carácter de masacre». La narración es de los historiadores Francisco Espinosa Maestre y José María García Márquez en 'La desinfección del solar patrio', capítulo incluido en el libro *La gran represión*.

Zufre, con poco más de 2.100 habitantes en la época, «ofrece un buen ejemplo». El verano del 37 vive «detenciones masivas». Como en la sierra y la cuenca minera. Casi no quedan jóvenes «entre los asesinados, encarcelados, huidos y movilizados por el ejército o las milicias de Falange y el Requeté». El resto, huye.

«No parecía posible que pudieran quedar aún 'rojos' que detener y 'delitos' que castigar», cuentan los investigadores. Pero esto no casa con el dictamen del comandante militar de Zufre, el cabo de la Guardia Civil Eduardo Novoa, y los derechistas del pueblo. «Había llegado el momento de ajustar todas las cuentas pasadas», sentencian.

Quince mujeres quedan detenidas por participar en el «martirio» a Rosario Expósito, como lo califican a posteriori los golpistas. Buscan darle «un



susto» por votar a las derechas en las elecciones de febrero del 36 y «haberle quitado el pan a los pobres». Un grupo, «algunas afiliadas al grupo femenino socialista», se abalanza sobre ella. La dejan desnuda.

«Según algunas declaraciones le quitaron algunos comestibles que llevaba». Todo, por derechista. Las mujeres son calificadas como «fieras humanas» en el informe posterior de las autoridades franquistas. Como declarantes en la causa participan personas de «orden». No hay pruebas de los supuestos «delitos». Tampoco ese extremo causa problema alguno a los franquistas.

Seis detenidas quedan separadas: Dominica Rodríguez (42 años), Felipa Rufo (39), Antonia Blanca (51), Josefa Labrador (40), Faustina Ventura (62) y



Carlota Garzón (47). Era septiembre del 37. Apenas unos días después, caen diez mujeres más: Remedios Gil (56 años), Mariana Sánchez (51), Amadora Sánchez (52), Encarnación Méndez (56), Elena Ramos (55), Bernabela Rodríguez (40), Alejandra Garzón (62), Teodora Garzón (45), Amadora Domínguez, conocida como La Pasionaria (48), y la más joven, Modesta Huerta (29).

Todas ejecutadas. Las 16 rosas de Zufre, cortadas a balazos que hielan el frío noviembre del 37. El procedimiento, en manos del mando judicial golpista en marzo de 1938, «verificó la ejecución», informan los historiadores. La justicia golpista apela, otra vez, a la pedagogía del terror.

«Considerando que la muerte extingue la acción del mal y que por tanto es procedente el sobresi-



miento definitivo» de la causa, reza el auto validado por el auditor de guerra Francisco Bohórquez, enterrado junto al criminal de guerra Queipo de Llano en la Basílica de la Macarena en Sevilla.

Pertenecer a un sindicato o ser madre, hermana o mujer de un republicano. Eso era todo 'delito'. En la fosa común de Higuera de la Sierra también yacen hombres ejecutados por el franquismo. Quizá hasta un total de 29 víctimas como señala el Mapa de Fosas de Andalucía.

La intervención arqueológica rescata los huesos de 18 víctimas. Pero no aparece la fosa de las mujeres. El trabajo, aprobado en la pasada legislatura por la extinta Dirección General de Memoria Democrática de la Junta de Andalucía, registra una solicitud en marzo de 2018 del grupo de trabajo Recupe-



rando la Memoria de la Historia Social de Andalucía (RMHSA) del sindicato CGT.

En el escrito de petición el colectivo hace «una primera reflexión sobre la existencia de fosas comunes (enterramientos ilegales) específicas de mujeres asesinadas por los militares golpistas del 1936». Andalucía occidental es «uno de los pocos territorios del estado español» con fosas de este calibre: «sola y exclusivamente de mujeres; madres, hijas, hermanas, compañeras de».

El franquismo no puede achacar estas ejecuciones selectivas a la «tensión» tras el fracaso golpista y el inicio de la guerra civil, continúa el texto. Porque «la mayoría de estos asesinatos» ocurren en 1937 «y con la ‘guerra’ más cercana a cientos de kilómetros» de los sucesos.



El grupo memorialista cita casos similares. Como la fosa de mujeres en Grazalema (Cádiz), catalogada como Lugar de Memoria de Andalucía. O las 17 rosas de Guillena, que nunca dan a los rebeldes el paradero de sus hijos, padres, compañeros o hermanos huidos.

O la fosa de Puebla de Guzmán (Huelva) que señala el testimonio de José Domínguez Álvarez, conocido como Pedro el Sastre, hijo de una de las quince muertas. Y la búsqueda de las niñas violadas y tiroteadas en el Aguaucho. O las aceituneras de San Juan de Aznalfarache (Sevilla) que viven en la memoria por el trabajo del fallecido Raúl Sánchez.

Y las de Zufre. Todas mujeres. Todas víctimas de la más bestial violencia de género. Del uso del cuerpo femenino como campo de batalla. Todas se-



cuestradas, humilladas, torturadas... muertas a balazos como «fieras humanas». Ellas «excitaron a los hombres para que cometieran tantos y tantos delitos», dicen los fascistas. Porque «sueñan con el triunfo del maldito marxismo», ideología que «adoran con toda su alma», denuncian los golpistas.

«Cometieron toda clase de injurias y vejámenes con infelices personas de orden» y eran capaces de facilitar «víveres a los fugitivos», acusan, como desvelan los documentos aportados por los investigadores. «Según rumores en la casa de Remedios Gil Cortés era donde se ensallaban (sic) las coplas marxistas que cantaban las Juventudes Socialistas», imputan. «En suma son fieras humanas sin Dios, sin Patria, sin Ley, sin familia», apuntan los delatores.



*Valeriana Martín Barrero,
hija de Atanasio Esteban
Martín Cabeza*

Mi hermano reconoció a mi padre en el montón de cadáveres

Me llamo Valeriana Martín Barrero. Tengo casi 89 años. Estoy aquí porque mataron a mi padre, Atanasio Esteban Martín Cabeza. Tenía 46 años. Y a mi tío, Florencio Barrero Ruiz, hermano de mi madre, María Salomé.

Entre mis hermanos había una mayor que se llamaba como yo y murió con 9 años. Luego estaban Francisco, Agapo, Lola, yo y Atanasio. Todos se acordaban de mi padre. Atanasio y yo, no. Y no tenemos fotos ni nada, esa es la cosa. Tengo una de mi padre descorchando, pero está fumando y con el humo del cigarro se le ve borroso.

Mi madre, en mi casa, date cuenta para criarnos. Que no tenía. Y a mi tía le pasaba igual, con seis niñas y ella sola. Y señaladas. «Los rojillos», nos decían. Aquí pusieron unos comedores para que los niños comieran algo cuando salían de la escuela y había una mujer, de las señoras de entonces, que les daba patadas. «Vete de aquí del portal, rojillo, vete», decía.

A mi tío lo matan el 24 de agosto del 36 a las 6 o las 7 de la tarde, ahí en la Pizarra, un pozo que hay en un cercado. Le dijeron que saltara y allí lo mataron. Tenía menos de 40 años. A mi padre también sé cuándo lo mataron. El 1 de septiembre, amanecer del 2. Estaba trabajando en el campo con Chapuguita, un rico de aquí del pueblo que mató a varios. Vamos, mandó matar a varios.

Avisaron a mi madre para que lo llamara, que tenía que sacar un certificado para poder trabajar. Y vino. Antiguamente se soltaba casi de noche. Se lavaría, se vistió de limpio, tomó un poquillo de café y le dijo a mi madre: «Me voy». «No tardes mucho». «Qué voy a tardar si, total, es poner los dedos». Porque mi padre no sabía leer ni escribir. «Además no acuestes a los niños que quiero estar un ratillo con ellos».

Pero era tarde y no volvía. «Voy a subir a ver qué pasa», dijo mi madre. «¿Dónde vas Salomé?», la paró

un municipal. «Atanasio, que me dijo que iba a bajar corriendo y estas son las horas que no ha bajado». «Vete que ya va a salir», le contestó. «Pues lo espero aquí», dijo mi madre, y se sentó en el umbral.

A las 12 de la noche estaba mi madre aquí en la puerta del Ayuntamiento esperando que saliera. «Anda, Salomé, vete para tu casa ya». La echaron por la calle San Sebastián mientras a mi padre se lo llevaban para matarlo. Aquella noche eran cinco los que mataron.

Mi madre oyó los disparos. «¡Hijo de la gran puta, para eso me has quitado de la puerta!», le gritó. Y le dijo él: «Pídele a dios que te he quitado de la puerta, porque si no, estabas tú ahora en el mismo sitio». Cuando llegó a la casa ya estaríamos dormidos, como es normal, porque yo tenía cinco años, otro tenía dos... Ya digo, la mayor tenía 14.

Por la mañana mi madre mandó a uno de mis hermanos: «Anda, ve a llevarle a papá el café». Que sabía mi madre que no, pero... se lo preparó en una cestita. «Dónde vas», lo paró un guarda. «A traerle el café a mi padre». «Dile a tu madre que tu padre

desayunó muy temprano». Cuando llegó, «mamá, me ha dicho el municipal que a papá le dieron café muy tempranito». «Claro, hijo. Muy temprano».

Mi hermano Agapo llamó a una prima: «Ven, que vamos a ir a un sitio». Subieron por la calleja y se encontraron con el montón de los cadáveres. Con los cuerpos, uno encima de otro. «¡Prima, prima, mira, este es mi padre, este es mi padre!», gritó. «¿Y por qué sabes tú que es tu padre?», le dijo ella. «Por las alpargatas y los calcetines, míralos. Es mi padre».

En el cementerio vieron al hombre que estaba abriendo la fosa. «¡Mamá, mamá, he visto a papá!», dijo al llegar a mi casa. Mi hermano se llamaba Agapito. Es el mismo que le llevó el café. Tenía once añitos. Mi prima se llamaba Manuela, era un poco más mayor. Con esa edad, claro, se acordaba de todo. Murió ya hace tiempo y el pobre siempre decía que se alegraba de no haberle visto la cara.

Ahora me dicen que han sacado una fosa con cinco. Y mi padre... eran cinco los que estaban. Estoy muy nerviosa. A ver si tuviera suerte. Ya digo, porque mi hermano los vio todos apilados. Ahora el ADN, la

ciencia, a ver qué dice. Además yo quiero enterrarme con mi madre y con mi padre, si lo encontrara.

Ah, y cuando mi padre ya se iba llegó a la esquina y se volvió. «¿Qué se te ha olvidado?», preguntó mi madre. Y dice «el *joío* niño este, que me ha quitado el mechero». Era el más chico, el Atanasio, con dos añitos, y estaba ahí dándole a la mecha... un mechero de yesca. «Que me lo ha quitado y me he tenido que volver».

Mi padre trabajó como preso esclavo en Marruecos

Manuel Muñoz Sánchez, nieto de Manuel Muñoz Navarro

Soy Manuel Muñoz Sánchez. Cuando fusilaron a 16 mujeres y cinco hombres, de las personas que trajeron de Zufre a Higuera hace más de 82 años, uno era mi abuelo, Manuel Muñoz Navarro. Lo matan en el 37. Era muy mayor. Quizá cerca de 70 años.

Era una persona conocida en el pueblo. A él y a mi padre, Gregorio Muñoz Rufo, les decían los Caleros. De Zufre salieron dos camiones el mismo día, con presos. Mi padre va en un camión y mi abuelo en otro. El de mi padre llega a Aracena y los meten en la cárcel. El otro no llegó. Ese se quedó aquí. A mi abuelo lo mataron ese mismo día.

Mi padre era del sindicato del campo de la UGT y según la documentación que yo tengo, de la sentencia, lo condenaron por leer la prensa en público. Estaba para casarse. De Aracena pasó a Huelva y de ahí lo trasladaron a Marruecos, donde estuvo tres años. Fue de los presos que construyeron la carretera del norte de África, la que va desde Ceuta hasta Tetuán. Se los llevaban para trabajar allí como esclavos.

Al conductor de uno de los camiones sí lo he conocido después. «Fulano llevaba el camión donde iba tu abuelo», me decían. Pero no llegué a hablar con



él de esto. Eran cosas que no se hablaban entonces. Y me enteré de por qué habían condenado a mi padre cuando moví unos papeles suyos por un dinero que el Gobierno iba a dar a quienes habían estado presos.

Él no quería hablar. Le preguntaba y nada. La única versión que tengo es por mi tía Manuela. He heredado la memoria de ella. Un día, en el pueblo, le escuché decirle a una persona: «Tú, fulano, mengano y el otro hicisteis el gazpacho». Se lo dijo delante de mí. Y además cogiéndole del cuello, zamarreándolo. Ni le contestó.

A mí me mataron también al otro abuelo, por parte de madre, en Zufre. Se llamaba Casiano Sánchez Navarro. Mi madre era María Josefa Sánchez Cortés. Y yo también he sido de la UGT y miembro del PSOE y concejal en mi pueblo, Dos Hermanas, en Sevilla, los cuatro años de la tercera legislatura, del 87 al 91.

Me enteré de los trabajos que estaban haciendo aquí por coincidencia. Viendo la televisión, estaba cambiando de canal y salió una noticia que ponía 'las 16 rosas de Zufre que asesinaron en Higuera'. Dije, «calla, aquí está el lío, aquí hay algo». Llamé al Ayuntamiento de Higuera y ya me informaron. Y por eso estoy aquí. Esto es cerrar heridas.



Benacazón

FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal

Número de víctimas: 1

Fecha de los asesinatos: 10 de agosto de 1936

Equipo técnico: Jesús Román, Juan Manuel Guijo,
Elena Vera, Antonio Ortega





El magnicidio del carpintero y alcalde socialista

José Ortiz Garrido, regidor del Ayuntamiento republicano de Benacazón (Sevilla), secuestrado y muerto a tiros en un paraje de Aznalcázar

La cabeza visible del Ayuntamiento republicano de Benacazón (Sevilla), secuestrado por las fuerzas rebeldes. José Ortiz Garrido, alcalde socialista, asesinado a tiros el 10 de agosto de 1936. Desde entonces sigue desaparecido.

En la localidad sevillana nunca hay guerra ni resistencia al golpe de Estado. Pero el regidor, y otros paisanos, caen ejecutados por los franquistas. La muerte a tiros de José Ortiz sucede en un paraje que pertenece al término municipal de Aznalcázar.

Ahí queda tirado hasta que alguien recupera el cadáver y lo traslada a su pueblo natal. La familia del alcalde nunca sabe quién es aquella persona que, dicen, arroja el cuerpo por la antigua tapia trasera del cementerio.

Los trabajos arqueológicos demuestran que en el lugar sondeado ya no hay fosa común y sí fragmentos inconexos de huesos. «Son 12 personas, tres adultos y nueve subadultos» que, estos últimos, nada tienen que ver con la represión golpista, con-

firma el antropólogo forense Juan Manuel Guijo Mauri.

«Los restos que queden de la persona buscada deberían estar entre los adultos. Éstos presentan evidencias muy parciales» de violencia, explica. Un cráneo con posible perforación por proyectil pone en la pista al equipo científico para cotejar el material recuperado con muestras de ADN de familiares de la víctima.

La mayor «prueba» es esa rotura «que se podría corresponder a un orificio de entrada» de proyectil. Los restos óseos han sido extraídos previamente del lugar, a petición de sus descendientes, en unas obras en el cementerio local en el año 2005. Tras el movimiento de tierras, custodian los huesos en un nicho.

La ciencia debe dictaminar si es posible poner nombre y apellidos a los huesos. Siempre «tendremos que dejar bien claro lo limitado de las evidencias» en este caso, subraya Guijo.



José Ortiz Garrido tiene 42 años y es carpintero de profesión. Está casado con Isabel Machuca de la Rosa. El matrimonio cuenta seis hijos. Sobre el alcalde, afiliado al PSOE, los golpistas aplican sendos expedientes de incautación de bienes y de responsabilidades políticas, según la información aportada por el historiador José María García Márquez.



Su búsqueda en el camposanto benacazonero suscita además un siguiente paso: realizar una nueva excavación en otro punto de la necrópolis. Diversos testimonios orales señalan que junto al pozo en la entrada del recinto existe un enterramiento con más de 20 personas que, apuntan, son de la localidad de Aznalcóllar.





*María Nieves Ortiz
Martín, nieta de José
Ortiz Garrido*

Que era un individuo peligroso, decían, y ya estaba en una fosa

Mi nombre es María Nieves Ortiz Martín. Soy hija de Manuel Ortiz Machuca, hijo de José Ortiz Garrido, que era el alcalde de Benacazón. Soy su nieta. Mi abuelo tenía 42 años cuando lo mataron. Su mujer se llamaba Isabel Machuca de la Rosa. Tenían seis hijos, el más pequeño con dos años.

Era carpintero. Su familia era toda de derechas y él tenía otras ideas. Estaba afiliado al PSOE y a UGT. También fue fundador de la Hermandad del Rocío del pueblo y hermano mayor en el 32, aunque tuviera su ideología de izquierdas. No sé si por su profesión haría algo en la carreta. Y era hermano de la Soledad, siempre fue muy *soleaero*.

Siendo alcalde fue a Madrid para solicitar un colegio. Eso está en las actas del Ayuntamiento. Porque las escuelas del pueblo estaban en muy malas condiciones y le dijeron que lo iban a conceder. Y venía también con algunos avances de la reforma agraria.

Mi abuela siempre decía: «Él lo que hacía era ayudar». Que sabiendo que la cosa estaba más revolucionada, paraba un poco a la juventud. Al final el único cargo que le echaron para matarlo fue que los jóvenes se trajeron una vaca para hacer un guiso. Pero él no la mató. Que era un individuo peligroso y se había ido con gente de su partido con armas, decían, y en ese momento ya estaba metido en una fosa. Esos papeles lo hacían para justificar.

Lo cogieron en la vega y venían a caballo y tirando de él, lo traían amarrado. Cuando llegaron a una era dijo: «Pues ya no ando más, si queréis matarme que sea aquí». Un par de muchachillos así de la edad de mi padre, unos 15 años, vieron la escena. Y allí lo mataron. Venían desde abajo del río por la carretera de Aznalcázar.

Una persona mayor me lo dijo, un día que fui a su casa: «¿Pero usted me conoce?», le pregunté: Y me

contestó: «Pues claro, no te voy a conocer, la niña del alcalde, que a tu abuelo lo mataron. Mira te voy a contar una cosa que no la he contado nunca. Yo tenía 14 años. Otro hombre, que era panadero, encontró el cuerpo de tu abuelo tirado. Cogí la manta del caballo y se la eché por encima».

A mi padre lo amenazan cuando cogen a mi abuelo. Porque él iba a llevarle la comida. O iría a verlo o cuando se lo traía por la noche en una carreta, metido en una caja entre la paja. Como la casa era grande, entraban por detrás, en un postigo que había en la carpintería. Así escondido, nadie lo veía.

Con el tiempo mi padre se entera que a mi abuelo lo trae una persona al cementerio de Benacazón. Pero eso se quedó ahí, parado. Supimos luego que lo echan por la tapia y lo entierran ahí abajo, en un

callejoncito detrás de los panteones. Un día con mi hija buscamos en Internet datos de la fosa.

Y a través de García Márquez supimos todos los datos. Como la documentación que está en el Archivo Histórico de Sevilla. Mi hija mayor pidió el expediente de incautación de bienes y de responsabilidades políticas y tenemos una copia. Ahí pone que le quitaron una finca, un carro, mulos, caballos, una cerca con cinco cochinos... todos los animales que tenía, y el trigo, el arado, todos los enseres del campo y no sé cuántas arrobas de paja.

Los vecinos me contaban también lo que pasó. Quién lo mató. Que a mi abuela le quitaron todas las cosas. Que venían una vez y otra a pedirle dinero del Ayuntamiento que decían que mi abuelo tenía. Y sabían que no. Solo querían meter miedo.

Mi padre ya contó las cosas de más viejo. Cuando salía Franco en la tele lo ponía como los trapos. «Vamos, si a mí nunca me ha dado miedo de nada, no me dio miedo ni cuando me pusieron una pistola porque me iban a matar para que dijera dónde estaba mi padre», decía. Mi abuela sí contaba estos recuerdos. Nos enseñaba las canciones que cantaban... eran historias de mesa de camilla. Ocultas.

Sabemos quiénes eran los verdugos, ¿y qué culpa tienen los familiares?

Isabel García Ortiz, nieta de José Ortiz Garrido

Me llamo Isabel García Ortiz, soy nieta de José Ortiz Garrido, hija de su hija María. Mi madre tenía cuatro años cuando mataron a su padre. Si se consigue certificar ahora que sus restos están ahí... Su familia lleva toda la vida luchando por eso.

Mi abuelo era de dinero. Tenía fincas, una carpintería grandísima, su mujer era una señora y modista de joven. Después trabajaba de costurera, cuando le hizo falta. Sabía bordar y se quedó sola con un montón de hijos.

En mi casa se habló muy poco porque mi madre murió y yo tenía un año y algo y mi hermana tres años. Antes daría hasta vergüenza que a tu padre lo hubieran fusilado, eras hijo de un rojo. Mi padre nunca nos contó nada, siempre decía: «Si viviera tu madre... si queréis enteraros de algo ir a casa del tito Manolo que él es su hijo y lo puede contar».

Y claro que en el pueblo sabemos quiénes eran los verdugos. Por eso a veces hay tanta tirantez todavía. Nosotros no les tenemos nada, han pasado muchos años. ¿Y qué culpa tienen los familiares? La verdad, esto debería seguir hablán-



dose. Que estamos aquí en España que no sabemos ni una papa, porque yo no sabía nada y ahora estoy leyendo y aprendiendo de todo esto.

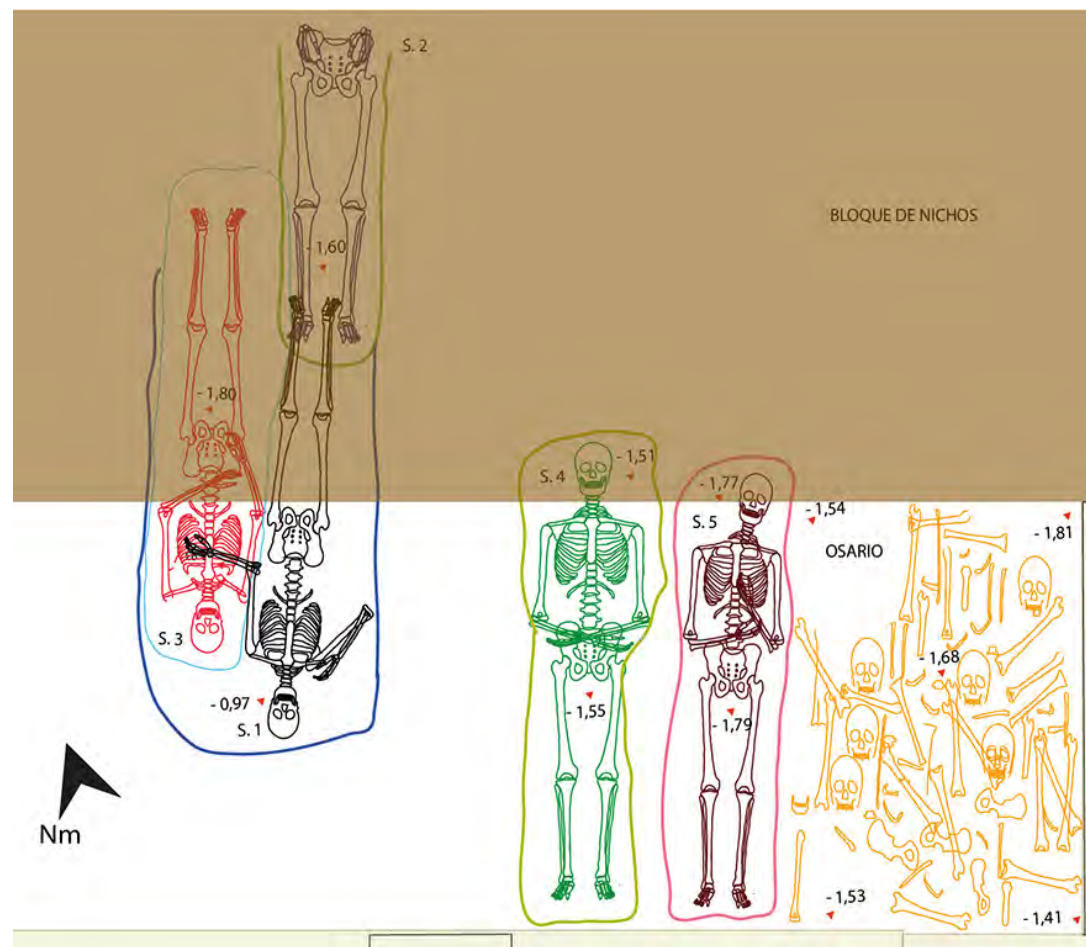
El otro día me quemó la sangre y le iba a contestar a una chica, que puede tener unos 35 años, cuando dijo que el acto de Memoria Histórica que se hace en el cementerio los 10 de agosto es «penoso y vergonzoso». Me sentí dolida. No quise entrar en su juego pero hay que decirle: ¿Y si fuera tu padre, tu abuelo, tu madre y sus hijos quienes lo han vivido?

O este año en el instituto de mi hija, cuando hablaron de Memoria. Dice que empezó todo por la extrema derecha. «Mamá, es que da pena», me dijo. Gente tan joven, y cómo había niños contando la guerra... «Mamá, como si la hubieran vivido y a su apañón total».

Una pena lo que les están metiendo en la cabeza. Horrores, derecha pura. Hasta el maestro le dijo: «¿Tú eres de izquierda, verdad?», y ella le contestó, «yo soy de lo que es mi madre, de lo que se vive en mi casa». Porque en casa tenemos que alimentar a nuestros hijos de lo que hemos vivido y han vivido nuestros padres, pero también fuera hay que contar bien la historia.



Salteras



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal de San Carlos

Número de víctimas: 5

Fecha de los asesinatos: desde el 24 de agosto de 1936

Equipo técnico: Jesús Román, Juan Manuel Guijo, Elena Vera, Antonio Ortega, Juan Carlos Pecero, Lucía Sócam



Los crímenes de Casa Buena

Salteras (Sevilla) busca a siete vecinos de Olivares que pierden la vida a manos de los golpistas en un cortijo del Aljarafe hispalense

«Ya nadie puede decir que no fueron asesinados», dice Bernardo, mirando los huesos que asoman de la tierra. Ojalá alguno sea su padre, piensa. Porque un puñado de familias de Olivares (Sevilla) busca en el cementerio de Salteras a siete personas que pierden la vida a manos de los franquistas en el cortijo Casa Buena.

A pie de fosa brotan frases que desgarran. «Déjame con mis heridas y sigue tú con tu victoria», en palabras de Julián el Comunista. Él tiene en el recuerdo a su padre. Y hoy el testigo de la memoria lo atesora su hijo, que porta el mismo nombre y una decisión calcada: «Esto son derechos humanos, y crímenes contra la humanidad, y los familiares tenemos derecho a darles un entierro digno».

Los golpistas detienen y matan a balazos a los siete de Olivares entre el 24 y el 25 de agosto de 1936. Los nombres son Brígido Blanco Pallarés, padre de Bernardo, y Manuel González Mariscal, de Julián. Y José Román Delgado, Juan Pallarés García y Fernando Cotán Salado. O el entonces alcalde, Victoriano Rodríguez Delgado, y el secretario del centro socialista, Anastasio Cortés.





«Eran personas destacadas, con una simbología política bastante importante, y en pleno agosto del 36, una vez tomadas estas localidades, los quitan de en medio», resume de forma gráfica el arqueólogo Jesús Román, director de los trabajos en el saltereño camposanto de San Carlos.

El suceso queda contado en el libro *Salteras 1936*. Una historia silenciada, del historiador José María García Márquez. La fosa está excavada en origen a las afueras del cementerio. Justo junto a la tapia trasera que delimita en la época la necrópolis.

Hoy la tumba ilegal está dentro, tras las obras de ampliación realizadas en los años 70. Ahí aparecen restos óseos humanos con evidencias de muerte violenta. Ahí donde los utensilios arañan la tierra para ir desenterrando la historia de un país desmemoriado.



Los siete de Olivares forman parte del extenso listado que la represión franquista deja en Sevilla: más de 13.000 muertos, 4.500 de ellos sepultados en el cementerio de la capital de Andalucía. Todo, en una provincia sin guerra. Y en una región con un tercio de las víctimas de toda España y que, por sí sola, supera al terrorismo de Estado que suman, juntas, las dictaduras de Argentina y Chile.



Bernardo Blanco Díaz, hijo de Brígido Blanco Pallarés

Ya nadie puede decir que no fueron asesinados

Me llamo Bernardo Blanco Díaz. Mi padre se llamaba Brígido Blanco Pallarés. Él se dedicaba al campo. Era sindicalista. Tenía 31 o 32 años. Yo tengo 83 cuando lo estamos buscando en el cementerio de Salteras. Aquí estoy a pie de fosa.

A mi padre no lo he conocido siquiera. Yo tenía 14 meses cuando lo mataron. Y el miedo que había en la época impedía hablar del tema. Por eso en mi casa no me han contado nunca nada. Yo no sé de la historia esa. De mi padre no me decía nadie nada.

Mi madre se llamaba Francisca Díaz González y ella no hablaba. Murió cuando yo era muy joven todavía y me contó muy pocas cosas. Era una época complicada también para hablar de eso. Los hombres mayores, los que son de un lado y de otro, siempre cuentan algo. Lo iba escuchando en el pueblo, se sabía todo lo que pasó.

Los que los mataron son de Olivares. Casi seguro. Y los que los mandaron a matar, puede ser también. Había gente que decía que era mentira. Esto es verdad. Ya nadie puede decir que no fueron ase-

sinados. Ahí están los huesos. ¿Qué siento? No sé ni lo que vamos a hacer. Decían que si no se encontraban los restos se haría un monolito con los nombres de todos los que estaban aquí.

Yo ya con la edad que tengo qué voy a buscar venganza ni nada. Incluso de las familias de los gatilleros hay personas que son amigos míos y parecen buenas personas. Por lo menos lo parecen, ya por dentro uno no sabe lo que hay. Y además no tienen nada que ver con los delitos que haya hecho su padre o su abuelo.

Cuando me encontraba con un gatillero... uf. Un odio, querérmelo comer, hablando así. Pero no podía piar. Ni es el espíritu que nos han inculcado en casa. Y allí hay mucha gente de derechas y no se podía hablar nada. Tengo ilusión porque me digan «aquí está». ¿Con los restos qué haría? Hablaré con mis hijas y mis nietas para ver qué hacemos, si llevarlos al pueblo, a Olivares, y enterrarlos con mi madre, que hace ya 40 años que murió.

'Déjame con mis heridas y sigue con tu victoria'

Julián González Sánchez, nieto de Manuel González Mariscal

Soy Julián González Sánchez, nieto de Manuel González Mariscal. Tenía entre 23 y 27 años. Su mujer se llamaba Pepa Suárez Fernández. Vivían en Olivares. De este matrimonio solo tuvo a mi padre, se llamaba Julián González Suárez, le decían el Comunista... perdona, me emociono cuando lo recuerdo.

Mi abuela tuvo que rehacer su vida, se volvió a casar y tuvo otros seis hijos. Pero mi abuela nunca nos ocultó la historia. Siempre nos dijo que lo habían asesinado. Que trabajaba en el campo y que estaba en un sindicato de trabajadores. Y fueron a buscarlo donde estaba y ya está.

Mi abuela mantuvo la memoria y mi padre siguió. Él dedicó gran parte de su vida a esto. En un primer momento empezó a indagar, habló con vecinos, entre ellos uno que tenemos, que le dicen Gallo, que era un niño entonces y fue testigo visual de lo que pasó. Este hombre vive todavía y vio desde el campo todo el trasego del camión. Era un niño de Olivares.

Recuerdo una foto que guardaba mi abuela Pepa, de estas típicas, sentado en una silla. Mi abuela desde chico me decía: «Ven que te voy a contar lo de tu abuelo».



Y yo, «abuela qué pesada, me lo has contado ya cien veces». Y me decía: «Y las veces que haga falta, para que no se te olvide».

Ella me contaba con pelos y señales. Y después mi padre. Pero en casa no ha habido espíritu de revancha. Cuando se decía: «Pues fulano fue el que dio el chivatazo, pues mengano fue el que le pegó el tiro...», mi padre siempre le quitaba importancia: «Anda ya, y suponiendo que sea así, cualquiera sabe cómo le obligaron y lo que tendría que pasar ese hombre también».

Lejos de tener espíritu de venganza lo que hacía era disculparlos y meterse en el papel del momento que estaban viviendo esos hombres también. Con los familiares nunca vamos a tener ningún problema. A veces le decían: «Julián, hay que perdonar». Y él respondía: «Sí, yo estoy dispuesto a perdonar, pero a ver cuándo viene un hijo de la gran puta aquí a pedirme perdón. Que seguramente le voy a perdonar, pero por qué no viene, dónde están los que van a pedirme perdón a mí».

En el pueblo que los estemos buscando no ha removido mucho. Cuando el dictador dijo lo de «españoles, todo está atado y bien atado», eso resuena todavía

en el subconsciente de todo el mundo. La gente mientras que pueda hablar de fútbol o del tiempo, esto no... O sea, se dan por enterados, te compadecen, esto y lo otro, pero como si les hubiera caído un rayo en medio del campo y los hubiera matado, como «pobrecito qué mala suerte ha tenido».

No buscan el trasfondo de la historia. Que estos son derechos humanos, los familiares tenemos derecho a darles un entierro digno y esto son crímenes contra la humanidad. Eso no lo entiende la gente.

Y hasta el día de hoy somos los familiares los que seguimos tirando del carro de la memoria. Como aquí, a pie de fosa, con los restos descubiertos, con los sentimientos a flor de piel. Acordándome de mi padre y de mi abuela. Cuando hablan de reabrir viejas heridas, como decía mi padre: «Déjame a mí que yo abra las heridas que tengo, que las heridas son mías y si a alguien le duele no le va a doler más que a mí, seguro. Déjame a mí con mis heridas y sigue tú con tu victoria».



*José Rubiano Román,
nieto de José Román
Delgado*

Que no estén tirados en la tierra

Me llamo José Rubiano Román. Soy nieto de José Román Delgado, que lo mataron. Mi abuela se llamaba Ramona Díaz Román. La edad no la sé, pero calculo que mi abuelo andaba entre 25 o 30 años. Tenían cuatro hijos. Yo soy hijo de Ramona Román Díaz.

En casa se hablaba de mi abuelo, se le recordaba. Muchas veces. Se mantuvo viva su memoria. Tenía su foto. Y como decía Bernardo, ya nadie puede decir que era mentira. Fueron matados. Lo hemos visto en la fosa de Salteras, donde buscamos a siete personas de Olivares.

A mi abuelo nunca lo conocí pero por lo que me habla la gente era una persona muy buena. Y los que se metieron con ellos unos criminales. Eso está más claro que el agua, por mucho que se diga que no. El que podía es el que podía y el que no tenía pistola o lo que fuera no podía matar. Mataba el que la tenía.

Hay muchas versiones pero dicen que estaban en un arroyo escondidos y venían todos los días a por la comida. Y un día le tocó a uno, que no quiero nombrar el santo porque de eso no tengo seguridad ninguna, y lo cogieron. Entonces le dijeron que si hablaba a él no le iba a pasar nada. Y por lo visto habló.

A partir de ahí los cogieron a los siete. Dicen que se los llevaron a Sevilla y estuvieron 5 o 6 meses en un barco. Ya allí no sé lo que les harían. Del sitio donde estaban enterrados tampoco teníamos nunca seguridad, hasta que alguien ya ha levantado la liebre y se han puesto a buscar y parece que es correcto.

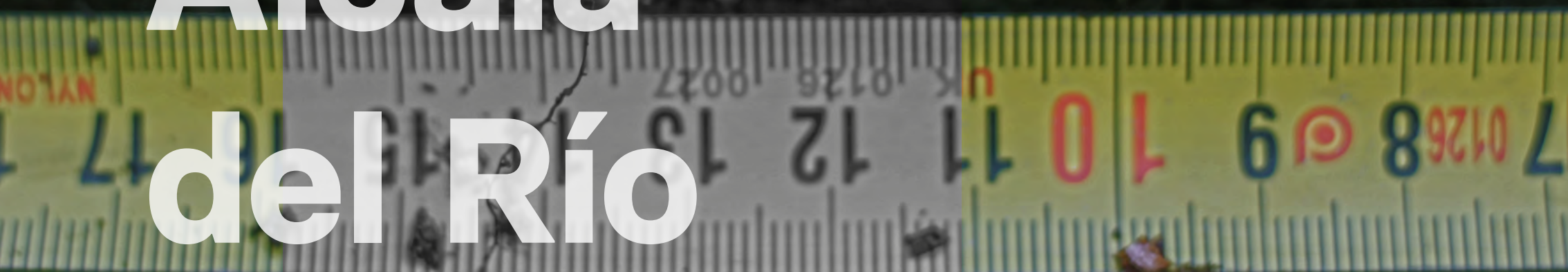
Pero ninguno había hecho nada. La pega que tenían es que eran de izquierdas, otra no tenían. Ahí contaban en Olivares que cuando los iban a matar les daban largas y les decían que corrieran, para dispararles. Había uno en el pueblo que era manco y decían que era de eso, que en los tiempos de la guerra se escapó y que lo del brazo era de un tiro.

Antes esto no se podía ni contar porque todo el mundo tenía miedo. Y claro que sirve para cerrar heridas. Por lo menos saber dónde están los restos. El remedio parece que está, aunque sea tarde, pero es que no lo han permitido antes. Esto es salud democrática.

Encontrarlo era su deseo, el de mi madre y el de mi abuela, claro que sí. Que estén en un sitio adecuado, no ahí, tirados en la tierra. Mi madre está para morir ya, tiene 90 años, y la cabeza casi perdida. Le preguntaré a ver si pueden encontrar la foto de mi abuelo porque yo ya la quiero tener en mi casa.



Alcalá del Río





FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio de Alcalá del Río

Número de víctimas: 14

Fecha de los asesinatos: 22 de agosto de 1936 y otras fechas

Equipo técnico: Jesús Román, Juan Manuel Guijo, Elena Vera, Elisabet Conlin, Juan Carlos Pecero, Lucía Sócam, Antonio Ortega



Terror en la Vega Media

Pueblos como Villaverde del Río, Cantillana, La Rinconada, Alcalá del Río y Castilblanco de los Arroyos suman 27 muertos a tiros por los rebeldes

Un grupo de socialistas se opone al intento de quema de la iglesia de Villaverde del Río (Sevilla). Pero sirve de poco. Al menos para 16 vecinos del pueblo a quienes los rebeldes asesinan el 22 de agosto de 1936. Ahí marca el calendario un rastro de sangre que mancha con la muerte a pueblos como Cantillana, La Rinconada, Castilblanco de los Arroyos, Villaverde y Alcalá del Río.

El terror en la Vega Media del Guadalquivir. El trabajo arqueológico en el cementerio alcalaense localiza cinco fosas comunes con un total de 14 víctimas del franquismo. Todavía hay tiros visibles en las tapias del camposanto. La comarca suma 27 muertos, calculan las crónicas.

Por una pequeña portezuela lateral los fascistas enfilan el espanto. Con los cuerpos inertes a rastras. Para sepultar entre terruños descarnados a un puñado de criaturas. En pueblos sin guerra, golpistas levantados en armas contra la democracia aplican con saña la didáctica de la barbarie.

El testimonio del antiguo sepulturero marca justo la zona donde aparecen los cuerpos. Cinco tumbas ile-





gales con una docena de esqueletos. Junto a uno de ellos aparece un curioso utillaje. Una suerte de bolsita, raída por el tiempo, aloja en su imaginado interior una cuchara, una navaja, un mechero, un penique inglés, del rey Jorge V, y un casquillo de un rifle Mauser.

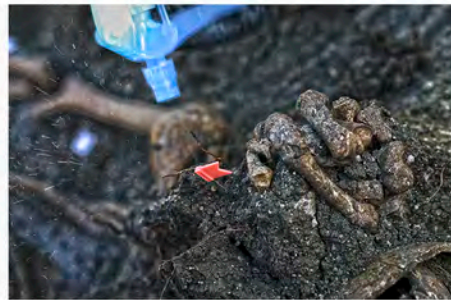
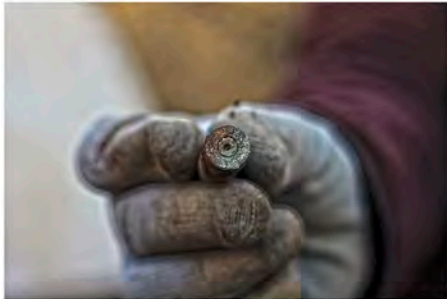
El inusual hallazgo está salpicado por evidencias de muerte violenta. Huesos largos astillados por algún tiro. O una mandíbula fragmentada. Y vestigios de una bala en una pierna. Los restos óseos emergen transportando la vida entre zapatos, hebillas y botones.

Todos los asesinados en la comarca son hombres. Salvo una mujer, Carmen Lafuente Tirado, maestra en Cantillana asesinada el 16 de septiembre del año en que los golpistas ahogan a España entre los demonios de la guerra. Y un sujeto femenino emerge en las fosas del cementerio de Alcalá del Río. ¿Será ella?



La petición de los familiares de las víctimas en Villaverde del Río ofrece este fruto. Cuentan con el apoyo de los ayuntamientos villaverdero y alcalareño. Y el sustento histórico de las investigaciones de José María García Márquez y Ramón Barragán, sumado al empeño de la Asociación Comarcal Pro Memoria Democrática Vega Media del Guadalquivir.

Entre las brumas del olvido esperan nombres como los hermanos Baldomero y Manuel González Parrilla, vecinos de Villaverde como Antonio Campos, José Moya, Antonio Rangel, José Uceda, Sebastián Delgado... Y José Velasco de Alcalá y, de Cantillana, Antonio Ferrera, Manuel Ramos, Simplicio Lafuente... O un tal Pérez. Y el Buitre de La Rinconada.





Juan José González Aguilar, hijo de Manuel González Parrilla

En mi casa lo único que he visto han sido llantos

Me llamo Juan José González Aguilar. Tengo 86 años. Nací en el 33, en diciembre, el día 19. Estoy aquí por mi padre, Manuel González Parrilla. Mi madre se llamaba Consuelo Aguilar Fernández y de mis hermanos la mayor era Pastora, después Currita, Manuel, Consuelo y Aguasantas. Y el más chico soy yo.

A mi padre lo mataron en el 36, tendría unos 40 y pico años. Yo no llegaba a tres añitos. El recuerdo que tengo de él es que me llevaba en hombros, con un pie a cada lado, y yo agarrado a sus pelos. Y que me cogía así por lo alto... me acuerdo que en la casa donde vivíamos había piedras de esas chiquititas con dibujos.

Son los únicos recuerdos que tengo. Mi madre no quería hablar del miedo que tenía. Yo preguntaba y quería saber, pero se liaban a llorar todos. Y me callaba. En mi casa lo único que he visto han sido llantos. Así que hablar, nada. Llorar y flojito.

Había una plebe que andaba por la noche a la puerta de los que habían fusilado a ver lo que escuchaban. Mataban al que trincaran. Hemos estado callados por el miedo. Yo me he enterado por fuera, los amigos me han contado cosas pero en confianza y de tapadillo.

Es el único recuerdo que tengo. De ver a mi madre y todas mis hermanas llorando... No puedo contener las lágrimas. Otra cosa no puedo contar. Lo que he visto. Por eso la gente joven debe conocer lo que pasó. Que ya podemos hablar, en mi época no podíamos.

Lo que sí me contaba mi madre es que unos soldados iban a robarnos las cabras que habían quedado. Una hermana mía, la mayor, me tenía a mí en brazos, y estábamos todos alrededor de mi madre, llorando. «¿Y usted por qué llora?», le dijo el que venía al cargo. «¿Qué por qué lloro? Después de que me habéis matado a mi marido ahora venís a llevarse lo que tenemos para comer», le soltó.

Este coronel, o no sé lo que era, contestó: «Venimos para los huidos que han dejado sus cosas». Y mi madre le dijo: «No nos hemos ido a ningún lado, los han matado a todos sin nada, sin hacer daño ninguno».

Mi padre era cabrero. Tenía una piara de cabras y vendía en Sevilla la leche y los chivos que nacían. Sus amigos me contaban que mi padre era muy capaz, muy bueno con todos ellos. Solo me decían cosas buenas. Y que lo mataron por el solo hecho de ser socialista. No hicieron nada en el pueblo.

En Villaverde dicen que vinieron a quemar la iglesia y uno que iba en bicicleta se adelantó y avisó al alcalde, Baldomero, hermano de mi padre. Cuando querían meterle fuego salió con los compañeros que reunió. «¿Dónde vais?», les decía. «¡A quemar esto!», gritaron. Y mi tío dijo: «No, tendréis que empezar por nosotros». «¡No, hombre, venimos a eso!», seguían. «Pues aquí no se quema nada, a nosotros no nos ha hecho daño nadie y a ellos tampoco se le va a hacer».

Total, defendieron aquello y no quemaron la iglesia. Y no mataron a nadie. En mi pueblo no murió nadie de derechas. Después fueron 24 los que mataron los franquistas. De mi familia murieron dos hermanos, un primo hermano, un cuñado... A uno, Francisco, el cabo Serrano lo reconoció en Castilblanco. Está enterrado en el Regajo Hondo. Al otro que mataron estaba malo en Sevilla, en el hospital. Lo quitaron de en medio y no sabemos dónde estará, como si hubiera desaparecido. Se llamaba Juan José.

A la gente que no lo entiende esto le diría que si tuviera su padre a ver lo que hacían. Porque yo tengo 86 ya larguitos y no me levanto un día que no me acuerde. Con eso lo digo todo.



‘Por cada gota de sangre que derramemos, miles de semillas socialistas florecerán’

Pastora Aldana González, nieta de Baldomero González Parrilla

Soy Pastora Aldana González y estoy aquí por mi abuelo, Baldomero González Parrilla. También por su hermano, cuñado, otros familiares y otros compañeros a los que fusilaron el 22 de agosto de 1936. Baldomero es el padre de mi madre, Pastora González Rodríguez.

Mi abuelo era el alcalde socialista de Villaverde. Ya en el año 36, en las elecciones, la lista que encabezaba mi abuelo... perdona, me entran ganas de llorar. Y las ganó, por mayoría absoluta. Pero bueno, duró poco. Duró poco.

Los asesinatos de las trece víctimas que buscamos en el cementerio de Alcalá del Río fueron el 22 de agosto de 1936. En el pueblo, aparte, mataron a otras personas en fechas diferentes. Pero en Villaverde no hubo guerra, nada. No hubo ninguna víctima de derechas.

Incluso está el caso del intento de quemar la iglesia. Mi abuelo reunió a otros compañeros socialistas y se opusieron, razonando. Porque esas eran las ideas que defendían, paz, justicia y libertad. Y no pasó nada. Sin embargo la estrategia del terror la continúan los golpistas durante años. Fue un régimen de terror.



A las mujeres las señalaban las propias vecinas. A casa de mi abuela, Carmen Rodríguez Gómez, también iban. Les decían que no podían llorar ni manifestar el dolor que tenían. Las mismas mujeres amenazaban con que las raparían, las pasearían por el pueblo, les darían aceite de ricino... No puedo controlar el llanto. No podían ni expresar sus sentimientos. Eso se les metía en el cuerpo. Murieron con ese miedo.

Y lo que querían era defender unos ideales, unos derechos, una libertad, una igualdad. La mayoría eran socialistas pero también había comunistas y anarquistas o republicanas de izquierdas. Pero de las personas aquí en las fosas solo hay una mujer, una maestra de Cantillana, Carmen Lafuente.

A los trece de Villaverde que mataron el mismo día los tuvieron encerrados desde el 26 de julio en una especie de cárcel en el Ayuntamiento. Un día los subieron en una camioneta, los llevaron a Alcalá del Río y los fusilaron en las tapias del cementerio. Lo sabemos por testigos directos.

Mi padre, Rufino Aldana Campos, también estaba detenido. Pero parece que mi abuela, Rosenda Campos, medió por su hijo. Lo sacaron el mismo día de las ejecuciones. A él y a otro hombre, y los reemplazaron por otros dos. El número estaba ya asignado, tenían que ser trece.

Nuestros padres durante la dictadura no nos pudieron contar nada. A mí el día siguiente que murió Franco un primo hermano de mi madre me dijo: «Ven». Y me lo contó todo. Ahí entendí muchísimas cosas que había visto en mi casa pero no sabía descifrar.

Como un cordón que iba de una radio Philips, grande, hasta la azotea. Era para escuchar por la noche La Pirenaica y otras emisoras. Y un representante que venía a la panadería de mi padre y era un enlace. O una foto de mi abuelo, que siempre llevo en mi cartera, en la que va por una calle de Villaverde junto a Jacinto Hervás Domínguez, que desapareció. Acabó en un campo de concentración, venía en la lista de Mauthausen. Murió ahí.

Ah, una cosa, cuando sacaron a mi abuelo del Ayuntamiento, aquella noche, dicen que ya subido al camión dijo una frase: «Por cada gota de sangre que nosotros derramemos, miles de semillas socialistas florecerán». Me lo contaba mi madre. Le dieron un culatazo en el pie y en el pecho. En la fosa hemos visto en un pie, que tú lo has visto también, que tiene los dedos machacados, rotos. Ojalá pueda ser una pista más.

Cuando han ido apareciendo los cuerpos en las fosas... Si no son los nuestros, da igual, los recibimos

con la misma alegría que si fueran nuestros familiares. Los arqueólogos me dijeron si quería ser yo quien sacara el primer hueso de la tierra y les dije que sí. Y mi impulso ha sido darle un beso. Como si fuera mi abuelo, que no tuve la oportunidad de conocerlo y dárselo nunca.

Que yo no soy llorona, pero esto te deja los sentimientos muy a flor de piel. Quizá me esté saliendo todo. Esto es lo que hemos heredado, sus ideales. Mientras viva no lo voy a olvidar. Mientras mi voz me lo permita hablaré por mis muertos y por todos los demás. Seguiremos luchando. Nuestras voces no se quebrarán pidiendo verdad y reparación.





Baldomero González Fernández, nieto de Baldomero González Parrilla

Al final vamos a poder llevarlos a su casa

Mi nombre es Baldomero González Fernández y soy nieto de Baldomero González Parrilla, que era alcalde de Villaverde del Río. Era padre de mi padre, Baldomero González Rodríguez. Cuando lo mataron calculo que mi padre tendría ocho años.

Me contaron muy pocas cosas. En casa nunca se hablaba de este tema, jamás. Me voy enterando por vecinos, en la calle. Gente tanto de un lado como de otro, porque también había gente que pensaba distinto y no estaba de acuerdo con lo que se hizo. Porque en Villaverde no hubo nunca conflicto, no hubo guerra, no hubo nada. Entonces todavía se entiende menos el motivo.

De chico sí recuerdo que mi padre, como era carpintero e iba a Sevilla mucho, un día me trajo una cunita hecha de palitos, como un cacharrito de feria, y con los asientos de chapa. Era una noria chiquitita. Toda muy pintadita y muy bien hecha. Y me dijo: «Mira, niño, esto me lo han regalado para ti. La ves, ¿no? Venga, dale a la manivela».

Cuando estuve un ratito jugando dijo: «Trae la cunita». La puso encima del ropero. «Ya no la cojas más». Y hasta ahí llegó la historia. Hasta que ya de más grande le recordé el caso a mi madre, Dolores Fernández González, y ella me contó que la había hecho un preso de la cárcel, en agradecimiento. Eso no se me olvida.

Ahora estoy aquí, a pie de fosa, por un tema sentimental. No de odio, eso lo tengo muy claro. Como ocurrió con el monumento que hicimos en el cementerio en un momento muy complicado, a finales de los 70. Antes de un golpe de Estado. Solo quiero estar aquí con alegría porque al final vamos a poder llevarlos a su casa.

Mi madre se puso como una fiera: '¿Tú te vas a apuntar a Falange?'

Baldomero Martínez González, nieto de Baldomero González Parrilla

Me llamo Baldomero Martínez González. Mi familiar era Baldomero González Parrilla, mi abuelo. Nosotros tenemos una ilusión muy grande. Cada vez que aparece un cuerpo nuevo tenemos la idea que puedan ser los nuestros. Queremos tener a nuestros familiares enterrados dignamente.

Y venir aquí a buscarlos no es rencor hacia nadie. Lo que no entiendo es por qué no se ha hecho antes. Sí me gustaría que esto se estudiara en la asignatura de Historia de España. Que la gente sepa qué ocurrió. Los familiares no queremos que se quede en el olvido.

Porque yo no me enteré de nada hasta que tenía 20 años. Tenía tierras y llevé a una cuadrilla de trabajadores al campo y uno de ellos fue el que me lo

contó todo. Y antes ya me tiraba la política y en una reunión hablaron del Partido Socialista y pensé, me gusta. Luego me enteré que yo descendía de socialistas.

Ya había visto cosas raras. Un día estaba con un amigo en la plaza, se acercaron dos de Villaverde y nos dijeron si nos queríamos apuntar a Falange. «Bueno y eso para qué es», preguntamos. «Eso que os damos una camisa azul, una gorra, una mochila, unas botas», decían.

«Yo se lo voy a decir a mi madre a ver lo que me dice», le solté a mi compañero. Claro, cosas de chavales, tendríamos unos 15 años. Mi madre se puso como una fiera. «¿Tú te vas a apuntar a la Falange?», me chilló. Estaba enfurecida. Yo no lo en-



tendía. Mi madre, Carmen González Rodríguez, era hija de Baldomero.

También recuerdo que en el 63 hubo una riada en Villaverde y no sé si ese año o el siguiente vino Franco. Dio un dinero para unas tapias que se habían derribado. Todo el mundo fuimos a verlo. Yo entre ellos, y gritaban: «Franco, Franco».

Cuando volví a casa mi padre, que sí era de derechas, le dice a mi madre: «Carmen, ¿vamos a ir a ver a Franco?», y ella, «a Franco voy a ir yo a ver». Del coraje que le dio cogió un abrigo que tenía y lo revoleó en el suelo. Esas cosas me chocaban, decía aquí tiene que pasar algo raro. Pero entonces nunca me dio por preguntar qué pasaba.



Berrocal



FICHA TÉCNICA

Localización: paraje natural en Berrocal

Número de víctimas: 0 (sin localizar)

Fecha de los asesinatos:

Equipo técnico: Elena Vera, Juan Manuel Guijo,
Jesús Román, Antonio Ortega



El Cojillo cae en la Vega de los Valientes

Juan Antonio no tiene familiares que lo reclamen ni apellidos conocidos, pero la Memoria sí reclama al «más anónimo mártir de la libertad»

No hay familia que lo reclame. Ni tiene apellidos conocidos. Pero al Cojillo lo busca la Memoria. Juan Antonio, conocido por ese alias, cae a manos de los fascistas en octubre de 1936 en Berrocal (Huelva). El crimen ocurre en la Vega de los Valientes. Y su cuerpo queda tirado en una fosa individual en mitad de la sierra.

El inicio de los trabajos arqueológicos descarta una posible primera ubicación de la tumba ilegal. Una gran piedra colocada a la orilla del cauce de un arroyo marca el lugar, según la tradición oral. La excavación, en cambio, resulta negativa. Pero continúa la búsqueda del considerado por asociaciones memorialistas como «el más anónimo mártir de la libertad».

Los colectivos de Derechos Humanos y el equipo científico encargado de localizar la tumba ilegal esperan nuevas pistas para continuar los trabajos. Bien sean aportes documentales, si existen, o testimonios clave como el de Manuel Márquez, hijo de una de las personas obligadas a abrir la fosa del Cojillo.

«Se comenzaba a hacer justicia con este hombre cuando un equipo de técnicos ha iniciado los trabajos para la búsqueda y posterior exhumación del cuerpo de Juan Antonio el Cojillo», señala el Foro del Casullo, una de las entidades impulsoras de la intervención junto a la Asociación Coordinadora Cuenca Minera del Río Tinto por la Memoria Histórica.

Horadar la tierra en la ribera de Berrocal como parte de la reparación. Y de la verdad debida. Juan Antonio el Cojillo es natural de Manzanilla (Huelva). Hortelano, pastor y carbonero. Al inicio del golpe huye al monte, como tantos que pertenecen a partidos o sindicatos y saben el aciago destino que pinta el percal.

El Cojillo toma refugio en Las Cumbrecillas. Espera acontecimientos. La evolución de la asonada. Baja a la ribera para subsistir. Un día topa con un vecino que acaba delatando su posición. El chivatazo muta en asechanza. La sierra berrocaleña como ratonera para un tipo medio muerto de hambre y frío.



«Le quisieron apresar, a pesar de no encontrar en él delito alguno», explica el Foro. Juan Antonio se entrega «sin resistencia y voluntariamente». Que avance hacia el cauce de agua, ordenan los golpistas. «Recibió un disparo por la espalda y luego un tiro de gracia».

«Allí mismo le dieron sepultura tres hombres enviados desde Berrocal a tal efecto, en la llamada Vega de los Valientes, y sobre ella colocaron una piedra grande y alargada», recuerda el testimonio custo-



diado durante décadas. El Cojillo sigue en una fosa simple excavada en un terreno escarpado y pedregoso. Solo queda el rastro en la memoria de unos huesos perdidos en el monte del «más anónimo mártir de la libertad».

Mi padre enterró al Cojillo

Manuel Márquez Calero

Soy Manuel Márquez Calero. Mi padre se llamaba Matías, fue uno de los que enterró al Cojillo. Él era de aquí del pueblo, de Berrocal, y en su día fue comisionado por el alcalde con dos hombres más para que vinieran a este lugar donde nos encontramos a darle sepultura a un hombre que no sabía quién era. Era en el mes de octubre del 36.

Cuando llegaron aquí se subieron en una loma y empezaron a decir entre ellos que era un problema. «Porque si nosotros vamos para abajo los que estén con él se van a creer que somos los que lo hemos matado y se van a liar a tiros con nosotros». Dijo mi padre: «Pues quedarse ustedes aquí que yo voy a bajar ahora mismo a la ribera».

Cuando vio el cadáver que estaba tendido boca abajo no lo reconoció de primeras. Las avispas habían acudido al lugar del crimen y se estaban comiendo las partes blandas. Acabó cogiéndolo de un brazo, lo volteó y le vio la cara. «Bajar que es el Cojillo», gritó a los demás.

Lo conoció. Había trabajado en el pueblo, como hortelano, había venido con un burro que tenía vendiendo cargas de uvas y demás. Ya al decirles quién era acudieron y buscaron un sitio arenoso donde podían cavar. Traían dos picos y



dos palas. Entre los tres hicieron la sepultura. Me lo ha contado mi padre muchas veces. Además que yo he puesto mucho interés. La memoria tiene que estar conectada a la voluntad.

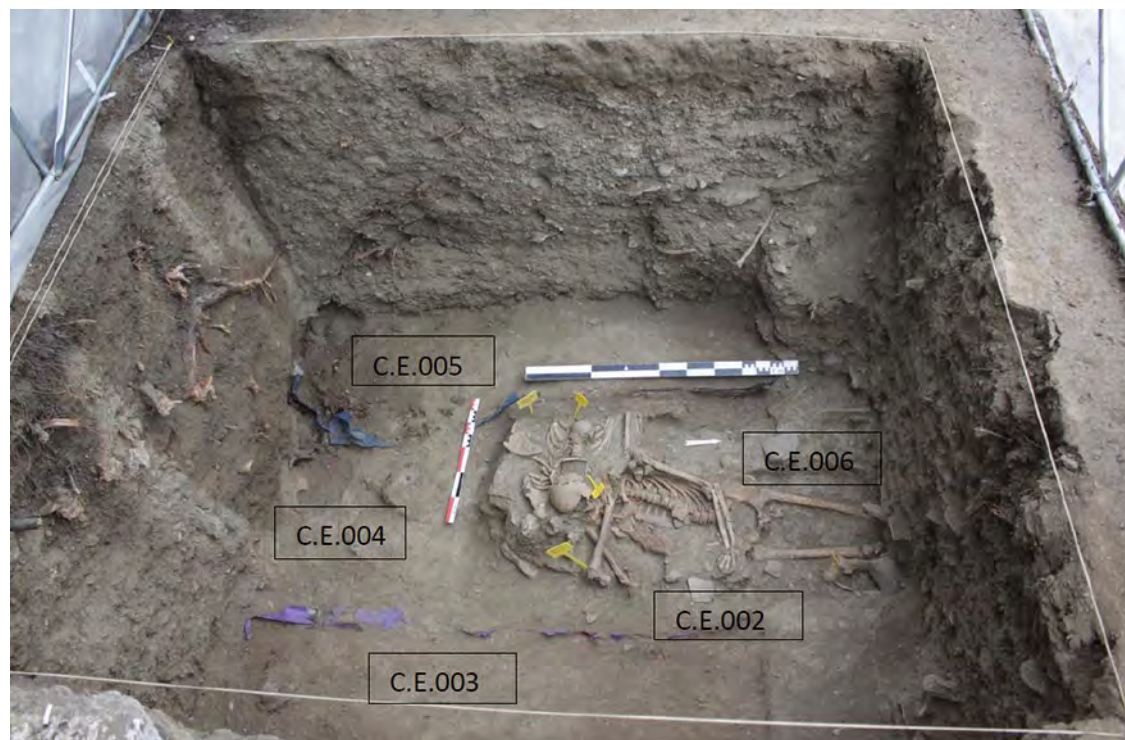
El Cojillo se llamaba Juan Antonio, de apellidos no sabemos nada, esa es la pena. Aquí ha venido hoy gente de Manzanilla, que era su pueblo, pero nadie lo sabe. Y no tiene familia, no la hemos encontrado. Aunque tuvo una hermana. Él había pertenecido a un sindicato y oyó decir que estaban matando y diría: «Que me cortan la cabeza».

Cogió un saco con un cacho de tocino y unos panes y salió corriendo para la sierra, que esto lo conocía. Esperando que aquello fuera cosa de unos días, pero se fue alargando y resulta que ya no tenía ni qué comer.

Los que lo mataron al llegar al pueblo dijeron: «Nos hemos cargado al Cojillo, ahora mandaremos a quien lo entierre allí mismo». Estaba a la vera del camino y lo iba a ver la gente. En los bolsillos solo tenía un membrillo, medio de otro, una navaja y... no sé cómo se llama, un dilabón le dicen aquí, como un rectángulo de hierro para hacer chispas y poder encender candela.



Pinos Genil



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio de Pinos Genil

Número de víctimas: 4

Fecha de los asesinatos: 13 de septiembre de 1936

Equipo técnico: Francisco Carrión, Iván Sánchez Marcos, Daniel García Quiroga, Paula Chiroso, Ibrahim Torralba, René Palacios



‘Como no están los hijos, matamos a las madres’

Siete mujeres y otros tantos hombres de Güéjar Sierra (Granada), fusilados en Pinos Genil en «sustitución» de sus familiares republicanos

«Como no están los hijos y hay que escarmentar a estos rojos, matamos a las madres». Bajo este silogismo criminal actúan también los golpistas al mando de Franco y Queipo en Andalucía. Un rastro de ignominia que tiene ejemplo en la fosa común abierta en Pinos Genil (Granada) para siete mujeres y otros tantos hombres de Güéjar Sierra, familiares directos de personas de izquierdas.

El 13 de septiembre de 1936 los rebeldes elijen a quiénes van a robar la vida. Francisca Esperidón, con 70 años. Serafina Benavente, con 64. María Molina y Brígida Romero, 50. Francisca Ruiz y Filomena González, 46. Y María López, Domingo García (55), Rafael García (41), Francisco Lupión y otros cuatro «desconocidos».

Todos ejecutados «en sustitución» de hijos, compañeros, hermanos... de alcaldes, concejales, sindicalistas, socialistas y miembros del Frente Popular que han dejado atrás su localidad de residencia para firmar con la huida el trágico destino que el fascismo español dibuja en sus casas.

La intervención arqueológica exhuma a cuatro víctimas. El resto de la sepultura ha desaparecido bajo la acción de enterramientos posteriores. Las familias, ahora, están en vías de curar una herida que atraviesa varias generaciones. De cerrar el duelo. Porque ya nadie puede decir que esa historia no existe.

Es la huella de la memoria. Y los crímenes políticos un modelo que desvela la triple represión que sufren las mujeres a manos franquistas: por su participación política o sindical, por ser pariente de alguien señalado por motivos ideológicos o por el simple hecho de ser mujer.

Aquellos 14 hombres y mujeres, subidos a un camión dos meses después del golpe de Estado, pasan dos semanas encarcelados en el Ayuntamiento de Güéjar. Guardias civiles sublevados detienen al grupo. Mari Carmen Gómez, nieta de Esperidón, entra a la fosa más de ocho décadas después sostenida del brazo de un agente de la Benemérita. Otros tiempos.

«Llegamos aquí por el relato de la hija de una de las fallecidas», dice el presidente de la Asociación Granadina para la Recuperación de la Memoria Histórica, Rafael Gil. Refiere a Antonia Soto (99 años), hija de Francisca Ruiz. Ella ve a su madre subida al camión que la lleva a la muerte.

Al final del trayecto, las mujeres reciben los tiros en la puerta del camposanto. Los hombres, dentro. A un puñado de vecinos del lugar les obligan a cavar la tumba colectiva. El sepulcro está «a siete pasos de la entrada del cementerio», apuntan los testimonios. El territorio se ha mantenido leal a la República, rodeando a la capital, Granada, conquistada por los rebeldes. Algunas castas, cuando regresan al pueblo, comprueban cómo sus casas y pertenencias están en poder de adeptos a la dictadura.

«Es la primera exhumación en Granada en los últimos años», destaca Silvia González, vocal de familias del colectivo memorialista granadino. «Y la tercera fosa con más mujeres en Granada después de la capital y la de Víznar», continúa. «Mujeres que eran madres, hijas, hermanas o compañeras de personas relacionadas con la sociedad obrera y la política local, tanto de Izquierda Republicana como del PSOE, como familiares de tres concejales o la madre del alcalde de Güéjar Sierra», añade.

En la tumba ilegal, rota por la dinámica de uso del cementerio, aparecen restos óseos de cuatro personas, mujeres y hombres. «A nivel de inspección arqueoforense en superficie ya presentan indicios de violencia», relata el director científico de los traba-

jos y profesor titular de Arqueología de la Universidad de Granada, Francisco Carrión.

Algunos enterramientos de «los años 60 y 70» rompen «la fosa original» y provocan pérdida de «material óseo», desperdigando huesos y pruebas de la masacre. La tarea sirve, no obstante, para que los familiares atesoren la certeza, la verdad, la reparación iniciada. Y para que en el futuro un mausoleo palpite en el mismo lugar vestido con todos los nombres de aquellas víctimas que pierden la vida en «sustitución» de sus hijos.





*Dionisio García Guerrero,
nieto de Brígida Romero López*

A ellas fueron a buscarlas, a todas

Soy Dionisio García Guerrero. Estoy aquí por mi abuela, Brígida Romero López. Ella nació en el 87, hasta el 36... tendría 49 años. Tenía a mi madre, Rosario Guerrero Romero, y dos hijos más, Miguel y Ramón, que eran de la UGT. Supongo que en ese momento el sindicato aquí en Güéjar estaba muy fuerte. Y mi padre, que fue concejal del Ayuntamiento, se llamaba José María García Puente.

Se quisieron ir todos, pero mi abuela decía que ella no había hecho nada, que para qué se iba a ir. Regentaba una panadería, donde ella amasaba y lo hacía todo. A mi abuela simplemente la cogen y la asesinan por ser madre de todos estos. Nada más. Los maridos y los hijos saltarían y se fueron, pero a ellas fueron a buscarlas, a todas. Eso ha sido un asesinato.

Mi madre se tuvo que ir también. «Vete de aquí que te matan», le dijeron. A mi madre nunca la vi con ropa de color. A raíz de la muerte de mi abuela siempre tuvo un sufrimiento muy grande. Si mi madre hubiera vivido todo esto... me emociono. Mi madre

me cogía así, porque yo tengo muy poca frente, y me decía: «Tienes la frente como mi madre».

Ella le decía a mi hermana: «María, ¿por dónde vamos a tirar hoy? ¿Por dónde echamos para hacer de comer?», porque no tenían ni encontraban nada. Y yo te puedo decir de los desastres que hicieron. Aquí está la prueba. Yo siempre he sabido que estaban ahí, desde que tengo uso de razón. Toda esta historia la he vivido a través de mi madre. Ella ha mantenido la memoria. Y mi padre, él también.

Que yo no busco venganza. Tengo una cosa clara, el que me he hecho daño, yo no lo miro. Que no le voy a hacer nada. Pero ha habido en Güéjar gente que no se merecen ni decirles adiós. Y además te voy a decir, no soy católico y soy ateo, y llevo 20 años trabajando con una congregación de monjas, en unas casas de mantenimiento. Fíjate el odio que yo puedo tener. No quieren que me vaya y yo veo que estoy haciendo una cosa que me gusta y que me respetan.

¿Las manos? Esto es que hoy he estado haciendo leña. Hasta los 18 años estuve en el pueblo, con los pinos, en la agricultura... A esa edad me fui a Barcelona y a los 40 volví. Ha sido una vida muy de trabajar. Mi padre luego se metió en la vía, porque perdió una pierna en el túnel de Maitena. Y ahí estuvo hasta que se murió en el 74. Él decía: «Si algún día pudiera dar un bocado y morder a toda esta gentuza». Y se murió sin poder tirar el bocado.

Porque incluso después de la guerra, de todo esto, los sacaban donde está la iglesia y los ponían con el brazo en alto, delante de toda la gente. En la calle principal, en fila y haciendo el saludo fascista. Nos fuimos del pueblo, hicimos una casilla fuera. Mi padre nunca subía a Güéjar. No quería ver nada de los asesinos.

Mis tíos tuvieron pena de muerte y pasaron siete años en la cárcel. Mi padre no sé el tiempo que estuvo. Tengo el documento de cuando salió, que incluso le ponían el mote, José María alias el Chá. A nosotros nos decían los Brígidos por mi abuela y

los Chá por mi abuelo, que él tenía la costumbre de decir aquella palabra y lo que pasa en los pueblos, se quedaron con eso.

Mi padre fue también muy amigo del maestro que había aquí, don Rafael. Tenían una amistad muy grande. A este hombre se lo llevaron y no sé dónde lo matarían, pero fueron sus mismos compañeros los que le denunciaron. Que no fue nadie desconocido, que toda esta gentuza tenía nombres y apellidos.



Siempre he vivido en el miedo

*María del Carmen Gómez Rodríguez,
nieta de Francisca Esperidón Cabrera*

Soy Mari Carmen Gómez Rodríguez, tengo ya más de 80 años. Estoy aquí al pie de la fosa por mi abuela paterna, Francisca Esperidón Cabrera. Tenía 70 años cuando la mataron, creo que era la mayor del grupo. Era la madre de mi padre, Nicolás Gómez Esperidón.

A mi abuela la cogen a la puerta de su casa: «Vente con nosotros». Iba un nieto con ella que dijo: «Si se va mi abuela me voy yo». Y le dieron un achuchón, lo tiraron y lo dejaron allí llorando. El nieto está muerto ya. Tenía siete añitos entonces, se llamaba Antonio, era sobrino de mi padre.

A mi abuela la matan por lo que había entonces por el mundo. Era madre de alguien al que iban buscando. Tenía un hijo que era más sobresalifllo. Pero él tenía buenos pies, se volaba. Lo buscaban allí, se iba por otro lado. Se llamaba Miguel, hermano de mi padre. Como no lo pudieron coger, la mataron a ella.

Yo nací tres años después. Mi padre no habló nunca. Yo fui sabiendo por lo que escuchaba entre mi padre y mi madre, que a lo mejor hablaban una mijilla cuando se acostaban y se creían que estábamos dormidas. «Qué lástima de mi madre, con lo buena que era». Hablaban entre dientes.

«Con la pila de veces que me mandó a llevarle la cena, al que la mató», decía mi padre. Y que ellos le decían: «Mama, eso no puede ser», porque tenía ocho hijos y en esos tiempos no había mucho que comer. Y decía ella: «Qué más da un plato más que menos, una cucharada entre todos y se le lleva un plato, pobrecico». Y luego la mató.

Las familias de los criminales no tienen culpa. Pero yo desde que ha sabido algo no los miraba con buenos ojos, la verdad. Y si pecho, pues que el señor me perdona. Más pecaron ellos. El ser humano puede hacer cosas muy malas y muy buenas. Pero hace más malas que buenas.



Hoy aquí me acuerdo de mi padre, mucho (mira la fosa abierta). Y hace 48 años que se murió. Para él hubiera significado lo más grande. Era pequeñito, del cuerpo de mi hijo, pero hubiera crecido que saltaría por encima de los pinos estos. Estoy orgullosa de mantener la memoria y haber llegado hasta aquí, sí. No quería, la verdad. Porque yo siempre he vivido en el miedo que tenía mi padre.

Cuando mi hijo me llamó pidiéndome los apellidos de ella, que el último era el que no sabía, le pregunté: «Tú dónde estás». Y me contestó: «Estoy buscando una partida de tu abuela». «Sal de ahí ahora mismo. Y a mi abuela la dejas donde está que lleva muchos años allí callada, quietecica», le dije. Y luego empezó a hablar conmigo. «Si quieres saber qué es, pues bueno, qué vamos a hacer». Era por el miedo que no le pasara nada tampoco. Mi hijo se llama Miguel Ángel Tejada Gómez.



*Concepción Rodríguez
Valderas, nieta de Filomena
Paula González Sánchez*

‘¡Concha, que se llevan a tu madre!’

Soy Conchi Rodríguez Valderas, nieta de la difunta Filomena Paula González Sánchez. Ella tenía 46 años cuando la fusilaron. A mi abuela la trajeron aquí porque iban a por mi abuelo. Al no encontrarlo, la cogieron a ella. Él se llamaba José Valderas Raya.

Un amigo le dijo: «Piérdete, que esta noche vienen a por ti». Entonces escapó y pillaron a su mujer. Mi abuelo volvió al pueblo, tiempo después, y estuvo unos años en la cárcel. Mi madre, Concepción, era su hija. La memoria en mi familia se ha conservado a través de ella. Siempre hablaba de su madre y murió con la pena de no saber dónde estaba.

De hecho, cuando a mi abuela la cargaron en el camión en Güéjar, una vecina le dijo: «¡Concha, que se llevan a tu madre!». Y salió corriendo, que se quedó mi madre con la mano tendida y mi abuela para querérsela agarrar. Pero no pudieron.

Mi madre y mis tías todas le han contado lo que pasó a sus hijos. Una vida de sufrimiento. Y señaladas. Porque eran rojas. Yo vengo roja hoy (ríe). Aunque me maten. Por honrar la memoria de ellos. En estos tiempos se está olvidando todo lo que

pasó. Alguna gente por completo. Y no tenía que ser así. Porque ahí están. Y no solamente estos, sino todos.

Un tío mío también murió. Eso fue después, cuando lo de la sierra. A fuerza de palizas lo reventaron. Cuando en el cuartel de la Guardia Civil de Las Palmas, en Granada, vieron que se iba a morir, lo llevaron al hospital y ahí, como no tenía salvación, lo mandaron... murió por La Cantina, un cortijillo que había ahí en la carretera. Se llamaba Manuel, hermano de mi madre. Era joven. Tenía novia.

Después de todo eso a mi madre, cuando llegaba algún sobresalto le daban unos ataques que se ponía... uf. Mi madre tendría entonces unos 24 años, estaba ya casada. Para ella estar aquí hoy sería el mejor día de su vida. Porque cuando iba para Güéjar no quería ni mirar para Pinos.

'¿Las flores? Rojas, por supuesto'

Silvia Fernández Rodríguez, bisnieta de Filomena Paula González Sánchez

Me llamo Silvia Fernández Rodríguez y soy bisnieta de Filomena Paula González Sánchez por parte de mi madre, Antonia Rodríguez Valderas. Todos los represaliados que tenemos son por esa parte de la familia. Mi madre está más delicada y por eso no ha podido venir. Pero el día que le hagamos el ADN o lo que sea, ella está enterada y dispuesta a todo.

Aunque en mi casa no habíamos hablado mucho de este tema. No sé, a lo mejor mi abuela ya lo había hablado con su hija, pero yo no tenía conocimiento de esto. Sabía que a mi bisabuela la habían matado, que habían cogido de Güéjar a siete hombres y siete mujeres, eso lo saben todos en el pueblo.

Pero no tenía mucha información. Hasta que vi la Memoria Histórica por algún amigo mío, que estaban haciendo un artículo e intentando buscarlas. Entonces empecé a informarme y aquí estoy. También le prometí a mi tía, la hija de Filomena, Antonia, que la íbamos a encontrar. Me acuerdo que casi se estaba muriendo y la cara se le iluminó y empezó a llorar.



Es una muestra de lo que sirve esto, como reparación. Y también para nosotros, aunque no creamos. Porque yo ahora estoy removiendo por dentro muchas cosas. A cada persona hay que darle su lugar. Y su lugar no es ese, tiradas en la tierra. Si supiera de esto antes le hubiese sacado más información. Me da mucha pena. Pero bueno, aquí estamos por recuperar la dignidad de las personas que fusilaron.

Al menos tuvo la satisfacción de que la íbamos a buscar. «Tita, vamos a buscarla, sabemos más o menos el lugar dónde están». Le dio mucha emoción, se le iluminó la cara, en el estado que estaba ya. Aquello fue para mí una cosa... muy emotiva. Porque mi tía nunca había hablado de su madre ni nada. «¿Tita, sabes que estamos buscando a tu madre?», le dije aquel día. «Tita, ¿cómo quieres que le lleve las flores?», le pregunté. Y ella contestó: «¿Las flores? Rojas, por supuesto». Y ahí se quedó. Al mes o así murió.

El día del crimen quería que no amaneciera nunca

José Puente Cejudo, bisnieto de Serafina Benavente Campos

Me llamo José Puente Cejudo y soy bisnieto de Serafina Benavente Campos. Tenía 64 años y acabó aquí, en el cementerio de Pinos Genil, porque eran una familia de izquierdas y tenía un hijo en el frente, Antonio García Benavente. Y ese sería el motivo principal por el que la cogieron y la fusilaron.

Él cuando se hicieron los bandos se fue a la zona roja y se metió en el ejército republicano. Murió en la guerra, creemos que por Teruel. A su madre la cogen como represalia. En mi familia se hablaba poco de esta historia. Sobre todo mi abuela, Dolores García Benavente, la madre de mi padre, José Puente García.

Ella tenía pánico de hablar de eso. Nunca llegó a levantar cabeza desde que le mataron a la madre. Mi padre y mis tíos son los que me han contado algunas cosas. Ahora aquí, a pie de fosa... lo que hemos sentido toda la vida, impotencia y rabia por algo tan injusto como matar a una persona sin juicio y sin motivo. Y luego la forma tan desagradable de hacer las cosas.

Mi abuela murió de luto. No se lo quitó jamás. Vestida de negro, riguroso, desde que mataron a su madre. Y cada 13 de septiembre, el día que cumplía el crimen, ella hubiera querido que no amaneciera nunca. Era para ella un día negro.





Ángeles Puente López, bisnieta de Serafina Benavente Campos

‘Unos asesinos, hija, mataron a mi madre’

Soy Ángeles Puente López, familiar también de Serafina Benavente Campos. Me pongo a llorar... Mi abuela, Dolores, el día que cumplía el asesinato no salía a la calle. Yo le preguntaba: «Abuela, que no sales hoy al fresco». «No tengo ganas», me decía. Ya cuando era más grandecita me extrañaba más. Pero es que no sabías y nadie te contaba. Hasta que un día me dijo: «Unos asesinos, tal día como hoy, hija, me mataron a mi madre».

La familia se tuvo que ir a Jerez del Marquesado. Dejaron aquí lo que tenían, los mantones de manila, sus máquinas de coser, muy buenas ropas, muy buenas sábanas... lo que había antiguamente. Y cuando vino no tenían nada. Se lo habían quitado todo. Y como para reclamarlo. Como no estaban asustados. Era después de los años y no hablaban. Vivieron asustados el resto de sus vidas. Ya cuando mi abuela estaba más mayor era cuando más recordaba a su madre.

Mi padre es hijo de Dolores, Ambrosio Puente García. «Rompieron la cruz de la iglesia unos cuantos de ellos y le echaron la culpa a los socialistas y qui-

taron a tres o cuatro de en medio», nos contó. «No sabéis dónde llegan», decía de la derecha. Tampoco quería hablar mucho, creería que iba a poner en peligro a sus hijos.

Lo que sí recuerdo es que cuando pasaban cerca de aquí se quitaban el sombrero porque sabían más o menos dónde estaban enterrados. Pero se olvida todo muy rápido. «Aquello fue una guerra, a qué tanto mover», eso es lo que escucho en la gente. Y yo pienso, si fuera al contrario nos teníais acribillaícos.

Luego hay quien dice que esto cuesta dinero. Lo que queremos es un sitio donde traer unas flores. O una placa por lo menos con sus nombres. Mi abuela decía: «Yo no voy al cementerio porque no sé dónde está enterrada mi madre, nunca he podido ponerle flores». Tanto dolor en silencio. Por eso la memoria la llevamos como herencia.



María Teresa García Infante, nieta de Domingo García Puente

A mis tías, de 18 y 15 años, se las llevaron a fusilarlas

Me llamo María Teresa García Infante. Mi abuelo era Domingo García Puente. Tenía 55 años, era viudo y con seis hijos. Era hermano de un concejal de Güéjar, José, que tenía 24 años, pero mi abuelo no era militante de nada. Lo matan por pertenecer a la familia. Fueron a por él a su casa, en la Calleja, y huyó con su mujer y sus tres hijos al cortijo de mi abuelo, que era La Gitana.

Alguien dio el chivatazo, parece que una hermana que vivía al lado. Se lo llevaron. A su hermano lo tuvieron en la cárcel de Güéjar y luego en la de Granada. Ahí lo matan en octubre en el cementerio. Y mi abuelo a los ocho días o así lo traen al pueblo hasta que llevan a Pinos a los siete hombres y siete mujeres. Y los mataron.

En casa se contaba poco. Mi padre se llamaba Antonio García Teba, tenía entonces 21 años. Era un hombre muy callado. Las circunstancias en su casa

lo hicieron así, imagino. En este momento hubiera sentido mucho alivio. La mayoría de cosas que sé es más por mi madre, Josefa. Como que a mis tías las dos mayores, una tenía 18 años y otra 15, se las llevaron a fusilarlas. Dicen que pasó un buen hombre y no las asesinaron.

O que les quitaron incluso las cabras que tenían. Ahora siento que se hace un poco de justicia. Porque no reza ni que los mataron. No tienen ni certificado de defunción, como si no hubieran existido nada más que de vivos. Y sí, los mataron.



Hinojos



FICHA TÉCNICA

Localización: cementerio municipal de Hinojos

Número de víctimas: 0 (sin localizar)

Fecha de los asesinatos: septiembre de 1936

Equipo técnico: Elena Vera, Juan Carlos Pecero, Lucía Sócam



La matanza de 'los cien de Almonte'

En Almonte (Huelva) no hay conflicto armado pero los golpistas dejan un centenar de muertos buscados, una parte, en el cementerio de Hinojos

Manuel se acerca con un papel en la mano. Lo entrega al periodista, como carta de presentación. Tiene un título: 'Matarifes Almonte'. Se trata de un listado «con los asesinos de mi pueblo», dice. Alguno de esos nombres mata a su padre, Antonio, en septiembre del 36.

Manuel, 83 años después, sigue buscando sus huesos. Y denunciando a quienes lo ejecutan. A su padre, otros 98 almonteños y una mujer, Frasquita la Charamusca. Que más de ocho décadas después la matanza franquista de 'los cien de Almonte' sigue viva. Manuel está sentado en una acera del cementerio de Hinojos. Por ahí dicen los testimonios orales que están enterrados su padre y una parte de las decenas de vecinos que el fascismo quita de en medio en su pueblo.

Las víctimas del franquismo en esta comarca de Huelva lindante con el Parque Nacional de Doñana siquiera han tenido la oportunidad de buscar las fosas donde yacen sus familiares. Hasta ahora. Tras décadas de espera, la tierra comienza a dar respuestas sobre los posibles paraderos de quienes hoy, todavía, siguen desaparecidos.

Las tareas de localización corresponden a un proyecto arqueológico financiado por el Ministerio de Justicia del Gobierno de España. Como otras en suelo andaluz durante el año 2019, caso de Nerva, también en la provincia onubense, o Utrera (Sevilla). Las máquinas descartan unas primeras posibles ubicaciones. Queda seguir trabajando documentación y testimonios. Las familias, asociaciones, equipo científico e instituciones continúan manos a la obra.

Del otro lado del relato están las páginas ocultas que desvelan letras a cada dentellada a la tierra. Como que la madre de Manuel, Isabel Castilla, queda viuda a pocas fechas del estallido golpista del 36. Que su padre, Antonio Rodríguez Soltero, nunca comete crimen alguno, ni tuvo juicio ni sentencia.

Que en su casa, desde la madrugada de los tiros, aquel niño ya solo oye suspiros. El lamento multiplicado de la mujer rota y estigmatizada como roja. Los golpistas matan en Almonte un ciento. Y una mujer: Francisca Cabrera Rodríguez: La Charamusca no está casada, no tiene hijos, no milita en partidos o sindicatos. Y qué más da. Recibe un par de balazos por venganza. También fue violada, dicen.



La verdad es la primera víctima de una guerra. Y para romper la impunidad está la memoria. La capacidad de recordar como antídoto contra el olvido. Como intenta en la década de los 80 el documental *Rocío* de Fernando Ruiz Vergara. Una cinta impactante. Que rompe esquemas. Que levanta ampollas porque un anciano aporta los nombres de algunos asesinos.

El que señala es Pedro la Cana, familiar de La Charamusca. La película sigue censurada, en plena democracia. Su autor acaba exiliado en Portugal, donde fallece. Porque España sigue remando contra la desmemoria. Y no es menos la amnesia en esa zona de Huelva acariciada por las brumas selváticas de la marisma doñanesca.

La matanza de ‘los cien de Almonte’ tiene germen y explicación en un caso ocurrido pocos años antes, cuenta el libro *Contra la República. Los «sucesos de Almonte» de 1932. Laicismo, integrismo católico y reforma agraria* de Francisco Espinosa Maestre. Alertas interesadas dicen que se trata de un motín popular. «Es posible que muchos de los que gritaban ¡Viva la Virgen del Rocío! en lo que en realidad estuviesen pensando es en ¡Muera la República!», como firma el historiador.



*Manuel Rodríguez
Castilla, hijo de Antonio
Rodríguez Soltero*

Convivir con quienes mataron a nuestros padres

Me llamo Manuel Rodríguez Castilla, tengo 89 años bien cumplidos. Yo estoy aquí por mi padre, Antonio Rodríguez Soltero. Llegaron cuatro golfos asesinos y se lo llevaron por ser de izquierdas. Y ya está. Por querer la democracia. A mí no me importa que lo publiqués dando voces por la calle.

Estos son los asesinos. Eran todos de Almonte. Aquí en este papel están los nombres de todos los que se han recopilado. Hemos convivido toda la vida con quienes mataron a nuestros padres. Y tenían tan pocos cojones que los mataban amarrados.

Todos esos que están ahí, en esta lista, son voluntarios matando gente. Nunca han dicho nada en un juzgado. Y ya han pasado 83 años, mucho tiempo, ¿no voy a poder decir yo quiénes eran? Además las familias, los hijos y los nietos, no tienen culpa de nada. En aquel momento vino la República y eso era legal, era la democracia. Y ese que dio un golpe de Estado le ayudaron Hitler y Mussolini, porque si no, no gana. Si Hitler no viene con la aviación

aquí a bombardear, no ganan esos asesinos. Como fue.

Mi padre tenía 44 años. Era un tío bondadoso, dicen, que ayudaba al que podía. Mi padre era jornalero. Tenía un campito, pero vamos, que trabajaba en el campo. Yo tenía seis años, no sé si él estaba en algún partido o sindicato, nada más que sé que era un hombre de izquierdas.

Tenía una escopeta buena, de cartuchos, que entonces casi no las había, y se la llevaron. Y hasta hoy. Hasta las casas llegaron a quitar. Iban matando y robando, eran unos cabrones muy grandes. Vivíamos en Almonte, donde mismo vivo hoy.

Y con cinco hijos y una niña, que murió. Se llamaban, el mayor Francisco, el segundo Agustín, el tercero Antonio, el cuarto Juan, el quinto yo, y la niña Manuela. Mi madre era Isabel Castilla Cabrera, la dejan sola con un montón de criaturas. Se dedicó a ir a Sevilla por telas y ropa para venderlas.

Siempre rodeados de maleantes... pero mi madre no se callaba mucho que se diga. La llamaban todos los meses para que firmara, para que dijera que mi padre había muerto en la guerra y así le quedaba viudez. «No», decía. «No puedo firmar eso porque no ha sido desaparecido, ha sido sacado de casa». Y el alcalde: «Es que así te queda una paga». No firmó nunca.

Mi madre se quedó de luto toda la vida. Hasta que se ha muerto. Le cambió la vida y la dejó destrozada. Trabajó muchísimo para criarnos. Y toda la vida llorando. En mi casa no tuvimos ni una Navidad ni nada, nada más que «ay». Fiesta ninguna. Nada más que suspiros y más suspiros. Y si iba *encá* mi abuela, igual.

Toda la vida con las consecuencias de lo que pasó. Fue horroroso. Hasta en el colegio te sentaban en la última banca. A los rojos. Los hijos de los fachas en las primeras bancas. Como eso, muchas. Siem-

pre señalados. Hoy mucha gente todavía no quiere que esto se cuente. Pero hace falta más que nunca. Otra vez. Se han olvidado las cosas muy rápido. Yo estoy afiliado al Partido Comunista. Y no me importa decirlo.

«Que he visto a tu hijo en el coche pregonando de los comunistas, ¿tú no le dices ná?», le decían a mi madre. Y ella contestaba: «¿Y qué va a pregonar? ¿Tú no sabes qué hay que votar? Al que más le temen estos canallas. Y a cuál le temen más, ¿al comunista? Pues a ese». No me decía no te metas en política, al revés, me ayudaba.

La Charamusca, rociada de venganza

*Mercedes Gómez Cabrera,
familiar de Francisca Cabrera*

Me llamo Mercedes Isabel Gómez Cabrera. Soy familia de Francisca Cabrera Rodríguez, que le decían Frasquita la Charamusca. Era hermana de mi abuelo Pablo, tía abuela mía. Habían intentado llevárselo a él y la matan como venganza a la familia. Muchos habían tenido que huir y ella era la única que quedaba en la casa.

La Charamusca tenía 33 años y no tenía hijos. No militaba en ningún partido. Trabajaba en una panadería y siempre con sus labores, cosía y bordaba. Su único delito fue acusarla de que estaba haciendo campaña para los rojos. La tienen detenida seis días en la antigua cárcel de Almonte, lo que era el colegio Martín Villa. Fue violada. Sufrió bastantes humillaciones. Se cachondeaban de ella. Le quitaban la comida, le tiraban el agua. Lo pasó muy mal.

La persona que la ve por última vez es mi madre, Isabel Cabrera. Tenía seis años y desde que la detuvieron iba todos los días a llevarle de comer. El último fue un 2 de septiembre. Ella no quiso coger el plato. Solo dijo: «Vete de aquí, vete Isabelita, vete y no vuelvas más». Mi madre salió de allí llorando.

Por la tarde vio que la llevaban en el famoso carro, maldito, ya purgada y pelada. Aquella noche la trajeron al cementerio de Hinojos, donde fue asesinada. En ese carro sacaban a los presos por el pueblo para avergonzarlos. Era de la Moza Moreno, una de las ricachonas del pueblo. Muchos años después



el Ayuntamiento compró una bodega que hizo centro de exposiciones y ahí está en el centro del patio, como adorno. Vamos, de vergüenza.

Porque es necesario que la gente joven y venidera conozca lo que sucedió desde el 36 hasta hoy. Especialmente en los colegios. Y que nadie tenga miedo a expresarse, en contar. Todo lo contrario. Que salga adelante y se sepa todo lo que pasó, la verdad.

Como el documental *Rocío*, que fue algo bastante impactante para muchísima gente. A Fernando Ruiz Vergara lo trajeron a Almonte a través de un tío mío que le decían Pedro la Cana. Él estuvo muchísimo tiempo represaliado, en cárceles, y con bastantes problemas por ser republicano.

Después de aquello era muy mayor y no fueron contra él, fue todo contra Fernando. Una de las mayores informaciones la tuvo a través de mi madre, que tenía una memoria fantástica. Yo, siendo niña, recuerdo a Ruiz Vergara en mi casa. Y mi madre sacándole fotos. Algunas salen en la obra.

Y está censurada, cuando solo dice la verdad, y este hombre ha muerto en el exilio por la maldita película. El daño que hizo fue por nombrar a los asesinos que hubo en Almonte. Que no tienen otro nombre que asesinos. Y son los Reales y compañía. Matarifes, asesinos. Llevaron a la gente... como si fueran al matadero, como si fueran animales.

Ahora la idea nuestra es que aparezcan y darles digna sepultura junto a sus familiares. Eso es lo único que queremos. Me siento bastante afortunada de que la memoria se haya mantenido en mi familia, de tener la madre que he tenido, de que nos lo contara todo. Yo se lo he ido pasando a mis hijos, Pablo y Antonio. Saben perfectamente lo que ocurrió. Y no tienen miedo, todo lo contrario, siguen luchando.

'A Isidro lo mato yo', por cinco pesetas y un litro de vino

*Rafael López Fernández, nieto de
Isidro Fernández Cordero*

Mi nombre es Rafael López Fernández. Estoy aquí por Isidro Fernández Cordero. Era mi abuelo. La defensa de la libertad, de la democracia y la República le costó su vida. Fue asesinado con otros compañeros en la tapia del cementerio de Hinojos el 4 de septiembre de 1936. Allí sigue en una fosa común.

Mi abuelo tenía 41 años. Le quitaron la vida y todo lo que tenía: borregas, cerdos, caballos y un mulo. Además de la choza del Acebuchal. Todo fue subastado, o se lo quedaron los asesinos. En Almonte conocemos la lista de los asesinos, eran 86 con nombres y apellidos. Manuel Rodríguez te dio una lista y Fernando Ruiz Vergara hizo otra.

Mi abuelo era de origen leonés, vino con la trashumancia y se quedó en El Rocío, donde el ganado tenía buenos pastos. Ahí conoció a mi abuela y se

casaron. Ella se llamaba María Vargas de la Torre, la conocían por Mariquita la Chichara. Tenían cinco hijos. La mayor, María, tenía 12 años. La segunda era mi madre, Luz Divina. Y mi tía Ángela, Salvadora y mi tío Isidro, el más pequeño, con meses. Esperaban un sexto hijo. Se cree que mi abuela abortó al enterarse del asesinato.

La primera vez que fueron a por él a la choza de calle Sanlúcar, no estaba. Dos guardias civiles le dijeron a mi abuela que se presentara en el Ayuntamiento de Almonte, que querían hacerle unas preguntas. Ella, y sus amigos, le recomendaron que no fuera. «¡No he hecho nada, no me pueden hacer nada!», contestaba él.

Lo metieron en una cárcel improvisada en la esquina de las calles Martín Villa y Alcantarilla. A los días lo pusieron en libertad. «Contra este hombre



no tenemos nada», decían desde Huelva, donde mandaba el comandante Haro Lumbreras. Pero el Guarda Mayor del Coto de Doñana insistió y volvieron a por él.

Mi abuelo cazaba en la marisma para dar de comer a su familia. La gente recogía huevos de gallaretas y patos, buscaban espárragos, membrillos, uva palma, pajaritos, palmito... Era suministro de subsistencia. El guarda insistió.

«A Isidro lo mato yo», dijo el Gato, que mató a mi abuelo. Por este hecho cobró cinco pesetas, un bocadillo y un litro de vino. Murió enloquecido... «¡Míralos, vienen por mí!», gritaba. Un familiar mío vivía junto a su casa y lo escuchaba.

«María, no sigas, a Isidro lo sacaron anoche. Se lo llevaron a Hinojos y allí lo fusilaron», le dijo a mi

abuela su primo Salvador. Iba a la cárcel a verlo. Cayó al suelo con un síncope. Este hecho la marcó toda su vida. En el lecho de muerte, casi con 90 años, nos pidió que no lo olvidáramos.

Almonte es un pueblo noble y de izquierdas, pero había hay un grupo importante de falangistas que hicieron las listas y llevaron a cabo la gran represión ayudados por gente de derecha que se ofreció para fusilar a sus paisanos. Estaban apoyados por los sectores de poder del municipio: terratenientes, iglesia, pudientes y 'pelentrines'.

Mi abuelo se reunía en la choza del Acebuchal con los amigos y hablaban de política. Y en la calle Sanlúcar tenía varios cuadros de Marx, Lenin, Pablo Iglesias y una bandera republicana. «Con esa bandera y vestida con una faldita roja salimos mi hermana María y yo encabezando la manifestación que hubo en El Rocío en defensa de la República», me contaba mi madre.

«Niño, tú no te metas en política, que te va a pasar como a tu abuelo Isidro», me decían mi madre y mis tías. En mi familia fue una tragedia tan tre-

menda que nunca se ha olvidado. Ha permanecido en la memoria. Y tanto tiempo después no se ha podido realizar el duelo ni superar el dolor por ser mujer, hija o nieto de un rojo asesinado por el fascismo.

Cuando llegó la democracia, y votamos por primera vez, recuerdo a mi abuela María nerviosa porque quería votar al partido por el que mataron a su marido. Mi abuelo pertenecía al Partido Socialista. Yo cogí la papeleta que ella me dijo y la metí en el sobre. Estuvo inquieta varios días. «No ganamos», dijo después.

Luz Divina, mi madre, siempre me pidió que los huesos de mi abuelo lo trajéramos al cementerio de Almonte. Aún no lo he conseguido. Estamos buscando desde hace más de quince años. En un primer intento no hemos encontrado la fosa. Ha sido una tarea ardua y compleja y nos queda volver a trabajar y hacer catas en dos lugares más.

Porque hay que leer el libro de las fosas y entender este proceso en el sentido profundo para que aprendamos como pueblo y podamos avanzar. Lo más

importante es poner en evidencia la magnitud del genocidio. Y dignificar sus enterramientos tiene un sentido antropológico. El andaluz magnifica el culto a la muerte, es un ritual de respeto y de superación de un momento trágico.

Las heridas, nuestras heridas, no se han cerrado. El dolor y el duelo interrumpido en miles de personas... no se han escuchado a las víctimas. La democracia no ha sido comprensiva con la memoria y con sus muertos. Las familias queremos ponerles nombres y, en la medida de lo posible, darles sepultura. Ya han pasado 85 años y están más presente que nunca. Es «el deber de la Memoria», como decía Reyes Mate.



Valdelamusa



FICHA TÉCNICA

Localización: paraje en Valdelamusa

Número de víctimas: 0 (sin localizar)

Fecha de los asesinatos: 1936

Equipo técnico: Elena Vera, Juan Manuel Guijo,
Jesús Román, Juan Carlos Pecero, Lucía Sócam



El espectro ligado al último tren

Una mujer detenida en el tren a la altura de Valdelamusa (Cortegana, Huelva) acaba asesinada, pero nadie sabe su nombre ni su paradero

Cuentan las crónicas orales que una mujer estalla en cólera. Que le hierven las entrañas cuando una pareja de la Guardia Civil hace acto de presencia en el tren. Que la señora bañada de luto insulta y vocifera contra los uniformados. Que cae al suelo de un golpe. Y que, detenida, envuelta en llantos, acaba fuera del vagón a la altura de Valdelamusa (Cortegana, Huelva).

¿Quién es aquella mujer? ¿Por qué sucumbe a la ira justo cuando el terror fascista ejecuta sus episodios más violentos? ¿A quién va a buscar? ¿Dónde toma el ferrocarril? ¿En busca de qué almas quizá ya malgastadas para siempre corre la enigmática figura femenina de la que nadie conoce su nombre?

Dicen los escasos testimonios que la mujer sigue el rastro de su marido. Y de su hijo. ¿Acaso los dos ya están asesinados por los golpistas? Quién sabe. Quizá la madre, y esposa, intuye la crónica firmada cuando escupe todo el odio del mundo al rostro de aquellos golpistas.

El convoy detenido en la estación de la pequeña aldea minera se convierte a la postre en su última parada. Cabe pensar que ya es un espectro ligado al

último tren de su vida. Que ya tiene el olor de la muerte calando sus huesos ateridos por la rabia y el dolor eternos.

La mujer cae arrojada a las vías. Recibe golpes que encaja con frialdad metálica. Acaba conducida a rastras al exterior de la pedanía. Cerca de los huertos. Tan cerca de la vaguada donde el mismo año 36 los rebeldes rompen la paz para enterrar a otras cinco víctimas. A tiros acaba guiada a destiempo al anonimato bajo tierra. Y sintiendo, es posible, el postrero aliento vital de su marido. Soñando, es probable, la sonrisa de su hijo.

No hay más datos. Y la búsqueda de la tumba resulta infructuosa. Ni rastro. Como que la mujer sea un fantasma evaporado por las brumas que retan a la memoria desde el fondo de las antiguas minas de Aguas-Teñidas o Confesionarios. Poco más se sabe del lúgubre episodio del Andévalo minero.

Queda fe del enigma del Parque Natural Sierra de Aracena y Picos de Aroche en una conversación virtual en un foro de Internet –julio del año 2009– bajo el título ‘Fosa Común en Valdelamusa’, trascrita de forma literal. «Buenas. ¿Alguien sabe si en

nuestro pueblo hay alguna fosa común de los muertos de la Guerra Civil? Me hablaban de un pozo donde tiraban a los republicanos. ¿Es eso cierto?», cuestiona un usuario.

«A ver si alguien puede dar algún dato. Un fuerte abrazo», remata la petición. Recibe respuesta, pocas horas después. «Si hay frente de los huerto de bajo de los bacies (sic)». Continúa la conversación. «Hola, gracias por tu respuesta. ¿Qué te comentaron exactamente de ese sitio? Gracias de nuevo. Ahora mismo no caigo en el lugar, por dónde cae exactamente».

Pero el diálogo cae en el silencio. «¿Alguien sabe quién está en esa fosa?», reitera al tiempo. La consulta vuelve a tener éxito. «5 republicanos de aro-

che. En el libro de Paco Espinosa aparecen los nombres. Además hay una mujer en el huerto de Pepe Luís», escriben.

Bingo. Es la mujer anónima rendida a una rabia atávica. «Este verano voy a la zona, ¿tendrías la amabilidad de mostrarme esos 2 lugares para incluirlos en el mapa de fosas de Andalucía? He revisado la lista, y no localizo a quienes te refieres. Si me pudieras decir la página del libro te lo agradecería. Un fuerte abrazo». El demandante no decae. Quiere más información.

Un par de días más tarde puede leer: «Claro. Es que Paco espinosa los cita en Aroche. Un abrazo». Enlaza el autor de la pregunta original: «Te paso mi mail, y así estamos en contacto». Que «en Aroche

hay muchos pero ninguno pone ‘fallecido en Valdelamusa’ por lo menos en la 3ª Edición del libro de Paco Espinosa», insiste.

«Y por cierto, cómo es que sabes la localización de la fosa, es de tradición oral ese conocimiento, y cómo sabes que son ellos 5. Hay alguna fuente en Valdelamusa que lo pueda corroborar. ?? Muchas gracias por tu información que tanta utilidad nos aporta», sigue. Silencio. A principios de octubre hay una última conexión: «creo que está debajo de los bacies junto a los huertos y majales de los cochinos cerca de donde estaba la antigua vía del tren del Lomero», ubica el interlocutor.





Informe de las fosas

El drama de no recuperar a nuestros muertos

Un informe encargado por el Gobierno de España y realizado por expertos diagnostica el estado real de las fosas comunes en el país de la desmemoria

Unas 25.000 víctimas serán exhumadas, en torno a 7.000 identificadas y hay recuperados 9.000 esqueletos tras 740 sepulturas abiertas desde el año 2000

Ya no hay más de 100.000 españoles para recuperar de las cunetas del olvido. La realidad de las fosas comunes dista mucho de la escena que atraviesa el país de la desmemoria tras la guerra civil. Un informe encargado por el Gobierno de España reconoce que la intervención del Estado solo puede exhumar ahora una cuarta parte de los desaparecidos. E identificar a 7.000 personas como máximo.

Son las conclusiones principales de la investigación 'Estado actual de las exhumaciones de las fosas comunes de la guerra civil y la dictadura franquista. Recomendaciones para el futuro'. Un documento elaborado por un grupo de expertos bajo petición de la entonces Dirección General para la Memoria Histórica del Ministerio de Justicia.

Los diferentes equipos arqueológicos realizan desde el año 2000 más de 740 intervenciones en tumbas ilegales que han permitido desenterrar alrededor de 9.000 esqueletos. El estudio coordinado por el antropólogo y médico forense Francisco Etxebarria no recoge todos los trabajos ejecutados en 2019 –fue presentado en febrero de ese año–, por lo que el número total supera las 750 fosas abiertas.

«La mayoría (de las sepulturas, colectivas o individuales) o se exhumaron o se han perdido para siempre por el paso del tiempo. Además, se está identificando a uno de cada tres cuerpos, porque hay limitaciones técnicas. Con todo, quedan miles y cada día seguimos buscando. Pero la única manera de avanzar es crear equipos estables de investigación que trabajen de forma monográfica: historiadores, arqueólogos y antropólogos», explica el director del informe.

La cifra usada con más frecuencia en España señala 114.226 desaparecidos forzados fruto de la violencia golpista y durante la dictadura de Francisco Franco. Estos números, referidos a víctimas civiles, parten de la causa que en 2008 abre el juez Baltasar Garzón en la Audiencia Nacional para juzgar los crímenes franquistas. Es la referencia más habitual, a falta de un Censo Nacional de Víctimas.

Hoy solo es posible rescatar de la tierra acaso 25.000 personas. El análisis en detalle de los datos recogidos en la investigación oficial muestra además números dispares. Porque las actuaciones en fosas no han tenido la misma intensidad en todo el territorio español ni con todos los gobiernos.



El año récord es 2009 con 93 sepulturas colectivas abiertas. Mientras, el suelo lo marcan las 16 tumbas excavadas en 2013. La región más activa es, de lejos, Castilla y León con más de 250 intervenciones. Y Andalucía la que más víctimas ha recuperado con unos 4.000 cuerpos. La región andaluza ya pasa el centenar de fosas abiertas, Aragón suma 79 y a partir de ahí el número baja y encuentra a pie de tabla a Madrid (3), Cantabria (2) y Murcia, con solo una.

Los números de Andalucía incluyen la mayor fosa abierta en Europa occidental: Málaga, con 2.840 esqueletos. Castilla y León llega a 1.882 personas en total y Castilla-La Mancha destaca con 883 cuerpos recuperados. Siete comunidades cuentan con unas pocas decenas de cadáveres exhumados y otra vez Madrid, Cantabria y Murcia quedan en las últimas posiciones.

Durante años las tareas han sido realizadas «con el impulso de las asociaciones de Memoria Histórica» y «con un apoyo institucional insuficiente», cuando no «completamente ausente», según el equipo científico. El proceso de exhumaciones de fosas comunes del franquismo con criterio arqueológico arranca el año 2000 con ‘los trece de Priaranza’.



Ese año quedan intervenidas dos tumbas, igual que en 2001. El número crece hasta 15 el ejercicio siguiente y llega a 30 en 2006. La aprobación en 2007 de la Ley de Memoria Histórica, con el Gobierno socialista presidido por José Luis Rodríguez Zapatero, impulsa el ritmo hasta 47 fosas.

Con la nueva legislación en marcha suman 93 procesos en 2009 y 89 un año después. La cifra cae hasta el mínimo de 16 en 2013 bajo Ejecutivo del conservador Mariano Rajoy, el mandatario que se congratula de dar «cero euros» de presupuesto a la verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición que reclama Naciones Unidas.

Un total de 370 exhumaciones entre 2006 y 2011 sirven para rescatar 5.800 cuerpos. Una época que cuenta con apoyo institucional del Gobierno de España a las exhumaciones, con dinero público destinado a atender algunas de las graves violaciones de Derechos Humanos cometidas por el franquismo y todavía no resueltas. Y se nota. Como atestiguan los trabajos realizados en 429 fosas.

Con el derechista José María Aznar como presidente van a ser 61 excavaciones arqueológicas realizadas, todas, sin financiación estatal. Y otras 252 con Rajoy

pese a la estrategia presupuestaria de desprecio a las víctimas del fascismo español.

El Mapa de Fosas de España localiza 2.457 tumbas ilegales: 1.221 «no intervenidas», 480 exhumadas, 250 desaparecidas y unas 500 trasladadas a Cuelgamuros, al mausoleo bautizado por la dictadura como Valle de los Caídos. El censo sigue sin actualizarse desde 2011. «Está desfasado» e «incompleto», subraya la memoria.

Las cifras que aporta la cartografía estatal del terror franquista «distan y mucho de ser fidedignas». El principal problema es que el recuento no registra muchas tumbas ya intervenidas, como «aquellas que fueron exhumadas en los años de la transición a la democracia». Y «algunas de las más recientes». Poner al día este inventario es una recomendación clave de los especialistas.

«Llevamos años haciendo un enorme esfuerzo para recopilar datos que nos permitan sumar las experiencias de distintos equipos de investigación. En esto no ha habido comprensión institucional hasta que el año pasado (2018) el Ministerio de Justicia nos pidió hacer un informe concreto. Siempre será una tarea incompleta y de hecho seguimos sin tener

un censo correcto de víctimas, que parece puede ser el paso más sencillo», apunta Etxeberria.

Porque con todos estos números y actuaciones diversas «no se conoce con exactitud cuántas fosas quedan por abrir y cuántas personas siguen desaparecidas», admite el texto confeccionado por los expertos. Y la represión «con resultado de muerte» alcanza en todo el país «a la población civil de ambos sexos y de todas las edades». Y las víctimas están «enterradas en lugares clandestinos y no permitidos para ello», como apuntan las fuentes históricas.

Las personas asesinadas por los golpistas yacen en tumbas ilegales que pueden ser de varios tipos. Como fosas comunes en cunetas, descampados y montes. O en pozos, minas y simas. Y en cementerios, junto a las tapias –en el exterior– o intramuros. También cuentan los «presos muertos en custodia» de las autoridades franquistas. Una última «tipología» cita a «fallecidos en combate» que han sido «inhumados en trincheras o abandonados en el terreno de los frentes de guerra».

«El Gobierno ha hecho lo correcto al consultar a los expertos para saber cuál es el estado de la cuestión tras casi 20 años de exhumaciones. Para poder

planificar lo que queda pendiente, es imprescindible conocer lo que se ha hecho bien y lo que se ha hecho mal. Nuestra conclusión es que hay medios humanos y materiales suficientes para abordar esta tarea. Lo que hay que hacer es impulsar, coordinar y tutelar estas investigaciones», zanja el director del estudio, Francisco Etxeberria.

Para afrontar esta realidad el informe propone activar siete Equipos Forenses de Intervención para finalizar «en unos 4 o 5 años el problema de los desaparecidos de la Guerra Civil». Un plan de choque integral con «unos 40-50 profesionales» que vaya acompañado de la creación de un Consejo General de Memoria Histórica que dirija el proceso. Porque España no ha resuelto un contexto de crímenes contra la humanidad que está todavía vivo.